

LADRONAS

de **NUEVA**
York

*Estefanía
Yepes*

2

**LADRONAS DE
NUEVA YORK.**

2

Primera edición: Marzo 2018

© Estefanía Yepes, 2018

Safe Creative - Registro de la Propiedad Intelectual.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PORTADA:

Diseño: ©Estefanía Yepes

Imagen: Pixabay. (Licencia Creative Commons)

Estefanía Yepes (Barcelona, 1988). Licenciada en Derecho. Propietaria y directora de Scroom Bcn, compagina su actual trabajo con la escritura y la preparación a una oposición.

Actualmente tiene siete novelas publicadas siendo la primera (“Quiero que conozcas a alguien”, Abril 2014) la que más éxitos ha cosechado. Número 1 en ventas durante 3 meses consecutivos en 2014, superó al poco tiempo los 10.000 ejemplares vendidos y resultó escogida por la red como ganadora del *premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014* y el *Premio púrpura a mejor autora revelación en romántica adulta 2014*.

EN CAPÍTULOS ANTERIORES...

La vida de las chicas se ha precipitado en apenas unos días. Ninguna de ellas esperaba que una simple lista escrita a los veinte pudiera haber afectado de ese modo a todo lo que, hasta ahora, configuraba su estable mundo.

Elle debe enfrentarse a una nueva realidad. Ha dejado el trabajo y ahora necesita concentrarse y buscar una alternativa con proyección de futuro. Pero, ¿será tan fácil como quizá parecía? ¿Pensó bien la decisión antes de tomarla? ¿Los treinta son un buen momento para empezar de cero o será tarde para ella?

Por otro lado, Sarah se encuentra en una encrucijada. La oferta de Michael Spencer ha pasado a convertirse en su mayor quebradero de cabeza y, aunque no se hubiera planteado con firmeza la necesidad de mudarse a un apartamento y separarse de las chicas, los planes para ella han cambiado y ahora, el tiempo apremia y debe tomar una decisión cuanto antes. Todo ello, además, se complica con la repentina e inesperada lesión de la rodilla. Sin embargo, la propuesta de Sophie es tentadora y Sarah debe decidir si quiere dejar de ser alumna para convertirse en maestra.

Por último, Lorie no lo tiene precisamente fácil. Su carta, escrita diez años atrás, ha abierto puertas que deberían haber permanecido cerradas. Sus temores e inseguridades han regresado y amenazan con volverla loca mientras que sus sentimientos por Olly no hacen más que complicar la situación... y disparar sus celos.

¿Qué pasará con las chicas ahora que sus vidas han dado un primer giro?

ÍNDICE.

EN CAPÍTULOS ANTERIORES...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[EN LOS PRÓXIMOS CAPÍTULOS...](#)

CAPÍTULO 1

Sarah.

Al salir del despacho pasaban de las siete y media de la tarde y yo me sentía verdaderamente agotada. Crucé la gran avenida junto a un pelotón de gente y me dirigí hacia el pequeño puesto ambulante que había delante.

—¡Buenas tardes, señorita Vaus!

—Samir... —añadí melosa—. Te he dicho mil veces que puedes llamarme Sarah.

—No llegará el día en el que le pierda el respeto a una señorita como usted —respondió dulce y sonriente. No pude evitar relacionar esa conversación con las que solía mantener con Olliver cada vez que me preguntaba por qué seguía llamándole por su nombre—. ¿Qué desea hoy?

—¿Te queda chocolate? —imploré con un deje de súplica casi infantil.

—Para ti, siempre.

—Eres un cielo.

—Eso dígaselo al resto de mujeres.

El chico, ataviado con un uniforme blanco salpicado de cientos de motitas oscuras y aceitosas y protegido con un delantal rojo, se movió en el interior del estrecho espacio. Llevaba puesto un gorrito con el que protegía el cabello y así evitaba que este cayera en la comida. Su tez era morena, como la de la mayoría de hombres que provenían de tierras cálidas, y tenía una melena espesa y frondosa del mismísimo color de las minas de carbón. Mientras destapaba el termo de chocolate, eché un vistazo a las pastas que tenía colocadas en una esquina. Tenían una pinta deliciosa.

—Sigo buscándote a una que sepa apreciar el gran hombre que eres —añadí, sin apartar la vista de los dulces.

—¿No ha tenido éxito en su búsqueda?

—Nada... Pero no desistiré, Samir. ¿Qué es eso?

Sonrió y dejó un momento lo que estaba haciendo para fijar la vista hacia dónde yo le indicaba.

—Es una pasta de origen árabe. Tiene hojaldre, frutos secos y miel, principalmente.

Me mordí el labio inferior.

—Le pondré una para que la pruebe.

—Oh, no... —me excusé—. La pagaré, Samir, no te preocupes.

—Ni hablar. Déjeme sorprenderla por una vez.

Elevé la mirada para cruzarme con la suya, mucho más arriba a causa de la elevación del pequeño establecimiento móvil. Sonreí, era un gran tipo. Volvió atrás, llenó un vaso de cartón con el chocolate y sin girarse preguntó:

—¿Caramelo o vainilla?

—¿De veras me estás preguntando esto?

—Tiene razón, señorita. Soy un desconsiderado.

Cogió el sirope de vainilla y vertió en el interior del vaso un pequeño chorrito antes de dejarlo otra vez en su sitio, coger una tapa de plástico y encajarla. Lo depositó encima de la barra y a continuación, con unas pinzas cogió una de las pastas, la envolvió en una pequeña servilleta y me la tendió. Me hice con ella y con la otra mano le tendí un billete antes de coger el vaso de cartón también.

—¡¡Quédate con el cambio!! —añadí con una sonrisa justo antes de alejarme sin darle tiempo a replicar.

Le vi sonreír en la distancia tras dedicarme un gesto de agradecimiento con la cabeza. Sabía que no sobraba mucho, pero también era consciente de lo duro que podía llegar a ser mantener un negocio como el suyo y sobre todo, hacerlo en pleno invierno. Samir no aceptaba limosnas y por eso, mi único recurso eran las propinas. Después él me recompensaba con algún café gratis o con detalles como el que acababa de tener esa tarde conmigo, aunque solo se tratara de una simple pasta.

Le di el primer bocado sin dejar de andar. La rodilla todavía parecía entumecida y necesitaba hacerla reaccionar como fuera. Avanzaba a paso lento pero seguro, o por lo menos, todo lo seguro que me permitían los tacones. Saboreé la mezcla de sabores y me asomé de lo mucho que esta me gustó. En cuanto volviera a verle le daría las gracias. Le di un sorbito al chocolate y gruñí de placer. ¡Qué mano tenía ese hombre para el dulce!

Subí la escalera principal de nuestro edificio mientras el coche de Robert desaparecía en la distancia. En apenas unos segundos sentí el frío invadiendo todo mi cuerpo, pues aquel abrigo era tan bonito como poco útil. Bajo el mismo, el traje ayudaba muy poco y las medias... como si no existieran.

Introduje la llave en la puerta principal y casi caí de bruces cuando esta se abrió de forma inesperada. Alguien tiró de ella con tal ímpetu que nuestros cuerpos chocaron precipitados. Los dos nos detuvimos en seco y volvimos a separarnos. Le miré sin ningún tipo de rubor, tratando de identificar su rostro hasta que al final, caí en la cuenta: era uno de los dos vecinos que se habían mudado al piso de enfrente.

—Buenas noches —saludó después de darme un descarado repaso con el que me recorrió de arriba abajo.

—Eh, tú —inquirí sin sonar maleducada, sino más bien divertida—. ¿Dónde has dejado los modales?

Su rostro adoptó una mueca juguetona.

—Pues, ahora que lo dices, los encontrarás en la puerta del fondo... —añadió burlón, señalando hacia el interior del vestíbulo—. Primero B. Puedes ir a por ellos cuando quieras. Tienes acceso libre las veinticuatro horas. —Juguetó con la lengua y sonrió con malicia.

Era jovencito y de aspecto tan deportista como holgazán. Lucía una melena rubia, brillante como la seda, recogida en una pequeña coleta. Sus facciones eran rígidas y muy afiladas y sus ojos prometían todas aquellas cosas que yo no deseaba cumplir.

—Vaya, ¡qué privilegio el mío, pues! —añadí en el mismo tono.

—No lo sabes tú bien. —Me guiñó un ojo, se hizo a un lado y comenzó a bajar los escalones—. Recuerda, ¡veinticuatro horas!

Desapareció al girar la esquina bajo mi atenta mirada. El mundo se iba al carajo precipitadamente con hombres como ese. ¡Dichosas nuevas generaciones! Entré en el rellano y cerré la puerta para que la temperatura exterior dejara de colarse. Seguí andando y me dirigí hacia nuestro apartamento, justo el de enfrente del que había mencionado el chico. El primero A.

Abrí la puerta y el silencio me recibió para mi deleite. No había nadie en casa. Elle debía de estar en el cine y Caroline... a saber. Dejé el abrigo en el perchero y me dirigí con todo hacia mi dormitorio. Una vez dentro, dejé el maletín sobre la mesa y arrastré los pies hasta el armario. Cambiar todo el atuendo de ejecutiva agresiva por el que solía usar para hacer un poco de ejercicio me llevó unos diez minutos. Me recogí el pelo y conecté el teléfono móvil a los altavoces antes de seleccionar una de las listas de reproducción que solía usar a menudo. Las primeras notas me envolvieron y sonreí. Por fin había llegado mi momento. Desenrollé la esterilla y la coloqué en el suelo antes de sentarme y comenzar a estirar los músculos. A partir de ese instante, sencillamente me limité a desaparecer.

Me hallaba tan concentrada en todas las partes de mi cuerpo que ni siquiera escuché el sonido de la puerta cuando Elle llamó.

—¿Qué haces? —preguntó desde el umbral.

—Pilates.

—¿Puedo acompañarte?

Giré la cabeza sin bajar los brazos, manteniéndolos en alto mientras me concentraba en mi respiración al buscar su mirada.

—¿Sucede algo?

—Necesito... desconectar.

Inspiré, aguanté el aire y el abdomen tenso durante cinco segundos y lo expulsé lentamente.

—Cámbiate de ropa y ven.

La escuché corretear por el apartamento. Elle era así, implicada al máximo en todo lo que hiciera, incluso para cosas tan sencillas como el mero hecho de cambiarse de ropa. Bajé una mano, elevé la otra por encima de la cabeza creando un arco y fui inclinando el cuerpo mientras controlaba la respiración. Pasados unos segundos hice lo mismo, ahora hacia el otro lado.

La puerta volvió a abrirse, esta vez sin que hubiera pedido permiso para entrar y se coló en el interior de mi dormitorio. Llevaba la rojiza melena recogida en una trenza de raíz mucho más tensa de lo que solía llevarla siempre, una camiseta ancha, unas mallas grises y unos calentadores sobre los calcetines de colores.

—¿Llevabas esos calcetines puestos? —añadí, repitiendo el mismo ejercicio de antes.

Lanzó una mirada curiosa hacia sus pies y movió los dedos.

—¿Qué les pasa? Son nuevos.

Dio un paso y se dirigió hacia el rincón, donde tenía guardadas más esterillas. Cogió una, la desenrolló y la colocó frente a la mía antes de hacer el intento de sentarse sobre ella.

—Ni lo sueñes —aseveré—. Calienta primero. Estira los músculos.

Alzó una ceja. Cambié de posición sin dejar de mirarla, controlando en todo momento la respiración. Al final se rindió, se irguió y cruzó un brazo por delante del pecho mientras lo sostenía con la otra mano.

—¿Has pensado alguna vez qué pasaría si, por casualidad, te surgiera la oportunidad de tener una noche de sexo salvaje? ¿Qué pensaría el tío en cuestión si al sacarte una bota descubriera esos calcetines?

Volvió a mirarse los pies sin poder evitar una sonrisa. Se sentía verdaderamente feliz con aquella prenda. No tenía remedio.

—¿Es que acaso debería tirármelo con los calcetines puestos? Por dios, Sarah, ¡qué horror! ¿Tú haces eso? Esperaba un poco más de clase por tu parte.

No pude evitar sonreír.

—Lo que yo espero es que tu ropa interior sea un poco más discreta.

Me dedicó un gesto de circunstancia antes de guiñarme un ojo, divertida.

—¿Puedo sentarme ya? —preguntó, aunque no esperó a mi respuesta para acomodarse en el suelo e imitar mi posición.

Me giré y las dos nos quedamos de lado.

—Estira una pierna y cruza la otra, con el pie junto a la rodilla. —Me coloqué mientras le daba la orden y ella imitó mi postura—. Con la mano, sujeta la pierna para que esta no se mueva y apoya la otra en el suelo. Mantén la cabeza recta y los hombros también. Busca un punto en la pared para que te sea más fácil. Treinta segundos.

Comencé a contar mentalmente. A pesar de que me gustara entrenar a solas, debía reconocer que me encantaba hacerlo con ella. Me sentía bien ayudándola y sobre todo, cuando veía que seguía mis pasos y corregía lo que le decía sin rechistar. Era reconfortante y además, me ayudaba a dejar de pensar en cualquier otra cosa, como cuando iba a clase de danza. Al practicar a solas había aprendido a escucharme a mí misma y a dejar la mente en blanco; en ese momento solo existía mi cuerpo. Y contar... contar era reconfortante para el cerebro. Daba igual si era adelante o en cuenta atrás, lo único que importaban eran aquellos segundos. Los primeros, por la motivación y la fuerza con la que empezabas el ejercicio. Y los últimos, porque suponían la verdadera lucha. El desafío real. Resistir o dejarte vencer y rendirte antes de tiempo.

—Túmbate, coloca las manos a ambos lados del cuerpo y asegúrate de que las lumbares están bien apoyadas —dije y las dos hicimos lo mismo—. Levanta las piernas haciendo que el cuerpo forme un ángulo recto. Ahora, bajaremos una lentamente mientras la otra queda arriba. Primero una y luego la otra. Treinta repeticiones.

Me seguía los pasos al tiempo y sonreí. Danielle era concienzuda y perseverante en sus objetivos, aunque siempre había tenido grandes dificultades para identificar cuáles eran estos. Respiré hondo mientras comenzaba a sentir de nuevo la tensión del abdomen. Llevaba mucho tiempo preocupada con el tema del cine. A veces hablaba de ello, otras, en cambio, no hacía falta que lo hiciera para darte cuenta de que algo la atormentaba. Aunque lo endulzara con una sonrisa despreocupada. Ella era así.

Lorie había montado su propio salón de belleza un tiempo atrás y por suerte, cada vez le iba mejor. Yo llevaba años metida en el despacho de mi padre, tenía un trabajo estable y un buen sueldo. Elle, en cambio, seguía igual de perdida que antes. Y a veces me encantaría encontrar el modo de ayudarla. Tal vez si lo lograra me resultara más fácil decirle que, casi con toda certeza, estos iban a ser nuestros últimos meses —o semanas— de convivencia. Por lo menos las tres juntas.

Cerré los ojos, respiré profundo y cambiamos de posición. Siguió de nuevo mis instrucciones. Tan solo era cuestión de que encontrara el camino, una vez lo hiciera estaba segura de que el éxito sería el único paso que vendría a continuación. Elle era buena y realmente inteligente y además, desprendía aquella jovialidad que convertía su presencia en motivo de felicidad para cualquiera. Sentí un nudo en el estómago al darme cuenta de cuánto la echaría de menos cuando ya no viviéramos juntas. Las echaría de menos a las dos, estaba claro, pero lo que tenía con Elle era muy especial.

—¿A qué viene esa cara? —dijo, ahora frente a mí con las piernas cruzadas y los brazos elevados.

—¿Qué?

—Tu cara —repitió.

—Nada. Estamos teniendo mucho trabajo en el despacho... —mentí con disimulo—. Además, llevaba un rato haciendo Pilates antes de que aparecieras.

Decidió creerme. O por lo menos me dio esa sensación. Sin embargo, no pude evitar sentir que, de algún modo, la estaba traicionando al esconderle la oferta que me habían hecho. Al fin y al cabo, si la aceptaba, debería mudarme

al centro de Manhattan y eso nos afectaría a las tres. En muchos sentidos.

A pesar de ello, la oferta del apartamento no era lo único que me carcomía por dentro.

—Elle...

—¿Qué? —respondió con los ojos cerrados, concentrada en su respiración.

—¿Crees que sería buena profesora de danza?

Abrió un ojo y me contempló durante unos instantes antes de abrir el otro también.

—¿A qué viene eso?

—Tú responde...

—Por supuesto que lo creo. Eres mandona y una estirada... ¿Qué más podría necesitar una profesora de danza? Créeme, el tuyo es el perfil perfecto.

Abrí los ojos y la contemplé con fingida indignación antes de que rompiera a reír, contagiándome a mí también.

—Lo decía en serio.

—Yo también...

—Elle... —supliqué.

—Claro que lo serías. ¿Por qué crees que me gusta hacer ejercicio contigo?

—No lo sé... Porque, de no ser así, ¿tendrías que pagarte un gimnasio? —esta vez fui yo la que rio.

—Qué graciosa. Casi me meo encima de la risa —ironizó.

—Has empezado tú.

Cambiamos de posición. Nos tumbamos boca abajo y arqueamos el cuerpo de cintura para arriba para estirar los músculos de la espalda.

—Iba en serio. Me gusta hacer ejercicio contigo. Transmites... paz.

—¿Paz?

—Sí, no sé. Es una de las pocas ocasiones en las que consigo dejar de pensar en nada más que en mi cuerpo y en lo que este siente. Y a veces lo necesito mucho.

Me gustó su respuesta porque eso era justamente lo que yo sentía cuando asistía a clases. Pero también me gustó pensar que yo podía despertar esa sensación en otras personas.

Nos hicimos un ovillo para seguir estirándonos. Al terminar, permanecimos sentadas la una frente a la otra y nos mantuvimos en silencio durante unos segundos. De forma distraída, me llevé la mano hacia la rodilla y la froté. No me dolía, pero seguía resentida. Al realizar un ejercicio no aeróbico, lograba estirar y ejercitar todos los músculos sin que ninguno se sobrecargara más de la cuenta. Me aliviaba saber que, después de todo, podía seguir haciendo algún tipo de deporte con el que me sintiera cómoda.

—Me han ofrecido dar clases de danza a niños, aquí en Brooklyn — confesé, antes de llevarme una mano hacia la nuca y masajearla ligeramente.

—¿Sí? ¡Eso es una gran noticia!

—¿Tú crees?

Me dejé contagiar por su entusiasmo.

—¡Por supuesto que sí! Vamos, Sarah, eres una gran bailarina... Y te encantan los niños.

—Lo de gran bailarina...

—¿Acaso lo pones en duda? No todos los bailarines actúan en grandes teatros, ¿sabes?

Arqueé una ceja en señal de evidente desacuerdo.

—¿Qué me dices entonces de todos los profesores que se dedican a entrenar y a formar a esos grandes bailarines? Qué hay de ellos, ¿eh?

Ladeé la cabeza, dispuesta a escuchar su versión.

—Vamos, Sarah, sin ellos, sin su disciplina, estos no habrían llegado a ninguna parte. Y tú lo sabes. Y que ahora tengas la oportunidad de ser tú la que se encargue de instruirlos durante los primeros años puede convertirse en una de las mejores experiencias que este deporte haya podido brindarte —se detuvo un instante—. Vamos, Sarah. Hace tiempo que no tienes la misma fuerza para seguir bailando, ni el tiempo necesario para acudir a los entrenos... En cambio, esto sí que podrías hacerlo y te mantendría unida a tu mayor pasión. Y, lo mejor de todo, tendrías la oportunidad de transmitirla a nuevas generaciones. Yo de ti no lo pensaría demasiado.

Se puso en pie, enrolló la esterilla y se encaminó hacia la puerta, dejándome ahí sentada, todavía en la misma posición.

—Piénsalo bien.

La vi desaparecer a través del pasillo mientras mi cabeza trabaja a toda velocidad. ¿Cómo era posible que nos resultara mucho más fácil encontrar la solución a los problemas de los demás antes que a los propios?

CAPÍTULO 2

Elle.

Abrí los ojos consciente de que el despertador llevaba sonando muchos más minutos de la cuenta. No solía ser de aquellas personas a las que les costaba horrores comenzar el día sino todo lo contrario; en cuanto sonaba la primera alarma solía tardar poco más de unos treinta segundos en abrir los ojos, desperezarme e incorporarme. Pero esa mañana era distinta.

Pensé en la noche anterior mientras estiraba todo mi cuerpo hasta llegar incluso a retorcerme. El aroma del café recién hecho llegó en ese momento hasta mí. Anduve hacia la puerta, la abrí y salí. No había ruido de ningún tipo en el apartamento. Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que eran las siete y media. Si no me daba prisa, llegaría tarde a la oficina.

Me dirigí hacia la cafetera y llené una taza hasta arriba tras comprobar que, efectivamente, el café seguía caliente. La dejé reposar y corrí a vestirme mientras este se atemperaba. Abrí el armario, cogí unos jeans ajustados y un jersey. Busqué en el zapatero y opté por las botas forradas que me llegaban hasta media pantorrilla. Sobre el respaldo de la silla reposaba la bufanda y en la mesa la mochila de imitación de piel que las chicas me regalaron para mi último cumpleaños y que desde entonces, se había convertido en mi fiel aliada. Contemplé mi reflejo en el espejo que apareció al cerrar la puerta del armario y sonreí. Mi aspecto era radiante y a pesar de que mi rostro continuara mostrando un gesto adormecido, lucía distinto y renovado, como si no le temiera a nada. Corrí hacia el baño y terminé de acicalarme. Me trencé la rojiza melena después de cepillarla y la mullí para darle volumen y un aspecto desenfadado. Incluso dejé sueltos un par de mechones. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y me apliqué un poquito de colorete. No solía maquillarme mucho más que eso.

Me contemplé de nuevo y volví a sonreír satisfecha con el resultado. Pero entonces lo vi, solo me faltaba una cosa. Salí del baño, apagué la luz y me adentré en la habitación que quedaba a la izquierda. Olía a Sarah, como si su perfume permaneciera siempre adherido a esas cuatro paredes. Me encantaba su dormitorio. Era dulce y precioso, como la habitación de una princesa, sin

rozar la peligrosa línea que podría convertir aquella imagen en la más cursi de todas. Abrí su armario —el de la izquierda— y eché un vistazo. En la parte interior de la puerta del mismo, para aprovechar el espacio como solo una amante del orden como Sarah podía hacerlo, había instalado una especie de colgador en el que tenía todos sus sombreros, bufandas, pañuelos y complementos. Escogí un sombrero de ala ancha marrón con una cinta de cuero de la que salía una pequeña pluma en uno de los lados. Era mi favorito y Sarah siempre me lo acababa prestando. Lo cogí, cerré la puerta y me lo puse, dejando que la larga trenza cayera por delante, sobre mi pecho. Me miré en el espejo que tenía en la esquina en la que había instalado su pequeña zona de entreno y me encantó la imagen de mí misma que me devolvió mi reflejo.

Salí corriendo una vez más y regresé a mi dormitorio. Me enrollé la bufanda alrededor del cuello, cogí la mochila y llegué a la cocina con pasos acelerados. Me bebí la taza de café en apenas un par de tragos, la dejé en el fregadero y me dirigí hacia el recibidor donde cogí la parca, las llaves y cerré a mis espaldas.

Cuando llegué a la calle respiré por primera vez en lo que iba de mañana y miré el reloj. Faltaban veinte minutos, llegaría a tiempo. Me adentré en la estación de metro que había al final de la calle y mientras esperaba al convoy, sentí que mis manos comenzaban a desentumecerse. Seguía haciendo muchísimo frío.

El centro de Manhattan tenía la virtuosa capacidad de recordarme lo pequeña que era en realidad, una sensación que desaparecía al llegar a Brooklyn. Al salir a la calle, me di de frente con su más que habitual ajetreo y bullicio. La ciudad que nunca dormía, decían. En sus calles me sentía viva y frenética, como si no tuviera ni un solo segundo que perder. Deambulé sin prestar atención a mi alrededor. Los taxis recorrían las calles a toda velocidad junto a los lujosos coches oscuros que debían llevar de una punta a otra a grandes magnates, abogados y empresarios. O a Sarah, claro. El movimiento a esas horas era vertiginoso, miraras donde mirases. Gente con cafés en largos vasos de cartón, con la mirada perdida en un teléfono que a esas horas ya reclamaba su entera atención y con *bagels* recién hechos que hacían del desayuno una

verdadera delicia. Esto último me hizo pensar en Olly y eso me robó una sonrisa. ¿Cómo sería ahora el día a día en el cine? ¿Me echaría de menos? ¿Me sustituiría por Nathalie o Johanna?

Sin darme apenas cuenta llegué a la puerta de la gran empresa de publicidad en la que trabajaba todas las mañanas. El hall principal era tan lujoso como la gran mayoría de clientes que contrataban nuestros servicios. De techos elevados y líneas estéticas, las paredes acristaladas dejaban que se filtrara la luz exterior, confiriéndole un aire elegante y minimalista que todavía le daba un aspecto más lujoso si cabía. Trabajar para *Marshall Brothers* no estaba al alcance de todos y era como una especie de sueño hecho realidad para cualquier publicista, aunque pese al paso de los años no hubieras conseguido más que un contrato de prácticas —que nadie parecía tener intención alguna de renovar—, como era mi caso. Llevaba dos años trabajando para ellos y a pesar de haber conseguido un cubículo en la planta de pasantía ligeramente más amplio que el de mis compañeros y que compartía de buen grado con Julie, no había logrado avanzar más. De lo contrario, habría dejado el empleo en el cine mucho antes.

—¡Buenos días, Elle! —me saludó desde su mesa, situada frente a la mía en aquel pequeño despacho abierto.

—¡Hola, cielo! ¿Qué tal las cosas por aquí esta mañana?

—Bien, todo en orden. Por cierto, te he dejado en la bandeja la propuesta de la nueva campaña de Holy Dreams. Quieren algo masivo. Según sus palabras textuales —hizo una pausa y adoptó una mueca circunspecta, como la que solía mostrar la directora de la empresa en cuestión, antes de cambiar también el tono de voz—: quiero entrar en los ordenadores, tabletas y teléfonos de todo Nueva York. En todos. Quiero que deseen reservar sus vacaciones con nosotros y que no se planteen ninguna otra opción que no sea precisamente esa.

La miré aguantándome la risa mientras dejaba la parca colgada en el perchero que había situado en la esquina, donde también colgué el sombrero con delicadeza. Su imitación fue realmente buena, pero no por ello dejaba de sorprenderme la prepotencia de aquellas palabras que estaba segura de que la directora había pronunciado realmente.

Julie y yo solíamos trabajar de forma conjunta en la inmensa mayoría de proyectos. Formábamos un buen tándem y por lo visto, Alice, la supervisora, también lo creía así. Por lo que ella misma era la que nos asignaba proyectos de los que ambas nos hacíamos cargo gustosas.

—¿Te pasa algo? —preguntó, lanzándome una mirada curiosa. Se apoyó sobre la mesa y ladeó la cabeza—. Te veo distinta...

—¿A mí? —exclamé, cuando era obvio que no se refería a nadie más—. No... ¿por qué lo dices?

Alzó una ceja y todavía ladeó más el rostro, llevándose el lápiz a los labios en un gesto que solía hacer de forma frecuente sin ser siquiera consciente de ello. Aproveché ese momento para sentarme y comenzar a poner en marcha el ordenador. No solía pasar a menudo, pero si a Alice le daba por acercarse y comprobar que todo funcionara como era debido, no quería que me pillara con el ordenador todavía apagado.

—No me engañas tan fácilmente.

—Está bien... —asentí sonriente pues, a pesar de todo, me moría de ganas de contarle a todo el mundo lo que me había sucedido la tarde anterior—. He dejado el trabajo en el cine.

—¡¿En serio?! —exclamó con una evidente sonrisa. Julie era, junto a mis amigas y Olly, una de las pocas personas a las que les había contado lo mucho que en realidad detestaba ese trabajo y todas las humillaciones a las que James me sometía de forma consciente—. ¡¡Es maravilloso!! ¿Significa eso que te han ofrecido un trabajo a tiempo completo en *Marshall*? —siguió, sin poder evitar una mueca de júbilo.

Sentí un ligero vuelco en el estómago y una sensación extraña me recorrió por completo.

—No... Lo he dejado porque ya no lo soportaba más... —dije más como justificación que no por plena convicción. De nuevo, las dudas comenzaban a asaltarme y el miedo regresaba.

—Bueno... No te preocupes... Oye, ¿por qué no se lo cuentas a Alice? Llevas dos años trabajando aquí y ella está contenta contigo y con tus más

que notables resultados. Quizás ahora que tienes más disponibilidad pueda proponerte algo a jornada completa... o por lo menos puedas dejar de estar en prácticas —añadió, haciendo un gesto de comillas con las manos ante esa última palabra—, lo cual, no te iría nada mal.

Ni siquiera me lo había planteado. Hice un gesto afirmativo y fruncí los labios a modo de respuesta. Julie siguió a lo suyo y yo me hundí en la montaña de papeles que tenía en la bandeja mientras iba abriendo todos los programas de diseño, redes sociales y demás.

Mi trabajo en la agencia no era demasiado complicado, o a mí no me lo parecía. Tal vez se debiera a que me gustaba lo que hacía o quizá, porque siempre se me había dado bien. Julie y yo nos dedicábamos a crear campañas publicitarias para distintas empresas que quisieran delegar ese tipo de tareas y así, descargarse de trabajo. En el mundo actual, una era donde las redes sociales dominaban la realidad y una imagen valía infinitamente más que cien palabras, dominar el sector del *Social Media* se había convertido en un plus añadido. Y a mí siempre me había apasionado la fotografía y había vivido en mi propia piel el nacimiento y expansión de las redes sociales. De ese modo, nos dedicábamos a crear la imagen perfecta para que una campaña se convirtiera en todo un éxito. Trabajábamos con todos los detalles que en ella pudieran aparecer, después de que los especialistas en marketing hubieran especificado las ideas que querían plasmar así como también el eslogan —si lo había— y la lanzábamos al mercado. Nos encargábamos de sectorizar el alcance, controlar los precios, asegurar su visibilidad y evaluábamos los resultados, que siempre solían estar por encima de la media. Por algo *Marshall Brothers* era una de las empresas de publicidad mejor valoradas en el mercado —y también en la bolsa—.

Me metí en el portal de internet de la empresa y antes de continuar con mis tareas pendientes, busqué la página con todas las campañas que tenía en marcha para evaluar los resultados, tal y como hacía cada mañana. Ninguna había caído y todas seguían el progreso estimado. Todo iba bien. Pensé entonces en lo que Julie había dicho y en lo que ese cambio supondría en realidad para mí. Pasar a formar parte de la plantilla fija de *Marshall* supondría un salto definitivo. Un trabajo serio, estable y duradero. Un empleo relacionado con la fotografía y la edición, con todo lo que me gustaba. Me

quedé embobada frente a la pantalla. De pronto, la idea me parecía maravillosa y me reprendí a mí misma por no haber sido capaz de verlo tan claro antes. *Marshall* podía ofrecerme todo aquello que durante las últimas semanas tanto me había abrumado. El temor a no poder llegar a fin de mes desaparecería y aumentarían las posibilidades de tener un futuro en el que pudiera progresar y no tener que temer por horarios dispares y por esos turnos del infierno que tanto detestaba y que ya era hora de que pasaran a formar parte de otra época de mi vida.

—Tienes razón —me sorprendí diciendo a mí misma.

Julie levantó la cabeza y me lanzó una mirada curiosa a la espera de que le diera algún tipo de explicación.

—¿Cómo dices?

—Creo que debería hablar con Alice.

—Yo también lo creo.

—Voy a hacerlo.

Sus ojos se abrieron como platos ante mi decisión.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Vaciló unos instantes antes de responder.

—No... —dudó—. ¿No deberías pensar qué quieres decirle antes de hacerlo?

—¿Qué voy a querer decirle? —respondí elocuente—. Hablaré con ella y le contaré la verdad... lo que siento, lo que pienso y también le recordaré todo lo bueno que en estos dos años he podido aportar a la empresa.

Me puse en pie ante su atenta mirada. Ella seguía sin dar crédito a lo impulsiva que resultaba mi actuación mientras yo creía que en realidad, no había otro modo de hacerlo mejor que ese. Estaba embebida de aquella especie de extraña euforia que parecía acompañarme desde la tarde anterior y tenía la sensación de que nada ni nadie podrían pararme. La miré por última

vez, consciente de su sonrisa incrédula y nerviosa, y salí del cubículo en dirección a la planta en la que estaba situado el despacho de Alice Marshall.

CAPÍTULO 3

Elle.

Me colé en el ascensor con dos tipos trajeados y con aspecto de tener tanto trabajo que ni siquiera durante aquellos instantes en los que compartían espacio podían dejar de pensar en ello. Este se detuvo cuando el número en cuestión se iluminó y salí con paso elegante y femenino. Siempre me habían gustado aquellas instalaciones. Un gran mostrador con tres recepcionistas apareció en el centro de un corredor que conducía a la izquierda o a la derecha. No me hizo falta preguntarles. Había recorrido aquel pasillo en pocas ocasiones pero conocía a la perfección la ubicación del despacho de Alice y no tardé en llegar a su acristalada puerta, junto a la que podía leerse su nombre en una pequeña plaquita metálica.

Comprobé desde fuera que estuviera sola y que no estuviera hablando por teléfono con nadie y llamé a la puerta. La vi alzar la cabeza y cuando me vio sonrió y me invitó a pasar con esa sofisticación que parecía acompañar todos sus movimientos.

—Danielle, ¡qué alegría verte! ¿Qué te trae por aquí?

Alice era auténtica, cercana y un trabajadora incansable. La había visto llegar en incontables ocasiones con los primeros rayos de sol y sabido era por todos que era de las últimas que abandonaba las instalaciones a diario. Me recordaba muchísimo a Sarah y quizá por ello, me había resultado tan sencillo conectar con ella.

—Buenos días, Alice... Me gustaría hablar contigo de un tema importante. ¿Puedo pasar?

—Claro, tengo unos minutos antes de la reunión en dirección. Siéntate, por favor —dijo, acompañando las palabras de un ademán.

Obedecí y me senté en una de las dos sillas que siempre había frente a su gran y robusta mesa. Eché un rápido vistazo a mi alrededor. Mantenía ese toque femenino y agradable que hacía que te sintieras a gusto y no quisieras salir de ahí. Las paredes eran claras y en uno de los laterales había situada

una gran estantería en la que, aparte de libros, había alguna planta que le daba un toque de color y también algún cuadro. En el resto de paredes podías encontrar grandes ilustraciones y lienzos con algunas de las campañas más sonadas que ella había dirigido y por supuesto, la primera de todas ellas, cuando Alice también estaba en la planta de pasantía y se estrenó como becaria en la empresa de sus tíos. A su espalda había una gran cristalera con unas increíbles vistas de Manhattan.

—¿Ha pasado algo? —dijo entonces, invitándome a hablar.

—Lo cierto es que no... o sí. —Hizo un ligero movimiento de cejas tratando de comprender y esperó paciente a una explicación por mi parte que pudiera aclarar mis palabras—. Como sabes, llevo dos años trabajando para la empresa y he alternado este trabajo con un pequeño empleo en un cine. —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza pero no me interrumpió—. Pero ayer decidí dar un paso y dejé el cine por motivos... personales.

—¿Estás bien? —preguntó, dándome a entender que se refería a un aspecto mucho más íntimo que lo que aquella sencilla pregunta aparentemente podía parecer.

—Sí... sí. Tan solo necesitaba cerrar una etapa. —Hice una leve pausa, me erguí y continué, tratando de mostrar un aspecto profesional—. La cuestión es que ahora cuento con plena disponibilidad horaria... Llevo dos años con un contrato de prácticas, pero creo que puedo ofrecer mucho más a esta empresa y me gustaría saber si existe la posibilidad de proponerme para un empleo a jornada completa. Los números de las campañas que he llevado son todos excelentes y no consta ni una sola falta en mi expediente. Me gustaría comprometerme con vosotros, ponerme a prueba y crecer.

Alice me escuchó paciente y cuando hube terminado cogió aire y su rictus cambió. Supe en ese instante que algo no iba como yo hubiera deseado y el cosquilleo nervioso regresó a mi estómago. Aproveché que mis manos no quedaban a su vista y las entrelacé para disimular el temblor que preveía que no tardaría en llegar.

—Danielle... —empezó, con una expresión de circunstancia nada fingida—. Lo siento muchísimo, pero lo cierto es que ahora mismo no

tenemos vacantes en el equipo creativo en el que tú podrías encajar. Soy consciente de que llevas tiempo trabajando duro y lamento no poder hacer demasiado por ti. Pero debes comprender que tenemos más empleados en tu misma situación, incluso con más años de pasantía a sus espaldas y con excelentes resultados también.

Se incorporó un poco más sobre su mesa y fui consciente de que realmente le dolía tener que darme esa respuesta. Había conectado con ella desde el primer día y aunque nuestra relación fuera muy esporádica, siempre había sentido que Alice era una de aquellas mujeres con las que podías hablar con la tranquilidad de que haría todo lo posible por escucharte y valorar tu petición.

—Claro... comprendo. ¿Y crees que podría hacer más horas de las que hago actualmente?

Frunció los labios y mostró una media sonrisa que me llegó muy adentro. No podía hacer nada y detestaba que así fuera.

—Lo siento... de veras. Pero ahora mismo la plantilla está muy ajustada y los pasantes con más años de experiencia son los que absorben casi la totalidad de horas que tenemos disponibles para los contratos de prácticas y formación.

—Por supuesto —dije, sin poder encontrar ningún argumento con el que rebatir tan justa y lógica explicación.

—Lo lamento, Danielle, de veras lo lamento. Si hay algo más que pueda hacer por ti, no dudes en pedírmelo; te doy mi palabra de que lo intentaré... Pero esto no puedo hacerlo. Lo siento.

—No te preocupes... Te agradezco de todos modos que hayas podido atenderme. Gracias, de veras.

Me puse en pie dando por finalizada la reunión y ella me imitó. Tenía la necesidad de desaparecer cuanto antes de aquel despacho. No porque me hubiera enfadado con ella sino porque necesitaba tomarme unos minutos para volver a reordenarme por dentro antes de ocupar mi sitio una vez más en aquel cubículo y asumir que ese podría ser el único sitio que ocupara durante

mucho tiempo dentro de *Marshall Brothers*.

Julie aguardaba expectante a mi llegada y cuando me planté frente a ella, no necesitó preguntar nada al respecto. Me senté en mi silla, me acerqué a la mesa y elevé un poco los hombros para volver a bajarlos en señal de resignación.

—Lo siento mucho... —dijo, comprendiendo mi frustración.

Sin embargo, a pesar de que Julie y yo nos pareciéramos mucho, la realidad era que ella no podía comprender todo lo que yo sentía en ese momento. Ni lo que sentí el resto de la mañana. Julie acababa de cumplir los veinticinco, acababa de salir de la universidad y, a pesar de ello, ya tenía un puesto de pasante en una gran empresa de publicidad en la que podría seguir creciendo. Pero yo estaba a punto de cumplir los treinta y mi situación era muy distinta. Cuatro años más de experiencia —que eran los que ella podía entregar hasta llegar a mi situación actual— a mí me situaban con treinta y cuatro. Treinta y cuatro y un simple contrato de prácticas. ¿Hacia dónde me conduciría aquello? Con semejantes condiciones me veía obligada a buscarme de nuevo un segundo empleo con el que poder cubrir todos los gastos. Uno que, seguramente, tampoco me llenaría. Además, tan solo era cuestión de tiempo que alguna de nosotras —lo más probable es que se tratara de Sarah— encontrara a algún tipo con el que casarse y abandonara el apartamento. Lorie sería la siguiente; ella tenía su propio negocio. Si vivía con nosotras era porque le iba bien para seguir ahorrando para el día que quisiera comprarse su propio apartamento o quisiera ampliar el salón de belleza. Y yo... seguiría con un sencillo contrato de prácticas con el que no podría ni mantenerme a mí misma. No... las cosas eran muy distintas para Julie y para mí y ahora era mucho más consciente de lo que nunca lo había sido.

Cuando salí del gran edificio recorrí las calles de Nueva York a toda prisa tras despedirme de forma precipitada de Julie y me adentré en la estación de metro como si me persiguieran. Todo era demasiado confuso para mí. Sentía

la necesidad de cortar raíces, de cambiar mi vida por completo y al mismo tiempo, un miedo irracional me llevaba incluso a pensar que lo mejor era regresar al cine y suplicar por mi reincorporación, disculparme con James y recuperar la poca estabilidad —y dignidad— que, por lo visto, ya no le quedaba a mi vida.

Como si mis pies funcionaran por pura inercia, me hallé de pronto frente a la puerta del cine en el que había pasado los últimos diez años de mi vida. Cogí aire y empujé la puerta de cristal con una sensación desconocida en el cuerpo. No era miedo, ni tampoco necesidad. Era ansiedad, temor a lo desconocido, a verme perdida o a no encontrar mi camino. Deambulé por el amplio distribuidor y vi a lo lejos que ya estaban preparando el bar. Una mano se posó de repente sobre mi hombro y me detuve en seco. Giré lentamente la cabeza y la sonrisa de Olly me devolvió a la tierra.

—¿Qué tal tu primer día como mujer libre? —dijo a modo de saludo.

¿Mujer libre? ¿Así era como me veía?

—Hola, Olly. ¿Hoy tenías turno largo? —pude responder únicamente—. Es muy pronto todavía...

—Vaya... Imaginaba que estarías un poco más... No sé... ¿Feliz?

No pude responder nada más. Le dediqué una mirada hueca, como si a pesar de que mi cuerpo estuviera ahí yo me hubiera perdido en otra dimensión.

—James está en su despacho —dijo al fin, captando mi atención.

—Gracias.

Le di un par de palmadas en el pecho, ya con la mirada puesta en el pasillo que tanto había llegado a detestar, y me dirigí hacia allí sin decir nada más. Aguardé unos instantes junto a la puerta. No iba a permitirle jugar con ventaja. Estaba nerviosa por lo que pudiera suceder ahí dentro pero él no debía notarlo. Había tomado la decisión, estaba convencida de lo que había hecho y de cuánto lo necesitaba y un tipo tan despreciable como James no me haría cambiar de opinión. Cogí aire, lo expulsé y piqué con los nudillos un par de veces.

—Adelante.

Empujé la puerta y le encontré frente a su mesa. Su expresión no era la de siempre sino todo lo contrario, tenía el gesto circunspecto y evidentes ojeras. Por lo visto alguien le había dado un toque de atención.

—Danielle —comenzó, marcando la distancia de entrada con el uso de mi nombre en vez del apellido, como solía hacer siempre con el único propósito de molestar—, he estado hablando con dirección y estamos dispuestos a llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?! —exclamé sin dar crédito—. No, James, creo que no lo entendiste. No quiero firmar ningún acuerdo contigo. Tienes dos opciones: defiendes tu reputación contra un abogado o firmas el maldito despido y no volvemos a vernos las caras.

—No puedes acusarme de nada —sentenció con la mandíbula prieta.

—¿Estás completamente seguro de ello? —aseveré. Di un par de pasos y apoyé ambas manos sobre la mesa con seguridad. A cada segundo que pasaba algo crecía en mi interior y se hacía más y más fuerte. Confiaba en mí misma, en la verdad de mis palabras, en la necesidad de dejar toda esta mierda atrás.

—¿Qué es lo que podrías decir?

Su comentario me hizo gracia. Estaba asustado. Tenía miedo de mí. Y eso hizo que me sintiera todavía más fuerte. Yo era la que tenía el mango de la sartén en ese momento e iba aprovecharme de ello.

—Podría comenzar con los cambios de turno repentinos, sin previo aviso y que no respetan las horas obligadas de descanso entre jornadas que establece la ley. —Me observaba con atención—. Sin embargo, creo que tendría mucho más efecto sacar a la luz el vídeo en el que se puede escuchar perfectamente cómo te lo montas con Johanna en tu despacho. La misma a la que le has ofrecido mi puesto, por cierto.

Le tembló el labio inferior y también el párpado casi de forma imperceptible, pues estaba segura de que trató de controlarlo. Pero lo vi y eso me hizo sentir henchida de palpitante emoción.

—No existe tal vídeo.

—Te dije ayer que no tentaras a la suerte —añadí, lanzando el farol más agresivo del que había hecho uso jamás. Lo que había dicho era cierto, todos lo oímos y todos lo sabíamos, pero tenía razón, no existía tal vídeo, solo que él no lo sabía y únicamente tenía la opción de arriesgarse—. Ponme a prueba y tú mismo lo comprobarás cuando te llegue la demanda. Piénsalo bien. Yo no deseo este trabajo. ¿Pero tú...? ¿Qué harás tú si pierdes el tuyo?

Sus labios se tensaron adoptando una mueca de asco, y a pesar de lo mal que me hubiera sentado despertar semejante sensación en otra persona, que él se sintiera así me infundió todavía más confianza.

Pasados unos instantes que se me antojaron eternos, James volvió a bajar la cabeza, abrió una carpeta roja y sacó un par de documentos del interior. Cogió un bolígrafo de un bote que tenía muy cerca y estampó su firma en ellos antes de tendérmelos.

—Fírmalos.

Cogí los papeles y me tomé todo el tiempo que necesité para asegurarme que no había previsto en ellos ninguna estafa o algo que luego me impidiera cobrar mi indemnización. Todo estaba correcto. Había accedido a mi petición.

Me incliné hacia la mesa, cogí uno de los bolígrafos y firmé todos y cada uno de los folios antes de entregárselos. Él se encargó de ordenarlos y a continuación, me tendió una copia en un sobre y él se quedó la otra.

—Desaparece de mi vista y no vuelvas a cruzarte en mi camino —dijo al fin, rebajándose tanto como su naturaleza inmunda le permitía.

—Descuida, James, te aseguro que tengo cosas más importantes que hacer.

Metí el sobre en el interior del bolso y salí de la estancia con una prisa inusitada, como si fuera a salirme una urticaria de continuar mucho más ahí dentro. Tuve que apoyarme contra la pared a causa de la impresión y de todas las sensaciones que en ese momento me abordaron. De pronto, comencé a sentir atoradas en mi garganta todas las emociones que la atenazaban. Mi

pulso se aceleró y con él lo hizo también mi respiración. Era libre. Lo había hecho. ¡¡Lo había hecho!! Estallé presa del júbilo contenido y me alejé cuanto pude de ese pútrido despacho en busca de la única persona a la que en realidad deseaba ver.

Al llegar al vestíbulo le busqué con la mirada. En el bar no había ni rastro, ni tampoco al fondo, ni junto a las taquillas que ya nunca más volvería a ocupar.

—Está fuera —dijo una voz a mis espaldas. Me giré y vi a Nathalie a un par de pasos de distancia.

—Gracias.

Ni siquiera me despedí cuando salí disparada a su encuentro.

Empujé la puerta de cristal justo después de haberle dado una última vuelta a la bufanda alrededor de mi cuello.

Miré a un lado y a otro y al final le vi. Estaba de pie en la esquina, con un cigarrillo entre los dedos. Contemplaba la distancia sin parecer prestarle demasiada atención a lo que había a su alrededor. Tenía una mano metida en el bolsillo mientras que con la otra sostenía el cigarrillo. Había oscurecido y el humo que desprendía el mismo le confería un toque casi mágico. La luz provenía de una farola que había justo a sus espaldas y la imagen, sin necesidad de filtros, parecía transcurrir ante mis ojos en blanco y negro. Saqué rápidamente el móvil de mi bolsillo y abrí la cámara. Encuadré la imagen, ajusté la luz y esperé el momento adecuado. Olly se llevó la mano hacia el rostro y le dio una larga y lenta calada al cigarrillo. Tragó el humo mientras la bajaba de nuevo. Me fijé en la cámara. En el centro, Olly formaba una silueta en blanco y negro definida por un único haz de luz, como la portada de un disco. Entonces, elevó el mentón, miró hacia el cielo y comenzó a soltar el humo lentamente, recreándose en ese gesto tan sencillo que capturé en mi cámara con todo lujo de detalle. Bajé las manos y observé la imagen que ahora me mostraba la pantalla. Era realmente preciosa. Las facciones de Olly se definían mejor con el juego de luces. Su cuello, tenso y definido... Resultaba increíble la cantidad de detalles que la cámara de ese teléfono era capaz de captar.

Después de pasar días comparando entre los dispositivos mejor valorados, me decanté por ese principalmente por su cámara, para poder capturar con ella todas las fotos que quisiera cuando no llevara mi Canon encima. Volví a mirar la imagen y sentí un lento y extraño hormigueo en la nuca y también en el estómago, justo antes de que se me erizara la piel, mis labios se secaran y sonriera sin poder evitarlo. Que Olly era atractivo era una realidad, pero en esa imagen desprendía algo tan único... tan íntimo que incluso mirarla te hacía sentir como un intruso que espicara a alguien a través de las cortinas.

Aparté la vista de la pantalla y le busqué. Seguía en la esquina, pero ya no sostenía el cigarrillo entre los dedos y ahora tenía ambas manos en los bolsillos. Aguardaba en la distancia, inmóvil, contemplándome con aquella descarada sonrisa a la que durante tantos años me había acostumbrado y que sin embargo, bajo la tenue luz de la farola, me pareció incluso más radiante. No pude evitar contagiarme de ella y con el móvil en una mano, bloqueé la pantalla para no perder la imagen y corrí hacia él con la sensación de sentirme una mujer nueva, distinta y sobre todo, muy viva. Le abracé con fuerza cuando llegué a su lado, sin darle siquiera tiempo a sacar las manos de los bolsillos hasta pasados unos instantes, en los que sus brazos me envolvieron también, proporcionándome más calor que el que cualquier abrigo podría ofrecerme jamás.

—Felicidades —susurró junto a mi oído, justo antes de estamparme un beso en la mejilla con todas sus fuerzas. Tal fue su ímpetu que incluso mi cuerpo se inclinó hacia atrás, venciendo a la gravedad tan solo gracias a la fuerza con la que sus brazos me sujetaban.

Cuando me soltó tardé en reaccionar. Se le veía feliz y radiante, como si fuera su propio logro, como se sienten las personas que se alegran verdaderamente por los demás, sin envidia ni malos deseos. Y mientras me contemplaba con aquella expresión, algo en mi interior sufrió una extraña colisión. Tardé en reaccionar.

—¿Elle? ¿Me oyes?

—Sí... —titubeé—. Sí, claro, dime.

—¡¡Te estaba preguntando que cómo querías que lo celebráramos!!

—¿Celebrarlo?

—Sí, ¡por supuesto que hay que celebrarlo! Joder, has dado un gran paso, ¿es que no te apetece brindar por ello?

Estaba mareada, en un sentido insólito y desconocido. No sabría decir si era por el cúmulo de emociones que estaba experimentando en apenas unas horas o bien, por el hecho de haber dejado atrás una etapa de mi vida.

Olly pasó una mano sobre mis hombros y comenzamos a andar de nuevo en dirección al cine, donde nos detuvimos frente a la puerta principal.

—¿Quieres que nos veamos luego para cenar? —sugirió.

—Seguramente lo haga con las chicas... ¿Quieres venir?

Le vi dudar durante unos instantes.

—No... disfrutad vosotras. ¿Reservarás otra noche para mí?

—Claro.

Permanecí ahí durante unos instantes sin saber muy bien qué hacer. Al final, con un mohín triste se despidió de mí con la mano y se encaminó hacia el interior antes de girarse por última vez. Con la puerta entreabierta, giró la cabeza, tensó los labios unos segundos formando una extraña sonrisa y se dirigió a mí.

—Esto será muy aburrido sin ti... Pero estoy muy orgulloso del paso que has dado. Solo quiero que lo sepas.

No me dio opción de responder. Se adentró en el interior del vestíbulo y le vi desaparecer por el pasillo que conducía hacia los vestuarios con la sensación de que algo acababa de cambiar —o quizá despertar— en mi interior.

CAPÍTULO 4

Sarah.

—Buenos días, Sarah.

Edward apareció en el umbral de la puerta a media mañana, sonriente. Desde la tarde que vino a recogerme a la academia, me había dedicado a prestarle un poco más de atención. De ese modo, descubrí que estaba en el equipo de atletismo de la universidad y que correr era una de sus mayores pasiones. Era su momento del día, en el que solo existían él, sus piernas y su mente. Nada más. Descubrí también que era el pequeño de cuatro, concretamente tenía tres hermanas mayores y cuatro sobrinos con edades comprendidas entre los dos y los seis años. Ah, sí, y que se moría por esos críos. Le pregunté también por sus estudios y me gustó descubrir que en un futuro se veía formando parte de *Vaus Spencer & Co*, lo que me alivió en gran medida puesto que no me imaginaba teniendo que empezar de cero formando a alguien nuevo cuando Edward era la persona más eficiente con la que me había cruzado. Jamás se le había olvidado ni un solo documento, ni una notificación ni tampoco una reunión. Lo que también acarreó una importante subida de sueldo cuando comencé a ver que era un hombre realmente cotizado y que no era la primera vez que otras empresas le ofrecían un nuevo contrato.

—Edward... —respondí a su saludo.

—Dime.

—¿Por qué has rechazado otras ofertas?

—Ya te lo dije, me gusta trabajar aquí.

—Te ofrecían mejores condiciones.

—Lo dudo.

Enarqué una ceja y le contemplé acercarse a mi mesa. Lo dijo con seguridad y firmeza.

—Te traigo los documentos de la reunión de esta tarde. El señor Vaus —

dijo, pues aunque sabía que era mi padre jamás se había dirigido a él como tal, manteniendo firme la línea de respeto que a su entender era de uso procedente— te espera en su despacho a las cuatro. Vendrán los de *German Co* y el director de *Open*.

—Perfecto. ¿Hay algo que deba volver a revisar o todo sigue como lo dejamos?

—Todo igual. Ni una sola cláusula modificada.

—Genial. Gracias Edward. Y no solo por esto —puntalicé cuando estaba a punto de cruzar la puerta.

Se giró y me dedicó una mueca sincera y turbada. Tenía que encontrar el modo de conseguir que el chico que me recogió en la academia fuera el mismo que acudía a la oficina a diario.

La mañana transcurrió como una de aquellas secuencias de horas que pasan a cámara rápida y con un ritmo frenético. Decidí ir a la cocina cuando mi estómago rugió por cuarta vez en apenas diez minutos. Estaba muerta de hambre y llevaba desde las siete sin probar bocado.

—¿Has comido? —pregunté al pasar junto a la mesa de Edward.

—Sí. ¿Tú no?

—No...

—Pensaba que habías ido antes.

—No, he subido a las oficinas de Spencer un momento.

—¿Te traigo algo? —dijo, solícito.

—No, no te preocupes. Voy a la cocina.

—Había ensaladas en la nevera.

—Perfecto. Vuelvo en un rato. Si preguntan por mí, diles que llamaré en una hora. Llevo el móvil, pero pásame solo llamadas urgentes, ¿vale?

—Está todo controlado, Sarah. Ve a comer y no vuelvas hasta dentro de una hora.

Me giré y le sonreí. ¿Era eso un inicio de confianza entre nosotros?

—No recordaba haberte convertido en mi jefe.

De nuevo, el rubor en sus mejillas. Tenía que aprender a calibrar mis comentarios para mantener un equilibrio entre su parte más tímida y la más natural.

—Lo sien...

—Era broma, Edward —corté su disculpa—. Pero voy a tomarme en serio tu orden. Nos vemos en una hora.

Sus labios se curvaron y llevó la vista hacia la pantalla. Me colgué el bolso del hombro y recorrí a paso lento y estudiado el pasillo en dirección al ascensor. Llevaba días controlando el dolor de la rodilla y manteniéndolo al margen de mi vida. No podía negar que medía todos mis pasos y que había ralentizado mi forma de andar. Pero había logrado desinflamarla y también había conseguido seguir llevando los tacones durante todo el día. Lo que no significaba que fuera precisamente lo primero de lo que me desprendía nada más llegar a casa.

Abrí el frigorífico y saqué una ensalada César envasada al vacío de entre muchas de las que había ahí dentro. Era consciente de que quizá no fuera el mejor tipo de alimentación pero de entre todas las opciones de comida envasada, era la preferible.

Saqué el precinto y abrí el sobrecito que contenía la salsa y la vertí sobre la ensalada. Del cajón cogí unos cubiertos y volví a abrir el frigorífico para hacerme con un botellín de agua. Comencé a comer mientras me distraía consultando todos mis perfiles en redes sociales, aunque no vi nada interesante en ellos. Fiestas improvisadas, capturas de la comida del día y fotos de compañeros del colegio y de la universidad con sus hijos. Me detuve justo en una de esas. Era de una de las chicas con las que compartí gran parte de mi estancia en Harvard. Salía con su hija, las dos vestidas iguales, montadas cada una sobre un caballo distinto. La foto había sido robada, como

siempre decía Elle, pues ninguna de las dos posaba para la misma. Amplié la imagen y por la expresión de ambas supe que ella le estaba dando alguna instrucción. Pensé de nuevo en la oferta de comenzar a dar clases y me imaginé por un momento cómo sería enfrentarse a un grupo de niñas con tutús y mallas rosas, el pelo recogido en un moño alto sin ningún mechón suelto y dispuestas a aprender todo lo que yo pudiera enseñarles.

Mi estómago regurgitó inquieto y se me escapó una pequeña sonrisa. Quizá era justo la experiencia que necesitaba vivir ahora mismo. Busqué en la agenda de contactos el número de la academia que Sophie me había dado y que acabé guardando en la memoria del teléfono.

—Academia Infinity, buenos días. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Buenos días... Mi nombre es Sarah Vaus y llamo de parte de Sophie Campbell.

—Un segundo por favor.

—Claro.

La escuché pasar un par de páginas antes de volver a responder.

—¿Es por el puesto de sustitución?

—Sí.

—Claro. ¿Le gustaría pasar esta misma tarde?

—¿Hoy?

—Solo si puede. Si no es posible, podría venir la semana que viene. Se lo decía porque justo hoy, las niñas tienen clase y podría acudir y ver cómo lo hace la actual profesora a la que sustituiría en caso de aceptar.

—Oh... es una gran idea. ¿A qué hora sería?

—A las seis y media.

Lo pensé unos instantes. Tenía la tarde perfectamente organizada y no tenía nada pendiente para el día siguiente. Podía salir antes y adelantar la entrada de mañana. Robert podría llevarme sin problema.

—Ahí estaré entonces.

—Muy bien, señorita Vaus. La esperamos con ganas. Sophie no deja de alabar su talento.

—Gracias... —dije, sintiendo el calor en mis mejillas—. Hasta luego, pues.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Terminé de comer con la sensación de hacerlo por pura obligación, pues me sentía verdaderamente nerviosa, como solo puedes sentirte ante la expectación que genera algo nuevo y en lo que sin ser consciente, pareces haber depositado grandes esperanzas. Mi estómago se había cerrado por completo.

—¿Han preguntado por mí?

Alzó la cabeza en mi dirección.

—No. Todo en orden.

Me acerqué a su mesa y me apoyé sobre el mostrador elevado que protegía uno de los laterales de la misma, a modo de pequeña pared.

—¿Sabes qué?

Entrecerró los ojos antes de responder.

—¿Qué?

—Esta tarde voy a acudir a una academia de baile en la que me han propuesto dar clases a niñas que están en su primera etapa de formación.

—Vaya, ¡es fabuloso! Qué buena noticia, Sarah. Me alegro mucho por ti.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—Estoy un poco nerviosa —seguí, por eso de estrechar un poquito más los lazos con él—. Es la primera vez que me enfrento a niños.

—Piensa que solo son personas bajitas, quizá así te resulte más fácil.

—¿Y si creen que soy demasiado estricta?

—¿Lo era tu profesora?

Resoplé al recordarlo. El apelativo de estricta se le quedaba demasiado corto.

—Mucho.

—¿Y eso te hizo desfallecer o te volvió más fuerte?

Entorné los ojos y le contemplé unos instantes. ¿Volvía a tener la mejor versión de Edward frente a mí?

—Me obligó a esforzarme más.

—Pues ahí lo tienes.

Fruncí los labios y contuve una pequeña sonrisa.

—Gracias, Edward dos punto cero.

—¿Cómo dices?

Esta vez sí que dejé que se me escapara una sonrisa y me adentré en mi despacho con la intención de adelantar todo el trabajo que me fuera posible y así, poder salir antes sin dejar nada a medias para el día siguiente.

Robert se detuvo frente a la entrada de la academia Infinty y una vez más, sentí el cosquilleo típico de las nuevas experiencias y de los miedos inexpertos. Durante el camino no dejé de preguntarme si se me daría bien, si caería bien a las niñas, si me gustaría dar clases o si todo esto sería suficiente para saciar mi necesidad de sentirme conectada con el mundo de la danza.

Entré y la primera impresión fue agradable. La recepción era muy parecida a la de mi academia, solo que en versión mini, por decirlo de algún

modo. En el pasillo ya se respiraba el éxito y las ganas de seguir manteniendo en su haber el nacimiento de las mejores promesas de la ciudad. Me acerqué al mostrador, donde una chica joven me obsequió con una sonrisa.

—Buenas tardes, soy Sarah Vaus. He llamado esta mañana en referencia a una sustitución...

—¡Sí, claro! Bienvenida, señorita Vaus, para nosotros es un verdadero placer poder contar con su experiencia. Sophie dice que es usted la más indicada para ocupar el puesto de Lydia.

Volví a sonreír mientras mis vasos sanguíneos se dilataban y la sangre los recorría a toda velocidad. Me sentía muy viva y me gustó que así fuera. Podría llegar a acostumbrarme.

—Acompáñeme, le presentaré a Lydia y así podrá seguir la clase desde el principio puesto que las niñas han comenzado a llegar y ya se están cambiando.

Salió del redondo cubículo y me hizo un ademán para que la siguiera. Al igual que las de mi academia, las paredes estaban decoradas con fotos de actuaciones y estaba segura de que todos los que las protagonizaban habían salido de Infinity o de la misma academia en la que yo misma había estado formándome hasta ahora. Los colores eran muy vivos y la iluminación clara.

—Esta es la clase de Lydia.

Miré a la derecha y a través del cristal distinguí una clase de tamaño un poco inferior al que yo estaba acostumbrada. Dentro, una joven con la melena recogida sin un solo mechón suelto, en medias y un maillot negro en el que se intuía una delatora y redonda barriga, hablaba con una niña que no debía de contar más de seis o siete años, mientras le daba una indicación de la posición en la que esta debía mantener los brazos. La imagen era evocadora y por un instante se me erizó el vello de la nuca. Tan solo deseaba aprender a transmitir el deseo que yo sentía por ese arte en el que cuerpo y melodía se fundían en uno solo, creando una combinación perfecta.

Lydia detectó nuestra presencia y alzó la vista en nuestra dirección, antes de sonreír. Sabía perfectamente quién era yo. A continuación, me hizo un

gesto con la mano, invitándome a entrar, así que empujé la puerta hacia el interior y me adentré hacia el pequeño mundo en el que esperaba vivir una nueva etapa repleta de experiencias.

—¡Suerte! —me deseó la recepcionista alejándose por el pasillo.

Lydia dejó a la niña practicando el movimiento y se acercó hacia mí con ese suave movimiento que daba la sensación de que más que caminar, levitara. El aroma a sudor y entrega me llegó y de algún modo, me sentí en casa. Una nueva casa.

—Buenas tardes, Lydia. Me llamo Sarah Vaus y me han propuesto para sustituirte durante tu embarazo. Por cierto, enhorabuena.

—Gracias, Sarah. Sophie me ha hablado mucho de ti. Perdón, ¿puedo tutearte? —dijo con educación—. Sé que ostentas un importante cargo pero...

—Te lo pido por favor... Necesito un espacio sin formalismos —supliqué, cortándola con la mejor de mis sonrisas. Estrechamos nuestras manos.

—Será un verdadero placer tenerte aquí. Mira, si quieres, puedes dejar las cosas ahí colgadas —prosiguió, señalando un perchero que había en la esquina—. Hoy puedes ver toda la clase y cómo suelo enseñar a las niñas y cuál es la dinámica de repeticiones. Entiendo que no has traído ropa para cambiarte, ¿no?

—Me ha resultado imposible. Me han avisado hace apenas unas horas y vengo directa de la oficina.

—No te preocupes. Puedes presenciar toda la clase y por supuesto, si en algún momento quieres añadir o comentar algo, estaré encantada de escucharte.

Su dulzura me cautivó y supe que tenía ante mí una de aquellas personas con las que conectar es tan sencillo como mirarle a los ojos y sonreír. A partir de ahí, su entrega y predisposición sería absoluta y para siempre. Me cayó realmente bien. Infundía respeto y ternura al mismo tiempo y, en mi opinión, esas eran dos de las mejores cualidades que una profesora podía tener.

La puerta se abrió y unas cuantas niñas entraron. Ocho en concreto. Dentro de la clase ya había dos más y apenas un minuto más tarde, entraron tres más.

—Muy bien, chicas. Ya estamos todas —dijo Lydia, todavía a mi lado—. Mirad, ella es la señorita Vaus y es muy probable que sea vuestra profesora durante un tiempo. —Las niñas le prestaron toda su atención mientras nos miraban a una y a la otra de forma intermitente. Sonreí con amabilidad—. Si decide quedarse, tenéis que prometerme que la cuidaréis mucho, que os portaréis bien y que seguiréis entrenando igual de bien que lo habéis hecho hasta ahora. ¿Lo haréis?

—¡¡Síííí!! —gritaron todas al unísono.

—Muy bien, chicas. Sabía que podía contar con vosotras. Y ahora, ¿qué os parece si aprovechamos esta clase para enseñarle a la señorita Vaus qué es lo que sabéis hacer?

—¡¡Síííí!! —gritaron una vez más, esta vez acompañando el griterío con saltitos nerviosos.

—¡A calentar, pues!

Las niñas corrieron hacia el otro extremo y comenzaron a hacer algunos ejercicios de calentamiento sin necesidad de que Lydia tuviera que darles más indicaciones.

—Puedes sentarte ahí —dijo esta vez en mi dirección, señalándome un banco que había muy cerca del equipo de música—. Y recuerda, si en algún momento quieres hacer o decir cualquier cosa, soy toda oídos.

—Gracias, Lydia.

Se dirigió hacia las niñas y yo me acomodé en el banco, sin perderlas de vista. Me fijé mejor en ellas. Había niñas de distintas alturas y complexión, por lo que entendí que contaban también con edades distintas, aunque estaba segura que ninguna de ellas superaba los ocho o nueve años. Sus cuerpos eran flexibles y sus movimientos ágiles, por lo que debían de llevar tiempo entrenando.

Cuando terminaron el ejercicio de calentamiento, Lydia las llamó para que ocuparan sus respectivas posiciones, que también conocían muy bien, activó el equipo de música con un mando a distancia y entonces, decidí perderme ante el más bonito y especial de los espectáculos que había presenciado en mucho tiempo.

La danza adulta era preciosa, distinguida y elegante. Sin embargo, aquellas niñas tenían algo tan especial en el rostro, en la entrega con la que iniciaban cada movimiento, cada giro, cada salto... La torpeza de algunos pasos que todavía debían perfeccionar contrastaba con la serenidad y seriedad de sus rostros. Eran niñas que, al mismo tiempo, dejaban la niñez a un lado para convertirse en la mejor versión de ellas mismas, mientras la pequeña mujer que llevaban dentro se hacía cargo de la situación durante las horas que pasaban en el interior de esa clase.

En ese instante lo tuve claro. Quería formar parte de ese sueño. Del suyo. Del mismo que un día yo misma tuve y que ahora, podía alimentar desde otra posición muy distinta, aunque no por ello menos importante.

CAPÍTULO 5

Elle.

Cerré la puerta y crucé el recibidor sin sacarme siquiera el abrigo. Sarah y Lorie estaban acurrucadas en el sofá bajo una manta y en la mesa, frente a ellas, aguardaba un bol de palomitas vacío y una botella de vino.

—¿En qué momento me fui a vivir con dos abuelas? —dije a modo de saludo, pues lo único que me apetecía era celebrar mi recién adquirida libertad con ellas.

Mi cuerpo comenzó a entrar en calor, aunque mis dedos seguían rígidos y también los pies.

—Hace frío, Elle.

—No me digas —añadí lacónica, todavía con el abrigo y el gorro puestos.

—¿Celebrabais algo sin mí? —dije, señalando con la cabeza la botella de vino.

—Hoy he ido a la academia por primera vez.

—¿Y qué tal?

—¡Muy bien! Creo que me sentiré muy cómoda ahí dentro.

Me alegré por ella y sobre todo, por la suavidad de su rictus. Se merecía ser feliz. Me saqué el abrigo y lo dejé en el respaldo de la silla.

—¿Qué es lo que os tiene tan abducidas?

Tenía ganas de hablar, de reír con ellas, de saltar, gritar, brincar e incluso, de tirarme en paracaídas. Aunque, al mismo tiempo, me sentía extraña, incapaz de aventurarme a adivinar qué pasaría ahora que, a pesar de lo sucedido, el presente seguía su curso. El mismo de siempre. Era una sensación extraña a la par que contradictoria.

—Chris Evans en ropa interior —fue la única respuesta de Lorie, que ni siquiera apartó la vista de la pantalla.

Su argumento, por inconsistente que pudiera parecer, me convenció. Me acerqué hacia ellas y traté de identificar la película.

—¿Estáis viendo *Dime con cuántos* sin mí?

Ambas se giraron en mi dirección y no respondieron. Par de brujas. Sabían cuánto llegaba a gustarme esa película, era una de mis comedias románticas favoritas.

Empecé a sentirme mejor y me saqué el gorro y la bufanda. Bendita calefacción. Me dirigí hacia la cocina, cogí una lata de cerveza y regresé al salón, donde me acomodé en uno de los sillones antes de abrirla. El televisor quedaba a mi derecha y el sofá con las chicas a mi izquierda. Se hallaban completamente absortas en la película que no hacía demasiado que había comenzado.

—¿Cuál creéis vosotras que es el número indicado de tíos con los que puedes acostarte antes de encontrar a tu futuro marido? —dijo Sarah, después de que se planteara la misma pregunta en el filme.

Lorie se mantuvo pensativa y yo recapacité sobre ello también. ¿Acaso existía un número tasado de tíos con los que pudieras acostarte antes de convertirte en una solterona de por vida? Una vez más, la lista acudió a mi cabeza y sin poder evitarlo, solté una risita tonta.

—¿Y a ti qué te pasa? —soltó Sarah en tono cotilla.

—Nada.

—Y un cuerno. Ya lo estás soltando. —Se incorporó y Lorie hizo exactamente lo mismo a su lado, olvidando de pronto lo que estaba sucediendo en pantalla.

No pude evitarlo y todavía me reí más.

—¿Qué has hecho? ¿A quién te has tirado y cuándo? No me puedo creer que no nos hayas contado nada.

—No, no —me excusé antes de que se formaran una idea errónea—. No va por ahí, os lo juro.

—Ya, claro.

Sus rostros eran todo un poema, pero me sentía exultante debido a los últimos acontecimientos y entendía que mi expresión pudiera dar lugar a cierta confusión. Lorie llevaba el pelo revuelto por culpa del sofá y Sarah, aunque mantenía su imagen tan angelical como siempre, tenía el rostro carcomido por la necesidad de un cotilleo fresco.

—No me he acostado con nadie, os lo juro.

—Pues no sé a qué esperas —soltó Sarah de repente, sin que hubiera podido esperarlo, pues aquel arrebató resultaba muy impropio tratándose ella.

Me quedé perpleja ante el ataque sin saber si reír o bien, si sentirme ofendida.

—¿A qué viene eso?

—Joder, ¿es que no tienes ojos en la cara?

Fruncí los labios y enarqué las cejas, incrédula.

—No, no me mires así —dijo, haciendo un pequeño aspaviento con las manos—. Lo pongo en duda cada vez que veo a Olliver a tu lado.

—¡¿Olly?! —exclamé, ahora ya sin poder creer nada de lo que oía.

Eché un vistazo a la mesa y comprobé el contenido de la botella para descubrir que faltaba mucho más de la mitad. Vale, estaban animadas. La noche prometía.

Lorie asomó la cabeza por detrás de Sarah.

—¿Acaso nunca te has fijado en él?

Percibí un tono extraño en su pregunta aunque no supe distinguir muy bien por qué.

—¿Tú también?

—Hombre, el chico está para un buen revolcón... O dos —respondió, todavía con aquella expresión extraña. A pesar de ser un comentario más que habitual por su parte, había un tinte distinto en su voz.

—O los que quiera —continuó la otra.

Las dos se miraron y soltaron una risita nerviosa que me removi6 el est6mago. Se trataba de Olly. Y Olly era mi amigo. Vale que no pod6a negar que ten6a aquella apariencia canalla y dulce al mismo tiempo que provocaba que m6s de una se girara ante su presencia... pero, ¿ellas tambi6n? No, ellas no pod6an hacer eso. Para ellas Olly era territorio prohibido.

—Ni se os ocurra —sentenci6, se6al6ndolas con un dedo amenazador. Y el tono usado me sorprendi6 incluso a m6 misma.

Volvieron a mirarse y como dos ni6as rompieron a re6r. Sin embargo, a m6 no me hizo ni pizca de gracia, sino que la extra6a sensaci6n que se hab6a afincado en mi est6mago segu6a reivindicando su momento de protagonismo mientras yo continuaba sin comprender demasiado bien por qu6. Jam6s me hab6a acostado con Olly ni le hab6a deseado de un modo distinto al que su amistad me ofrec6a. Pero fue imaginarlo con Lorie o Sarah y un intenso aguij6n me perfor6. No hab6a concebido esa imagen antes y no me gustaba tener que hacerlo ahora. Tal vez fuera ego6sta por mi parte, pero Olly era lo que m6s quer6a en el mundo aparte de ellas y me pertenec6a solo a m6. Era mi burbuja particular... y no me apetec6a compartirla con ellas. No de ese modo, por lo menos. Nunca me hab6a considerado una persona celosa y menos con las chicas, pues sol6amos hacerlo todo juntas; pero Olly no era un chico cualquiera. Y no quer6a que nuestra amistad pudiera resentirse por culpa de las chicas o al rev6s... Pues no era precisamente la clase de hombre que se comprometiera a la primera de cambio sino m6s bien todo lo contrario. No quer6a que ninguno de los dos frentes fuera un motivo de disputa respecto al otro. Y, ¡qu6 narices! No me apetec6a compartir sus atenciones y punto. Aunque pudiera parecer una pataleta m6s propia de una ni6a que de una mujer a punto de cumplir los treinta.

—Era broma, Elle —a6adi6 Sarah.

No la cre6, pero me obligu6 a hacerlo porque esa noche no estaba dispuesta a enfadarme, y menos por menudencias como esa. Era mi noche y quer6a celebrarlo con ellas. Aunque fuera en el sof6 de casa con una cogorza de campeonato.

—¿Y bien? —preguntó Lorie, cambiando bruscamente de tema.

—Y bien, ¿qué?

—¿De qué reías antes?

—¿Antes?

—Joder, estás en las nubes —exclamó, señalando al televisor como si eso pudiera ayudarme a hacer memoria. Y lo conseguí. ¡La lista! Volví a reír.

—Vale, os voy a contar algo pero no podéis juzgarme por ello, ¿de acuerdo?

—¡¡Cuenta ya, por el amor de Dios!!

Me puse en pie y corrí hacia mi dormitorio bajo su atenta mirada. Abrí el cajón de la mesilla de noche y busqué el pequeño sobre. Seguía en el mismo lugar en el que lo había guardado. Lo desdoblé y lo leí rápidamente antes de regresar al salón. Cuando lo hice, las dos esperaban impacientes, ahora ya sin prestarle ninguna atención a televisor.

—No jodas, ¿¿es tu lista?! —exclamó Sarah, presa de la emoción.

—No os adelantéis, ¿vale? Voy a leerlos solo un punto... Los otros son privados.

Me observaban con la impaciencia reflejada en el rostro y una sonrisa pícaro. Me coloqué frente a ellas y desdoblé el papel con parsimonia, poniéndolas todavía más nerviosas. Con palpable teatralidad, me aclaré la garganta y busqué el punto en cuestión antes de leerlo en voz alta, aguantándome la risa.

—Me gustaría haberme acostado con ocho tíos. Y te preguntarás, ¿y por qué ocho? Y te diré: ¿y por qué no? Acuérdate: ocho.

Sarah abrió la boca sorprendida antes de romper a reír y Lorie se dejó caer contra el respaldo contagiada por la otra.

—¿Ocho? —exclamó entonces—. ¿Aspirabas a acostarte solo con ocho tíos antes de los treinta?

—¡¡¿SOLO?!! —estalló Sarah.

Volví a dejarme caer sobre el sillón mientras Sarah aguantaba las acusadoras miradas de la otra.

—Eres una mojigata, Sarah. ¿Ocho te parecen muchos? ¡¿En serio?!

Estiré el brazo y cogí una de las mantas que había dobladas en el lateral del sofá que ellas ocupaban para echármela por encima mientras contemplaba el caos que acababa de crear entre ellas, mucho más interesante que lo que ocurría en pantalla. Bueno, no tanto como Chris Evans en ropa interior pero... ya lo teníamos muy visto en realidad.

—Hombre, ocho tíos son ocho tíos... No fastidies —respondió la aludida, dejando de lado su habitual feminidad que solo olvidaba cuando mediaba alguna botella de vino.

—Muy bien, veo que sabes contar —contraatacó la otra.

Le di un sorbo a mi cerveza sin dejar de mirarlas. Se habían encarado la una frente a la otra y la cosa ahora iba entre ellas. Me sentía como un titiritero que movía a sus títeres a su antojo, conduciendo la historia hacia donde deseaba. Reí en silencio sin dejar de prestarles atención.

—No, Lorie... Me refiero a que ocho son muchos.

—Joder, Sarah, que no son tantos. ¿Con cuántos te lo has montado hasta hoy? Por Dios dime que son más de ocho...

—No voy a responder a eso —dijo, aunque las tres sabíamos que no estaba molesta y que en realidad se estaba divirtiendo con la conversación. Se cruzó de brazos.

—Vamos, Sarah, somos nosotras, tienes que contestar. ¿De qué tienes miedo?

—No pienso hacerlo. Yo no te pregunto qué haces o dejas de hacer con tus ligues, ni cuántos sumas a final de año.

—Pero si me preguntaras con cuántos me he acostado, te lo diría.

—¿Con cuántos?

—Veintidós.

—¡¿Veintidós?! —exclamó subiendo el tono más todavía, rompiendo seguramente la escala de medición de decibelios.

—En realidad fueron veintitrés —rectificó con una mueca perversa. Se lo estaba pasando de lo lindo metiéndose con Sarah—. Me olvidaba de Kevin, aunque... para el caso...

Levantó la mano derecha y mostró los dedos índice y pulgar haciendo alusión a lo diminuta que le pareció cierta parte de la anatomía del tipo en cuestión.

—¿Eso no debería contar, no? —continuó, consciente de que el rostro de Sarah cada vez adquiriría un tono más purpúreo.

Rompí a reír y fui a darle un nuevo sorbo a la lata de cerveza cuando me di cuenta de que ya me la había terminado. Me destapé, me puse en pie y me dirigí hacia el mueble de la esquina. Cogí una copa, fui a por otra botella de vino y la llevé conmigo al salón. Justo cuando me acercaba a ellas, Lorie se dirigió hacia mí.

—Elle, responde, ¿con cuántos te lo has montado tú?

No lo dudé.

—Doce.

—¡¡¿¿Doce??!! —estalló de nuevo y Lorie y yo no pudimos evitar una carcajada—. ¡Estáis enfermas!

Dejé la botella sobre la mesa del centro.

—¡¡Pero si sabías de la mayoría de ellos!! —exclamé mientras sacaba el corcho y rellenaba las tres copas para tendérselas a continuación.

Ambas alargaron el brazo y cogieron una cada una. A continuación, cogí la mía, volví a sentarme en el sillón y me eché la manta de nuevo sobre las piernas.

—¡No es cierto! No sabía de todos ellos.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Estáis enfermas —repitió contrariada.

—Lo que tú digas, pero las dos hemos respondido. Te toca.

—Sarah... —murmuré apremiándola, tras unos segundos en los que se mantuvo en silencio.

Me lanzó una mirada severa y luego hizo lo mismo con Lorie.

—Oh, ¡está bien! —exclamó al fin—. Con cinco.

—¡¡¿Cinco?!! —saltamos nosotras dos al unísono, sin poder creerlo.

—Sí, cinco. Y ahora podéis reiros y meteros conmigo si queréis —respondió enfurruñada, antes de hundirse en el contenido de su copa.

—Me estás diciendo que has estado en Harvard... ¿y solo te has acostado con cinco tíos en tu vida? —siguió Lorie.

—¿Qué tiene que ver que haya estudiado en Harvard?

—Harvard, Sarah —puntualizó de nuevo—. Haaaaaaaar-vaaaaaard. —Tuve que hacer un esfuerzo para que no se me escapara el trago que acababa de darle a la copa cuando acercó su rostro al de Sarah y lo repitió muy cerca de ella con exagerada teatralidad—. Maldita sea, ¡de ahí salen todos los jodidos tiburones de la ciudad! ¡¿¿Es que no has aprendido nada de *Harvey Specter*??! —exclamó, haciendo alusión a *Suits*, la serie de abogados que más nos había enganchado en todos los años que llevábamos viviendo juntas.

—¡¿Y tú no te has dado cuenta de que todo lo que pasa en esa serie es pura ficción?!

—Uy lo que ha dicho... ¡Blasfemias! —Cuando Lorie se ponía en ese plan a mí siempre acababa entrándome la risa floja—. ¡¡Le sigo en *Instagram*!! ¡Mira!

Cogió el móvil en un movimiento rapidísimo, buscó el perfil del actor y lo colocó apenas a un par de centímetros del rostro de Sarah, que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para que sus ojos pudieran enfocar la imagen.

—A todo esto, Sarah... ¿Valieron la pena? —inquirí, mientras una apartaba a la otra a manotazos.

Se detuvo en seco y giró el rostro. Sus ojos centellearon y una sonrisa maligna cruzó sus labios, gesto que trató de esconder sin éxito antes de llevarse la copa a los labios y darle un traguito.

—Vamos, Sarah... —la apremió Lorie.

La imagen era una de aquellas que me gustaría recordar dentro de un tiempo. Sarah, natural, despeinada y sin la presión que solía esconder su rostro tras una fina capa de maquillaje dulce y ameloconado. Lorie, resuelta y poseída por esa locura que solo se permitía mostrar en contadas ocasiones y con la que tanto nos habíamos reído siempre. Las miré y sonreí. Con ellas a mi lado no necesitaba más. Vivíamos en la ciudad más dinámica del mundo y sin embargo, no necesité salir de ese salón para que esa noche fuera perfecta. No necesitaba un garito, ni un vestido de firma, ni tampoco pasar un frío de mil demonios. Las necesitaba a ellas.

Dejé con cuidado la copa en el reposabrazos del sillón, metí la mano bajo la manta y saqué mi teléfono del bolsillo. Encendí la cámara y sin que se dieran cuenta, fui inmortalizándolas. Primero juntas, luego separadas. Capté la traviesa mirada de Sarah y la lujuria que en ese momento resplandecía en sus ojos. Iba a ocuparme de descubrir quién era el artífice de la misma y lo haría esa misma noche. Luego busqué a Lorie. Bajé la intensidad del brillo y potencié las sombras. La lucecita de la esquina le llegaba desde la espalda y un par de mechones le caían sin orden ninguno sobre su frente y las mejillas. Sostenía la copa ahora muy cerca de sus labios y reía mientras seguía chinchando a Sarah. La capturé también y a continuación, guardé de nuevo el teléfono antes de que se dieran cuenta de nada.

—Unos más que otros... —respondió al fin, dejándose llevar por la absurda conversación.

—Vale, quiero saber cuál de esos es el “más” y cuál el “menos”.

—¡Eso! —me apoyó Lorie, comida por la curiosidad que ella también sentía.

—¿Quién diríais vosotras que fue el “más”?

Di un sorbito antes de responder, aprovechando esos segundos para pensar. Si Sarah solo se había acostado con cinco tíos, sabía perfectamente quiénes eran los susodichos.

—Josh —afirmé, convencida de que de todos los posibles, era el candidato menos idóneo para ser el “más”.

—Josh —respondió Lorie casi al mismo tiempo, seguramente tras haber pensado lo mismo que yo.

Sarah alzó una ceja haciéndose la interesante pero no pudo aguantar mucho antes de que se le escapara una sonrisa demasiado delatora. Incluso me incorporé del sillón a causa del impacto.

—No jodas... —atiné a decir incrédula.

—¡¡¿Josh es el más?!! —terminó Lorie, dándole forma al interrogante que poblaba mi mente.

Sarah estalló en una nueva carcajada mientras las mejillas se le teñían de un rubor color cereza. Tenía que ser coqueta hasta para eso.

—Dime que no es verdad...

—Os lo juro...

—¡¡Pero si incluso le daba vergüenza hablar con nosotras!! —estalló Lorie una vez más.

—Os juro que lo que menos tenía ese chico en la cama era vergüenza.

—¡Joder con Mudito!

Lorie alzó la copa y la imitamos al momento.

—¡Por Mudito! —afirmó en un tono más elevado.

Las entrechocamos y el fino cristal de las tres tintineó, dando por sellado el merecido brindis en honor a Sarah.

Le di un trago sin dejar de mirarlas. Todavía no les había confesado que

ya no volvería a trabajar en el cine, que lo había dejado de una vez por todas, pero estaba segura de que habría otro momento para hacerlo. En ese instante, aquello era lo único que necesitaba. Nada más.

CAPÍTULO 6

Sarah

—¡Tsss, Tsss!

Las tres nos miramos tratando de descubrir si aquello había pasado o era solo producto de nuestra imaginación.

—¡Eh!

Esta vez tuvimos claro que no eran imaginaciones nuestras. Los dos vecinos de enfrente estaban asomados a la ventana que daba a la de nuestra cocina.

—¿Es una fiesta? —dijo el rubio, más alto y apuesto que el otro. Aunque el moreno no se quedara corto.

—¿Y qué si lo fuera?

—En ese caso, sería cortés por vuestra parte invitar a vuestros vecinos.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! Míster modales. Ya tardaba en volver a cruzarme contigo.

Sonrió y se irguió, adoptando una pose estudiada. Por el amor de Dios, ¡si debían de ser dos críos!

—¿Entonces? —siguió.

—¿Entonces qué?

—Que si es una fiesta.

—¿A qué clase de universidad vas que no te han enseñado el significado del término educación?

—Vamos... Prometemos ser buenos...

—¡Y también prometemos traer alcohol si nos dejáis venir! —dijo esta vez el otro, zarandeando una botella de vino en el aire.

Me giré hacia las chicas.

—Si de mí depende, están dentro. No se le hace un feo a una botella como esa.

—¿Lorie?

—Estoy con Elle. No nos vendría mal tomarnos una botella de vino del bueno, por lo menos un día.

Me acerqué hacia la ventana y les miré, entrecerrando los ojos.

—¿Cuánto vale esa botella?

—Cinco dólares —respondió el moreno.

—Tenéis que traer una que cueste como mínimo veinte dólares. Es el precio de la entrada.

Los dos se miraron y sonrieron. Tenían cierto gusto para el vino... y eso hizo que ganaran un par de puntos.

—¡Hecho! —exclamó esta vez el rubio.

Desaparecieron al momento y no pasaron ni cinco minutos cuando escuchamos sus pasos al otro lado del rellano. Elle fue la encargada de recibirles y de hacer las pertinentes presentaciones. Adam era el rubio, Mark el moreno. Miramos entonces hacia sus manos y descubrimos en ellas nada menos que cuatro botellas de vino blanco, idénticas a la que nos había mostrado desde la ventana.

—Cuatro de cinco dólares suman una de veinte, ¿no?

Elle dio un par de saltitos y acto seguido se colocó entre los dos, a sus espaldas, antes de pasar las manos por sus hombros, que quedaban muy por encima de su corta estatura.

—Presiento que vamos a llevarnos muuuuy bien...

Subimos el volumen de la música y sacamos algunos vasos de plástico y cacahuets, patatas fritas y cualquier otra cosa susceptible de acompañar una noche que intuía de las largas.

—Voy a llamar a Olly, antes me ha propuesto celebrarlo y le he dicho que estaría con vosotras... Pero si hay fiesta, se animará seguro. —Cogió el teléfono y tecleó a toda velocidad.

Me fijé en los otros dos, que comenzaban a servir el vino en los vasos y por unos instantes, en lo único que pude pensar fue que, en realidad, no había nada en el mundo que necesitara más que una noche como la que acababa de plantearse. Necesitaba desconectar, reír y sobre todo, olvidar todas las decisiones que a lo largo de los próximos días debería tomar.

La puerta se cerró y Olly apareció en el salón, con el abrigo puesto, una bufanda oscura alrededor del cuello y otra botella de vino blanco entre las manos. Me acerqué hacia él, como si esta hubiera actuado como un imán para mí. Me fijé en que esa sí que era de las buenas y tuve que reprimir las ganas de abrazarle con fuerza que me asaltaron al descubrirlo.

—Hola, bailarina.

—Hola, Olliver.

Me giré achispada hacia las chicas y solté una risita que captaron a la perfección. Tan solo quería darle la lata a Elle, a ver si reaccionaba de una maldita vez con Olly. Sin embargo, esta me dedicó una mirada acusatoria y Lorie sonrió, aunque lo hizo con una mueca extraña.

—Veo que alguien lleva una copa de más en el cuerpo —murmuró, mientras dejaba el abrigo en una de las sillas. ¿Por qué no usaban el perchero? Los dos eran un completo desastre en ese sentido.

—No lo dirás por mí.

—¿Y por quién sino?

—Hay cervezas en la nevera, vino y... más vino. Únete al lado oscuro.

Sus labios se curvaron de medio lado.

—No, gracias.

—Oh, vamos, Olliver... ¡¿Desde cuándo te has vuelto tan aguafiestas?!

—Lo dice la que cada día se acuesta pronto para que no le salgan bolsas en los ojos.

Pasó la lengua por debajo de los labios y aguantó la sonrisa con esa pose chulesca que siempre mantenía. Si es que no tenía remedio. Entonces, justo cuando iba a replicar, Elle apareció a sus espaldas con dos vasos de plástico y una botella de vino.

—Tía, vino en vasos de plástico no —la reprendí—. Te lo suplico.

—Aguanta —ordenó, poniéndome uno en las manos para después llenarlo hasta la mitad y hacer lo mismo con el otro, que esta vez tendió a Olly—. Ahora sí, ¡que empiece la fiesta!

Elle levantó su vaso y nosotros hicimos lo mismo con los nuestros para brindar con ella.

Al instante, los altavoces comenzaron a tronar y reconocí una de las pegadizas listas de mi *Spotify*. No pude evitarlo, mis pies comenzaron a moverse solos, precavidos, eso sí, y mi cintura los acompañó. Elle, a mi lado, se dejó llevar también. Estaba segura de que escondía algo, pues su rostro irradiaba felicidad y despreocupación. Se la veía relajada después de unas semanas en las que parecía haber perdido su humor habitual. Volvía a ser ella, la de siempre. Se movía al son de la música con un contoneo gracioso de caderas que nadie le había enseñado y que ninguna de nosotras sabía imitar. Ni siquiera yo.

Me fijé en cómo se la miraba Olly y tuve que reprimir la tentación de soltarle algún comentario mordaz; pero debía reconocerlo, Elle estaba exultante con la melena suelta y aquella brillante sonrisa. Tenía que descubrir qué tramaba antes de que terminara la noche.

La vi desaparecer un momento y entonces, Adam se acercó.

—¡Rubito! —Se detuvo frente a mí—. ¿No os apetece jugar a algo?

—¿Acaso lo dudas?

—Somos seis y vosotros sois los universitarios. ¿Qué se os ocurre?

El rostro de Adam adquirió un matiz travieso y nos hizo un gesto a Olly y

a mí para que le siguiéramos hacia la mesa del salón.

—Venga, va, ¡todos al centro! —gritó, alzando la voz por encima de la música que salía de los altavoces.

Cada uno de nosotros con un vaso rojo entre las manos, nos acercamos hacia él.

—Aquí, mi amiga la estirada —dijo señalándome con el dedo, gesto por el que se ganó una mirada cargada de reproche. ¿Por qué todos me consideraban una estirada?—, nos ha sugerido jugar a algún juego. Somos tres para tres. ¿Se os ocurre algo?

Vitoreamos y comenzamos a silbar en señal de acuerdo, aunque le instamos a gritos a que propusieran ellos la idea.

—Está bien, está bien —dijo, alzando las manos—. ¿Qué os parece comenzar con algo suave como por ejemplo... al “más probable”?

Volvimos a estallar en gritos de aprobación.

—Perfecto. Creo que todos conocemos las normas pero voy a recordarlas por si acaso. Por turnos, cada uno de nosotros hará una pregunta y todos tendremos que señalar a la que creemos que sería la persona que más probablemente haría tal cosa. Por cada persona que nos señale, deberemos beber un trago. ¿Dudas?

—¡¡Noooo!! —vociferamos al unísono.

—¡Yo empiezo! —gritó Elle—. ¿Tenéis todos los vasos llenos?

—¡Dale caña, pelirroja! —apremió Adam.

—¡Eh, tú! De pelirroja nada... ¿estamos?

—¡Vaya humor, amigo! —le dijo Adam a Olly con un gesto gracioso.

—No lo sabes tú bien —respondió el otro antes de darle un sorbo a su vaso y guiñarle un ojo a Elle.

—¿Conque esas tenemos, eh? —preguntó esta y sus intenciones se hicieron más que evidentes. Olly iba a pillar el primero—. Está bien...

Empiezo... —Cogió el vaso con una mano, apoyó la otra sobre la mesa alrededor de la cual todos nos habíamos sentado y nos miró rápidamente antes de soltar la primera pregunta—. ¿Quién creéis que es más probable que se gaste más de cien dólares en un sombrero?

El movimiento fue rápido y de repente, Olly y yo nos encontramos bajo un empate técnico. Los dos chicos apostaron por mí mientras que Lorie y Elle apuntaron a Olly. Entre nosotros dos nos señalamos mutuamente.

—Oh, vamos —exclamé—. ¡Sabes perfectamente que tú gastas mucho más en sombreros de lo que lo hago yo!

—También estoy seguro de que los tuyos son más caros que los míos por lo que... ¡Brindemos juntos, bailarina!

Alzamos los vasos de plástico, los entrechocamos y dimos tres tragos cada uno.

—Joder, ¡qué malo está el vino en vaso de plástico! —rechisté—. Me toca. ¿Quién creéis que es más probable que acabe más borracho esta noche?

Esta vez las manos tardaron en moverse y todas ellas vinieron acompañadas de quejas y risas mientras todos dudábamos a quién señalar. Al final, nos miramos las tres y nos entendimos a la perfección. Nos giramos hacia los dos universitarios, gesto que Olly imitó, volviendo así a generar un empate, esta vez entre los dos chicos. Sus votos, no obstante, nos salpicaron a mí y a Lorie. Así pues, los cuatro alzamos las copas y dimos los tragos pertinentes.

—¡Me toca! —gritó Adam—. No nos conocemos pero me la voy a jugar... ¿Quién creéis que es más probable que tenga una noche de sexo salvaje hoy?

Sonrió satisfecho y el escándalo se intensificó. Vaya con los universitarios, por lo visto iban a jugar fuertes.

Comenzamos a gritarnos y a acusarnos entre nosotros puesto que no había ni una sola pareja en el grupo. Debíamos pensar quién, en el caso de darse la situación, sería más probable que la tuviera. Entonces, Elle y yo lo tuvimos claro y señalamos a Lorie sin poder dejar de reír. Al darse cuenta, hizo un

primer intento de negarse pero al final, se contagió de las carcajadas y alzó el vaso preparada para darle un par de tragos cuando las votaciones terminaran. Los chicos la vitorearon y tardaron en decidirse. Olly se decantó por el rubio; Adam me señaló a mí y Mark, al final se unió a nosotras y señaló a Lorie.

—Si me hubieras señalado a mí —comenzó Adam en mi dirección—, quizá hubiéramos podido comprobarlo esta misma noche.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿En el mismo lugar donde olvidaste los modales?

—Veo que lo recuerdas bien... Justo ahí. Exacto. Ya sabes, en la puerta de enfrente. Veinticuaaaaaatro horas para ti.

—Oh, vamos... ¡Pero si eres un crío!

—¿Estás segura?

—Chicos, ¡¡chicos!! —se interpuso Elle—. Mantened las hormonas al margen, por favor.

Me hice con uno de los cojines y se lo lancé sin dejar de reír. Vaya con Adam.

—Vale, vale... —añadió él, volviendo a llamar la atención de todos—. Está claro que en este juego estamos en completa desventaja. Vosotros os conocéis demasiado y nosotros acabamos de llegar. Propongo cambiar de juego.

—Di una alternativa, pues —añadió Lorie, antes de darle un trago a su vaso.

—*Mmmmm* está bien, ¿qué os parece “verdadero o falso”?

—¿El de contar una historia y que los demás adivinen si esta es real o no?

—Ese mismo —añadió—, pero lo haremos más divertido. Solo podemos contar historias con las que hayamos pasado verdadera vergüenza. Y no vale que todas sean falsas. ¿Aceptáis?

—Vamos.

—Lorie, empiezas tú —dije, consciente de que tanto ella como Elle

contaban con un extenso catálogo de situaciones vergonzosas con las que podríamos reír un buen rato.

Vi la duda cruzar su rostro durante una décima de segundo, casi imperceptible, como si por primera vez le diera vergüenza hablar de algunas de las mayores locuras que habíamos llegado a cometer. Tal vez no fuera más que una ligera impresión... pero estaba casi segura de lo que me había parecido ver.

—Está bien —dijo al fin. Dejó el vaso sobre la mesa, se hizo la interesante y miró de forma fugaz a Olly antes de comenzar. ¿Podía ser que...? No... No. Era imposible. Me estaba montando una de mis películas una vez más.

—Atlantic City, cumpleaños de Elle. Sus veintiséis para ser exactos.

—Oh, no, joder, ¡esa no! —estalló la otra antes de dejarse caer hacia atrás y taparse los ojos. Los dos universitarios, ante su reacción, animaron a Lorie a seguir con el relato, esta vez con más ahínco. Giré la cabeza con disimulo hacia mi derecha, Olly observaba a Elle con aquella sonrisa que prometía más travesuras de las que un hombre en realidad podía cometer, y volvió a girarse hacia Lorie cuando esta prosiguió.

—Podría cambiar el final —añadió Lorie, con gran parte de razón.

—Más vale que lo hagas —sentenció la otra, lo que provocó que los tres chicos la abuchearan con fuerza y ahora exigieran la verdad de esa historia a cambio de beber cuatro tragos por cabeza.

—¿Ves lo que has conseguido? Si hubieras permanecido con el pico cerrado ahora no tendría que contarla.

—Lorie por dios... No lo hagas.

—Pelirroja, estás perdida. Por lo visto, hay algo que no me contaste y esta noche lo descubriré... Aunque me cueste tener que volver a casa dando tumbos.

Elle lo fulminó con la mirada sin poder dejar de sonreír. Si es que tenía la credibilidad de un mosquito.

—En ese caso —añadió—. Todo el vaso, de un solo trago.

—Pelirroja... —sentenció Olly, entre dientes.

—No hay trato.

—Está bien —aceptó al fin—. Más te vale que valga la pena.

—Oh... ya lo creo que sí... —se me escapó sin poder evitarlo.

—¡Cuenta!

Lorie miró a Elle por última vez, que se tapó la cara con un cojín que cogió del sofá que quedaba a sus espaldas y esperó a que Lorie contara seguramente uno de los episodios más turbadores de su vida.

—Como os decía, Atlantic City. Cumpleaños de Elle. Compartíamos habitación en el hotel y como podéis imaginar, bebimos todo lo que pudimos y más. Sarah y yo tuvimos la brillante idea de contratar los servicios de un *stripper*...

—Ay Dios... —gimió Elle desde debajo del cojín con el que seguía cubriendo su rostro.

Estallamos en una carcajada antes de que Lorie pudiera seguir contando la historia.

—El caso es que, en un momento dado, Elle se equivocó y cogió mi teléfono cuando se disponía a hacer una llamada y al abrir el desglose de llamadas, descubrió que la última era a un *stripper* y comenzó a dar brincos por la habitación.

—Pero, ¿eso no es más propio de una despedida de soltera? —preguntó Adam.

—Chico... Atlantic City... Eso es como las Vegas. Pero os estoy contando solo una parte de la historia. Si queréis más, el precio será mucho más elevado.

—¡¡LORIE!! —gritó Elle, dejando clara su reticencia a ampliar el relato.

—*Shhhhh* —chistó la otra—. Está todo controlado.

—¿Te casaste en Atlantic City?! —exclamó Olly, incorporándose y

apartando con la mano el cojín con el que ella seguía cubriendo su rostro.

¿Qué estaba pasando ahí?

—¡¡Fue culpa del alcohol!! ¡Ni siquiera lo recuerdo!

—Vaya si lo recuerdas... ¡Tenemos pruebas! —grité yo, tan solo para meter un poco más de cizaña.

—¡¡Iréis las dos al infierno!! ¿Acaso no se trataba de contar una historia personal?

—¡¡Y lo hubiera hecho si no te me hubieras adelantado!! —rechistó Lorie—. ¡Iba a inventármela!

—Dios... ¡acabad ya con esto!

—Bien, gracias —se giró hacia todos una vez más—. El caso es que, aparte de llamar al *stripper*, también pedimos que nos subieran la cena a la habitación cuando Elle estaba encerrada en el baño, cantando a gritos mientras se cepillaba los dientes supuestamente para el *stripper*, al tiempo que llenaba el espejo de dentífrico. Os aseguro que si hubiéramos tenido que bajar al restaurante en las condiciones que nos encontrábamos, no hubiéramos llegado jamás. Sin embargo, el destino y la eficiencia del hotel quisieron que llegara antes la cena que el *stripper*. Y cuando ella salió del baño, el chico, ataviado con uno de esos trajes de botones típicos de hotel, nos estaba dejando la cena cuando Elle creyó que se trataba nada menos que del *stripper*.

—Te juro que me vengaré... —añadió a regañadientes, aunque no podía evitar que los recuerdos deformaran la expresión de su rostro a causa del esfuerzo que hacía por evitar reírse.

—¿Qué le hiciste al pobre camarero?

—¡¿Le bajaste los pantalones?!

Los dos chicos no daban crédito y reían a carcajadas mientras aguardaban ansiosos al resto del relato. Olly, por su parte, no apartaba los ojos de Elle con aquella expresión tan curiosa que incluso a mí me removió por dentro. Vale que fuera atractivo pero, ¿tenía que ser tan condenadamente magnético?

—Deja de mirarme así —reprendió Elle, como si hubiera sentido lo mismo.

—Estoy tratando de imaginar qué es lo que viene a continuación —respondió, con la voz rasgada.

Lorie volvió a reclamar la atención.

—Si queréis saberlo, tendréis que pagar el precio.

—¿Antes de que la cuentes?

—El pago por adelantado existe desde hace muchos años —respondió hábil.

Los tres llenaron los vasos y de un trago vaciaron el contenido en su garganta. Olly sacudió la cabeza antes de dejar el vaso sobre la mesa de nuevo y los dos chicos bufaron.

—Sigue —apremió el moreno.

Lorie se preparó para continuar con el relato mientras que Elle aprovechó el instante para esconder la cabeza de nuevo. Volví a girar el rostro hacia la derecha y me fijé que una vez más, Olly la contemplaba con aquella mueca tan peculiar y no pude aguantarme más. Acerqué un poco el rostro hacia él y le hablé cerca del oído.

—Si sigues mirándola así... acabarás gastándola. —Farol lanzado.

La perplejidad de sus ojos duró apenas un par de segundos y nadie más que yo fue consciente de ello. Entonces, se giró hacia mí y con el mismo tono que había usado yo, me habló igual de bajito.

—¿Estás celosa porque no te miro a ti?

Nos quedamos frente a frente, tratando de mantener la compostura y al final, estallé en una sonora carcajada.

—Oh... ¡¡No tienes remedio!! —solté, esta vez sin importarme que los demás nos escucharan—. ¿Es que no puedes dejarlo ni por un segundo?

Sus labios se curvaron y me dedicó una de aquellas sonrisas con las que

había aprendido a levantar faldas. Me encantaba meterme con él y lo sabía.

Pasó los brazos sobre mis hombros y me inclinó hacia él, justo antes de estamparme un sonoro beso en la mejilla.

—Lo siento, bailarina. Me vuelves incorregible —añadió, socarrón—. Sacas lo peor de todos los hombres... ¿o solo lo consigues conmigo?

—¡A ti te lo voy a contar!

Le di un pequeño golpe en el pecho y al levantar la cabeza, todavía entre sus brazos, me encontré con el rostro de Lorie que nos observaba con atención, con una mueca que no recordaba haberle visto antes. Le sostuve la mirada durante unos instantes y luego la desvié. Los chicos habían aprovechado para seguir bebiendo y Elle, que también lo hizo, nos lanzó el cojín con el que se había tapado el rostro hasta el momento. Olly lo cogió al vuelo, me separé de él y volvió a mirar fijamente a Elle.

—Ahora vas a tener que contar el final de la historia y no tendrás nada tras lo que esconderte... —dijo, zarandeando el cojín como si tuviera el poder en sus manos.

Elle se incorporó y se inclinó hacia delante.

—Está bien.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? —inquirió de nuevo.

—No... Estoy dispuesta a dejarte conocer —dijo, esta vez en singular, como si no hubiera nadie más que ellos en la estancia— el resto de la historia... Si luego cuentas tú la tuya.

—Hecho —afirmó con firmeza.

—¿Es tan fuerte tu deseo de saber lo que hice que no te importa tener que contar el momento más vergonzoso de tu vida?

Olly alzó dos veces las cejas y le dedicó una sonrisa juguetona. Cuando los dos se ponían en ese plan significaba que la fiesta no había hecho nada más que empezar.

Todos aprovechamos ese momento para rellenar los vasos, para lo que

hizo falta que Adam trajera otra botella. Durante unos instantes, miré a mi alrededor y sonreí complacida. Iba a echarlas realmente de menos.

CAPÍTULO 7

Lorie

La visión me escoció. Primero Sarah y ahora Elle. Como siempre. Cogí el vaso y bebí, aprovechando ese instante para desviar la atención de ellos. Con ellas siempre se mostraba tan natural... Tan él...

Le di un nuevo trago y me terminé el contenido de la copa. No había sido casualidad que hubiera escogido la historia de Elle de todas las otras entre las que podría haber escogido, pero una parte de mí quería demostrarle a Olly que ella no era tan perfecta como creía. Luego, cuando me di cuenta de que pensar eso resultaba muy mezquino por mi parte, me reprendí mentalmente y me obligué a contar una historia falsa, todo ello, claro, antes de que Elle protestara y me viera obligada a seguir adelante. Sin embargo, mi plan salió mal, pues lo único que conseguí fue llamar todavía más la atención de Olly. Perfecto.

Todo perfecto.

¿Qué demonios me pasaba? ¿Cuándo dejaría de pensar en él de una maldita vez?

—¿Vas a contar el final o vamos a tener que suplicártelo?

La parte más inmadura de mí reivindicó su momento de atención. Me giré hacia Mark que estaba sentado justo a mi lado, le hice ojitos y jugueteé con la lengua sobre mis labios, consciente del efecto que eso solía causar en los hombres, sobre todo, si tenían la edad del que ahora me miraba con la excitación titilando en los ojos. Si es que era tan fácil...

—Me encantaría verte suplicarme de rodillas —dije, bajando y rasgando la voz.

La reacción de los demás no se demoró. Las chicas comenzaron a silbar y los otros dos aplaudieron mientras me vitoreaban. Pero cuando creí haber ganado, Mark, sin amilanarse, me respondió en un tono mucho más provocador que el mío.

—Cuando quieras.

Se me encogió el estómago de pura excitación y no se me ocurrió nada más que guiñarle un ojo y darle a entender que, como mínimo, me lo pensaría. El vocerío creció una vez más hasta que al final exigieron que continuara con la historia.

—Como os decía —seguí, después de darle otro trago al vaso perdiendo con él la cuenta de cuántos iban ya—, Elle no tenía ni la más remota idea de que el camarero no era el *stripper*, así que cuando le vio entrar por la puerta, justo después de salir del baño... No se le ocurrió nada más que abalanzarse sobre él.

—¿Solo eso? —protestó Adam.

—No...

—Elle —pidió Olly, alzando la voz por encima de la música y de nuestros gritos—. Me veo en la obligación de pedirte por favor que acabes esa historia tú misma.

Se retaron con la mirada y estoy segura de que todos pudimos ver las chispas saltar a su alrededor. Algo muy potente se retorció en mi interior.

—Ni lo sueñes. No era mi turno.

—Cuéntala si quieres que yo cuente la mía.

Volvieron a sostenerse la mirada mientras el resto contemplábamos el espectáculo con atención. Había algo en ellos muy peculiar. Entonces, sin esperarlo, por debajo de la mesa sentí la mano de Mark sobre mi muslo, tanteando así las posibilidades que tenía de que la noche tuviera un final feliz. Me fijé en Olly y sentí que se me cerraba la garganta con esa mirada con la que contemplaba a Elle. Joder. Era como observar una llama, hipnótica y cálida. Me contraje y dejé que Mark la subiera un poco más antes de mirarle y sonreírle. Necesitaba terminar con la hoguera que acababa de prenderse en mi interior. Aunque no fuera a él a quien deseara esa noche, necesitaba sentir que yo podía provocar algo parecido a lo que irradiaban los ojos de Olly, y lo necesitaba con extremada urgencia.

—Hecho —respondió ella en lo que a mí se me antojó una eternidad. Se acabó lo que quedaba en el interior del vaso, cogió aire y prosiguió con el relato en el punto en el que yo me había detenido—. Cuando lo tuve delante, me abalancé y sin pensármelo, fui directa a sus labios. Contra más se resistía él más insistía yo hasta que ni corta ni perezosa, llevé mi mano a su paquete y lo agarré con fuerza.

La jalearon y aplaudieron hasta hacernos ensordecen y no me extrañaba porque la forma en que lo dijo logró calentarme incluso a mí. Olly apretó los labios y contuvo una sonrisa y Elle hizo lo mismo.

—¿A cuánto ascendió la propina? —dijo entonces.

—Más de lo que nos costó la noche entera —respondió Sarah—. Aunque se lo cobró con creces cuando, al terminar su turno, regresó a la habitación dispuesto a retomar la aventura justo donde la habían dejado. —Se giró hacia Elle—. Por cierto, nos debes cien dólares.

—¿Te lo montaste con el camarero después de pagarle para que no dijera nada? —añadió Adam.

—Hombre, si pagas por un servicio, qué menos que disfrutarlo... ¿no?

Sin más, estallamos en una sonora carcajada al recordar lo que vino a continuación. Sarah y yo tuvimos que desaparecer de la habitación cuando el chico llegó y aunque Elle ahora era capaz de explicar la historia, fuimos nosotras las que en su día tuvimos que contarle lo que había hecho. Situación que aprovechamos gustosamente para meternos con ella cada vez que quisimos.

—Te toca —dijo entonces, cuando recuperamos la calma.

—Está bien. —Se inclinó hacia atrás y apoyó ambas manos en el suelo antes de sonreír anticipándose a lo que venía a continuación. Todos estábamos expectantes—. En el cine, hace diez años. En ese momento tenía veintipocos y las hormonas demasiado revolucionadas. Una chica que me gustaba apareció sola. Evidentemente lo habíamos planeado antes. Le dije cuál era la sala que estaría más vacía y en qué fila de butacas debía sentarse. A media película entré, fui hacia allí y... bueno, ya os podéis imaginar qué

podían hacer dos chavales con la temperatura del cuerpo demasiado elevada para estar en pleno invierno. El caso es que... digamos que ella no tenía muy claro el concepto de mantenerse en silencio... —insinuó. Todos estallaron en aplausos y gritos y yo sentí el palpitir de la parte más baja de mi vientre al imaginar las manos de Olly recorriendo mi cuerpo en la oscuridad—. Así pues, las puertas se abrieron de golpe y entró uno de los acomodadores. Sin embargo, yo fui más rápido, me dejé caer al suelo y rodé hasta quedar escondido por completo bajo la fila de asientos, dejando que ella quedara como una desesperada que acudía al cine a montárselo... sola.

—¿¿Fuiste tú el que estaba con la chica?? —espetó Elle con el rostro desencajado—. ¿¿Estuvimos hablando de ello y no fuiste capaz de decirme que habías sido tú??

—¡Me moría de vergüenza!

—¿Tú? En todo caso fue la pobre chica la que se murió de vergüenza, ¡tuvo que aguantar el tipo ante todas las miradas que la siguieron mientras salía del cine! Espera... —dijo, haciendo una leve pausa en la que debió acordarse de algo más—. Y, después de eso, ¿no te delató?

—Supongo que, en el fondo, tengo unas manos maravillosas —añadió, dándose aires.

Los chicos rompieron a reír y chocaron los cinco con él y tanto Elle como Sarah comenzaron a tirarle todos los cojines y almohadones que fueron cogiendo. Mientras tanto, yo sentía que me deshacía por dentro, como si no fuera más que una cucharada de miel sobre el fuego. Me puse en pie y me disculpé con la excusa de ir al baño.

—Vale, vale... ¡basta! —le escuché gritar sin dejar de reír mientras yo me alejaba—. ¡Era broma! Nunca he pasado tanta vergüenza, ¡lo juro!

Me encerré en el baño y me senté sobre el retrete antes de dejar caer la cabeza. Imaginaba a Olly en la situación que acababa de describir y todo mi cuerpo reaccionaba en consecuencia. Sentía rabia y excitación a partes iguales y me abrasaba la piel. Tenía que desviar mi atención, debía obligarme a dejar de pensar en él. Me puse en pie, abrí el grifo y me mojé la mano antes de llevarla hacia mi nuca. Era más fuerte que eso. Y si no era así, debía

obligarme a serlo.

Cuando regresé, seguían gritando y riendo al tiempo que Adam rellenaba los vasos de nuevo.

—Eh, Lorie, ya tenemos el siguiente juego —dijo Sarah en mi dirección—. De hecho, vamos a mezclar dos. El “pegados” con el de “muerde la bolsa”.

Lo que me faltaba.

—Las normas —prosiguió Mark— son sencillas. Nos dividiremos en tres parejas. En distintos papeles escribiremos partes del cuerpo y los iremos dejando dentro de un bol. En el suelo colocaremos una bolsa de papel y a la pareja que le toque, tiene que sacar un papel y unir su cuerpo con el otro por la parte que haya salido. A continuación, deberán agacharse sin despegar sus cuerpos en la parte que estos deban permanecer unidos y uno de los dos deberá coger la bolsa del suelo con la boca. Si lo consigue ganan el turno, si no, beben los dos. Tres intentos por turno. Al final de cada ronda cortaremos un trozo a la bolsa y así hasta que solo quede la parte de abajo. ¿Lo tenéis todos claro?

La música no dejaba de sonar y fuimos poniéndonos en pie.

—A ver, está claro que entre vosotros cuatro os conocéis mejor, por lo que tenemos que intentar establecer una división lo más justa posible —añadió Mark—. Yo iré con Lorie —afirmó con una sonrisa teñida de malas intenciones a la que me permití responder gustosa. Cuanto más me concentrara en él, menos lo haría en Olly.

—Ni hablar. Eso nos deja en clara desventaja. Al moreno le gusta Lorie y si a Elle le toca jugar con Olliver, las probabilidades de que ganen son muy elevadas.

—Bailarina, si quieres que vaya contigo, solo tienes que pedírmelo.

—Ni lo sueñes, macarra —añadió mirándolo fijamente—. Lo más justo es que vayas con Lorie. A estos dos nos los repartimos entre Elle y yo —dijo, refiriéndose así a los otros dos presentes—. Elle, escoge.

—Me pido al rubio —dijo sin titubear, poniéndose en pie de un brinco y tirándose la melena hacia atrás.

—¿En qué momento hemos perdido el derecho a decidir? —preguntó Adam, acercándose a ella sin oponer demasiada resistencia en realidad.

—En el momento que habéis cruzado esa puerta —añadió Sarah, mucho más achispada de lo habitual. Había llegado a ese punto de locura que la volvía tan divertida y dulce al mismo tiempo. Era como ver a un cachorrito haciendo alguna monería. No podías evitar sentirte atraído por ella y, al mismo tiempo, reír sin poder evitarlo.

Durante unos instantes, cada uno se dedicó a escribir diferentes partes del cuerpo en distintos papelitos que fuimos metiendo en un bol después de doblarlos sobre ellos mismos.

—Vale, ¿estáis todos?

—Sí. —Elle fue la última en meter el papel dentro.

—¿Tenéis la bolsa?

—Voy a por ella.

Tras tomarme unos segundos para respirar profundo, regresé al poco con una bolsa que cogí de uno de los cajones de la cocina y me coloqué al lado de Olly, con las piernas empezando a convertirse en gelatina.

—Muy bien —dije, dejándola en el centro—, ¿quién empieza?

—Sarah lleva mucho rato sin mojarse —respondió Elle.

—Está bien. Sarah, tienes que sacar un papel.

Se acercó a la mesa, metió la mano en el bol y desdobló el papel mostrándonoslo a todos.

—¿Las manos? ¿Pero quién ha sido el idiota que ha puesto esto? —exclamó Elle en voz alta—. ¡Eso ni siquiera debería contar!

—Las reglas son las reglas... —dijo la otra sin poder evitar una mueca reveladora.

—¡Es que solo podías haberlo puesto tú y para colmo, tener la suerte de que te tocara! —le reproché.

—¡Se siente! Tú —instó, con aquella autoridad que la caracterizaba—, ven aquí.

Mark obedeció sonriente y se acercó a ella. Juntaron las palmas de sus manos y los demás no tardamos en estallar.

—¡Ni de coña! Como mínimo entrelazad los dedos —exigió Elle, acercándose y metiendo los dedos del uno entre los del otro.

—Ya está, ¿contentos?

—¡Al suelo!

Sarah y Mark se miraron y rieron divertidos antes de agacharse. Los movimientos de Sarah eran lentos en comparación con la flexibilidad que solía mostrar siempre, como si no quisiera bajar bruscamente... o como si se estuviera recreando en la espera.

—A este paso nos dormiremos de pie, bailarina.

—Calla y deja de mirarme el culo.

Olly rio y no respondió a la abierta provocación que en realidad no era cierta.

Sarah y Mark permanecían de rodillas, el uno frente al otro, mientras que la bolsa quedó entre los dos.

—Cógela —le apremió ella.

El chico, con el afán de obedecer, trató de doblarse sin éxito antes de que los demás rompiéramos a reír a carcajadas.

—No llego ni de coña —dijo, levantándose de nuevo, sin soltar las manos de Sarah—. ¿No se supone que tú eres bailarina? Debes de ser más flexible, ¿no?

—Está bien, pero baja conmigo hasta que los codos queden apoyados en el suelo.

Mark asintió y los dos se inclinaron al mismo tiempo hasta que sus cabezas quedaron realmente juntas. Sarah bajó el rostro y tras dos intentos fallidos en los que no dejamos de reírnos, consiguió cogerla.

La soltó, se separaron y quedó sentada en el suelo.

—Olliver —dijo tendiendo la mano en el aire hacia él, que era el que le quedaba más cerca.

Olly la sujetó y como si apenas pesara más de un par de kilos, la ayudó a ponerse en pie.

—¡Siguiente! —gritó entonces—. Elle, vuestro turno.

—Sacar un papel —le dijo a su compañero.

Adam metió la mano en el bol, sonrió y la miró con gesto juguetón.

—Juntemos los hombros al son de la música —murmuró.

Y como si lo hubieran ensayado, los dos comenzaron a moverse al ritmo que marcaban los altavoces con un exagerado movimiento de hombros, lo cual terminó con gritos e imitaciones de gallinas por todo el salón.

—Venga, al lío, ¿cómo lo hacemos?

Elle daba pequeños saltitos mientras miraba a su compañero, que le sacaba una cabeza y media. Adam se agachó hasta quedar a su altura, adoptando una posición incómoda.

—¿Es que a ti no te daban suficientes vasos de leche o qué? —se quejó.

—Calla y concéntrate en agacharte conmigo.

—Tú mandas.

—¡Vamos!

Hombro con hombro, de lado, fueron descendiendo. Primero se arrodillaron, luego bajaron las manos y por último la cabeza. Adam fue el encargado de coger la bolsa y lo consiguió a la primera. Lo habían tenido fácil.

Se levantaron de un brinco y se abrazaron victoriosos para después entrecuchar sus puños mientras Elle seguía dando saltitos de emoción.

—Lorie, os toca —dijo entonces.

Mi estómago se removió inquieto y sentí un escalofrío. Me giré hacia Olly.

—¿Quieres sacar tú?

—No... Si lo hago yo estas dos dirán que he hecho trampas.

—Es que estoy segura de que las harías —reprochó Elle.

Di un paso al frente y metí la mano en el bol mientras rezaba para que saliera algo al estilo “tobillos” o “codos”. Sin embargo, al desdoblarlo, sentí un ligero mareo. Lo giré para que todos lo vieran, incluido Olly, y los gritos no tardaron en hacerse escuchar.

El abdomen.

—¡¡Por fin una buena!! —gritó Adam, de nuevo con uno de aquellos vasos rojos en la mano.

Tenía que fingir serenidad a pesar de que sentía el bombeo de mi corazón en la garganta.

—¿Cómo lo hacemos? —dije, tratando de alargar el momento todo lo que me resultara posible.

Olly miró al suelo, hacia la bolsa, y calibró las opciones. Si teníamos que mantenernos unidos por la parte del abdomen, lo teníamos difícil. Muy difícil.

—No te preocupes, ganaremos —afirmó con rotundidad—. Vamos, ven.

Y solo de oír cómo me pedía que me acercara a él, me estremecí. Nos quedamos a escasos centímetros de distancia y de pronto su fragancia me llegó, provocando que temblara todo mi cuerpo. Qué difícil iba a resultarme

—No muerdo, ¿eh? —murmuró muy cerca de mí. Su aliento me acarició la mejilla. Olía a vino y a dulces y mi cerebro se nubló.

Dio el paso y su abdomen entró en contacto conmigo a la altura de las costillas. Joder... Joder, joder ¡joder!

—¿Tienes idea de cómo hacer esto? —escuché muy cerca de mi oído. El sonido de su sonrisa, a esa distancia, era todavía mejor.

—La verdad es que estamos jodidos —y lo dije más por mí que seguramente por él.

—Ya lo tengo, pero vas a tener que tumbarte sobre mí —comentó con su rostro muy cerca y sus ojos clavados en los míos.

Me ruboricé. No había duda. Tan solo esperaba que mis mejillas llevaran un buen rato coloradas por culpa del alcohol. Tenía que responder como lo haría en otras circunstancias. La Lorie normal le hubiera seguido el juego, la enamorada empezaba a caerme realmente mal. Así que hice de tripas corazón y tiré por la vía directa.

—Preferiría tenerte encima —solté, sintiendo que se me secaba la garganta y comenzaba a faltarme el oxígeno.

—¡¡Uuuuuuuuuuhhhhhhhhhhh!!

Los vítores, aplausos y gritos me llegaron como si estos procedieran de otra dimensión. En mi mente tan solo había lugar para aquellos ojos claros que me observaban mientras que una sonrisa temblaba en su rostro, seguramente tratando de decidir entre seguirme el juego o dejar las cosas como estaban.

—Si me pongo encima, te aplastaré —respondió al fin, decidiéndose así por la segunda opción—. Vamos, inclínate conmigo, ¿ok?

—De acuerdo.

Tuve que hacer grandes esfuerzos para que el bombeo de mi corazón, sobre todo el de mi garganta, no se hiciera con el control. Mientras él se iba dejando caer de espaldas yo lo hacía con él de frente, hasta que pude apoyar las manos y las rodillas en el suelo. Entonces, su cercanía fue todavía peor. Sentí por primera vez bajo mi peso, un abdomen duro. Olly no era uno de aquellos tipos fibrados y con apariencia artificial, pero la dureza de su

abdomen, que en ese momento quedaba bajo el mío, era comparable a la de una tabla de madera, de las robustas.

El corazón me iba a mil mientras que la fragancia que desprendía su jersey seguía dificultándome la tarea.

—Vamos, Lorie, gira un poco sobre mí, como si fuéramos una cruz, y estira el cuello.

Esta vez, su aliento me rozó el oído. Estaba perdida.

Obedecí su orden, consciente de que los demás seguían gritando y jaleando aunque a mí sus voces me parecían muy lejanas. Estiré el cuello, con lo que mi abdomen se aprisionó todavía más fuerte contra el suyo y también mi pecho. Sentí toda la zona electrificada. Me obligué a respirar y al tercer intento, me hice con la bolsa.

Su cuerpo se relajó bajo el mío y tras unos instantes, me levanté. Todavía tumbado, alzó la mano y me enseñó la palma. Chocamos los cinco y permanecí unos instantes de rodillas mientras le mandaba órdenes estrictas a mi cerebro para que se relajara antes de que me pusiera en evidencia.

La fiesta siguió pero, a partir de ese momento, a pesar de estar presente y de participar de todas las bromas, mi mente decidió ir por libre. Su fragancia, ahora impregnada en mi propia ropa, me torturaba, mientras que la visión de su sonrisa tan cerca de la mía continuó atormentándome durante el resto de la noche. Seguí bebiendo para olvidar, para pensar mejor o seguramente para dejar de hacerlo, mientras que las insinuaciones de Mark eran cada vez más evidentes y yo, subyugada por los deseos de mi cuerpo, reaccioné a todas ellas dejándome llevar.

No supe ni la hora que era cuando, al regresar del baño, me encontré con Mark plantado imponente frente a la puerta. Mi vientre reaccionó con celeridad, todavía poseído por la excitación que el cuerpo de Olly había provocado en el mío y sin pensarlo demasiado, utilicé al vecino para canalizar el deseo que brotaba de mi interior y extirpar de él el dolor que me provocaba que no fueran otras manos las que me acariciaran.

Olly era de Elle. Lo había dejado claro.

Aunque no se amaran. Aunque no se desearan.

Entonces, cuando llegué a ese punto en el que cualquier cosa sería mejor que escuchar mis propios pensamientos, me hundí en los labios de Mark y simplemente, me dejé llevar.

CAPÍTULO 8

Elle.

Abrí los ojos con severas dificultades y traté de ubicarme. El sonido del despertador me estaba taladrando el cerebro.

—Apaga eso... —Oí un murmullo a mi lado.

Me giré y casi di de frente con el rostro de Olly, que seguía medio dormido. ¿Qué demonios...?

Miré a mi alrededor, estábamos en el salón. Levanté la manta y vi que seguía vestida. Giré la cabeza a mi izquierda y comprobé que aunque compartíamos manta, él también seguía vestido. Menos mal.

Le contemplé durante algunos instantes mientras seguía adormecido. Tenía las facciones relajadas y una mueca dulce en el rostro.

—Olly... —susurré junto a su oído—. Olly... —Le zarandeé un poco el hombro—. Olly...

A la tercera reaccionó al fin.

—Buenos días, pelirroja —Sus labios se curvaron hacia arriba aunque sus ojos se mantuvieron cerrados.

—Olly... Tengo que ir a trabajar.

—*Mmmmmm* —fue su única respuesta.

—¿No trabajas tú...?

Permaneció unos instantes en silencio, pasados los cuales su sonrisa se pronunció todavía más. Me pasó un brazo por encima y me apresó con él antes de poner sus labios contra mi mejilla.

—Te dije que no te lo diría tan fácilmente... ¿Qué hora es?

Joder con el secretismo. ¿Es que ni siquiera dormido perdía facultades? Su aliento desprendía un intenso olor a alcohol por lo que, fuera donde fuese

donde tuviera que ir a trabajar, debía pasar antes por un baño.

—Son las siete.

—Entonces sí debo irme.

Me incorporé un poco y me quedé mirándolo. Ni se movía.

—¿Puedo ducharme aquí? —dijo entonces, todavía tumbado y sin hacer siquiera el esfuerzo de abrir los ojos.

—Sí, pero no tienes ropa limpia.

—Más se perdió en la guerra.

—Es en Cuba.

—¿Quieres ir a Cuba?

—No... lo que has dicho. Es más se perdió en Cuba, no en la guerra.

Por fin abrió uno de sus ojos y me contempló durante unos instantes. Con los primeros rayos de sol que se colaban discretos por el ventanal estos parecían todavía más claros, o quizá fuera por el hecho de que todo su globo ocular brillaba enrojecido y los hacía resaltar más.

—Te queda bien el pelo así —dijo.

—Así, ¿cómo?

Me llevé una mano a la cabeza con dificultad. Incluso mis movimientos parecían aletargados. Lo tenía enmarañado y encrespado. Entonces, su sonrisa se ensanchó y descubrí que en realidad se estaba riendo de mí.

Le aplasté la cara con un cojín y como venganza le revolví todo el pelo, consciente de lo mucho que le molestaba que hiciera tal cosa. La lucha dio paso a risas y estas a movimientos torpes de manos que todavía seguían adormecidas. Entonces, con una de sus manos aferró con agilidad las mías y las apresó, antes de hundir la cabeza en mi cuello y quedarse quieto.

—¿Puedo quedarme aquí?

—Aquí, ¿en casa?

—No... aquí.

Todo mi organismo despertó de golpe, como si me hubieran tirado un cubo de agua helada encima.

—Olly... —fue lo único que se me ocurrió decir mientras trataba de procesar qué era lo que estaba sucediendo. Sentí una descarga en la parte baja de mi espalda.

—Está bien...

Se puso en pie y se llevó una mano hacia el pelo, peinándolo hacia atrás. Yo también me levanté y justo cuando comencé a darme cuenta de que el salón parecía el escenario de la nueva película de *Los juegos del Hambre*, escuchamos una puerta. Al cabo de unos instantes, Mark salió del fondo del pasillo con rostro desahogado.

—Buenos días —saludó al pasar frente a nosotros, que no pudimos reprimir una sonrisa.

Sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta principal y salió. Miré el reloj, se me había echado el tiempo encima.

—Mierda, Olly, no voy a llegar.

—Dúchate deprisa y mientras te vistas me ducharé yo. Te llevo a las oficinas de *Marshall*.

—Oh, cielos, ¡eres el mejor!

Le besé en la mejilla y salí disparada en dirección al cuarto de baño cuando le oí desde lejos.

—¿Tienes algún cepillo de dientes nuevo?

—¡Te preparo uno! —respondí y cerré la puerta a mis espaldas.

Me costaba mantener los párpados abiertos puesto que, a lo sumo, debía de haber dormido tan solo un par de horas. Había llovido mucho desde la última

vez que cometí semejante insensatez y, en parte, se lo tuve que agradecer al improvisado polvo de Lorie y Mark, puesto que no fue hasta que se encerraron en su dormitorio que decidimos dar por terminada la fiesta. De lo contrario, ni siquiera habría llegado a dormir; aunque no me arrepentía, hacía tiempo que no me reía tanto y que una noche no se nos iba de las manos de esa manera. Incluso Sarah, que jamás iba a trabajar sin dormir sus horas reglamentarias, se unió sin importarle el estado en el que llegaría a la oficina al día siguiente.

Con la tercera taza de café de la mañana entre las manos, seguí trabajando frente al ordenador, bajo las continuas e interrogativas miradas de Julie.

—¿Dónde fuiste a celebrarlo? —Su voz me llegó tarde. Levanté la cabeza y la miré.

—¿Qué?

—Anoche... Tu cara paga.

—No nos hizo falta salir de casa.

—¿Qué envidia me das a veces...

—¿Envidia? —me extrañé, señalándome con evidencia las oscuras y prominentes ojeras.

—Debe de ser genial compartir piso con tus amigas.

—Si te gusta ir a trabajar con resaca, sí, lo es.

—Pues a mí no me importaría —siguió divertida, con la misma mueca soñadora que debía de mostrar yo a su edad.

Apoyé un codo sobre la mesa y recosté la cabeza en mi mano. Estaba rendida.

—Los treinta son una jodida basura. No lo olvides.

—No tienes treinta todavía —soltó. Cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en el respaldo, regodeándose con mi sufrimiento.

—Lo sé. Pero te aseguro que esto no me pasaba a tu edad... —proseguí,

con el eco retumbando en las paredes de mi embotada cabeza—. Me duele la cabeza y mi cerebro ha bajado la persiana.

Sonrió en silencio y se incorporó pasados unos segundos. Abrió el primer cajón de su mesilla y sacó algo del interior.

—Tómate un par de estas, en un rato estarás como nueva —añadió, tendiéndome un blíster de aspirinas sin levantar demasiado la voz para que ninguno de nuestros compañeros se enterara—. ¿Qué harás a partir de ahora?

Cogí un vaso de agua, me metí las dos pastillas en la boca y le di un sorbo con el que las arrastré hacia la garganta. Respiré hondo y volví a dejarlo sobre la mesa.

—Todavía no lo sé.

—¿Has pensado por lo menos en qué sector te gustaría trabajar?
—preguntó de nuevo.

—No... pero supongo que quiero hacerlo en cualquiera que esté íntimamente relacionado con la fotografía y la publicidad. Estudié marketing y me especialicé en campañas digitales... Y me encanta la fotografía —seguí, mientras esperaba y rogaba para que los primeros efectos de las pastillas comenzaran a hacerse notables cuanto antes—. No me veo en ningún otro sitio.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Creo que, dentro del desorden mental que debes de tener ahora mismo ahí dentro —señaló mi cabeza desde su mesa—, en el fondo tienes bastante claro lo que quieres.

—Quizá sí, pero eso no soluciona nada. Sigo sin saber dónde buscar, adónde ir... ni siquiera sé cómo hacer un nuevo currículum.

Decirlo en voz alta me paralizó durante unos instantes. Mi currículum. Todo era ahora un poco más real. Necesitaba un nuevo empleo y lo necesitaba cuanto antes. De pronto, caí en la cuenta de algo más. Si encontraba un empleo en el que pudieran ofrecerme una jornada completa, también tendría

que dejar *Marshall Brothers*. Me encantaba mi trabajo y tener que dejarlo por algo incierto me asustaba. Además, ¿qué iba a poner en él? ¿Dependiente en un pequeño cine de Brooklyn durante diez años?

—¿Qué sucede? —dijo entonces, supuse que ante la mueca que debía de reflejar mi rostro.

—¿Y si tengo que dejar esto también?

Julie apartó las manos del teclado y me sostuvo la mirada.

—No es el fin del mundo, Elle. Pase lo que pase, no lo es.

—Pero no quiero tener que dejarlo todo. Me gusta este trabajo. Me gusta llevar los proyectos de *Marshall*... y me gusta trabajar contigo... Y...

—Eh —me frenó, deteniéndome en seco para que nadie se percatara del repentino ataque de pánico que estaba comenzando a sufrir. ¿Qué me sucedía? El temblor de las manos apareció, lento, pausado y tan destructivo como siempre. La vi mirar a un lado y a otro para cerciorarse de que todos seguían con su trabajo y a continuación, volvió a centrar su atención en mí—. Elle, no va a pasar nada. ¿Por qué no te concedes un tiempo para ti? Es todo muy reciente... Tan solo llevas un día fuera de ese dichoso cine. Disfruta, asimila la realidad y luego empieza a planificar... En ocasiones es importante detenerse y respirar.

La observé fijamente y me concentré solo en eso, en respirar; en sentir cada parte de mi cuerpo, el aire entrando en mí y llenando mis pulmones. El temblor comenzó a remitir pasados unos minutos. Todavía sentía las manos débiles, pero por lo menos podía moverlas sin riesgo de ser delatada. Sí, eso era justamente lo que tenía que hacer... concederme unos días para mí. Todo iba a salir bien.

—*Mmmmm* —murmuré al entrar en la cocina, con los ojos cerrados por el placer que me producía toda aquella explosión de aromas—. ¿A qué se debe este...? —Me detuve a media frase. Sarah estaba de espaldas, moviendo las

manos de un lado a otro mientras preparaba la cena. Sin embargo, algo en su rigidez dejaba claro que las cosas no iban del todo bien—. ¿Qué sucede?

—Nada.

—Sarah...

—Te digo que no me pasa nada —zanjó.

—Claro —respondí al fin, consciente de que con ella siempre había funcionado mejor esa técnica que no la de perseguirla y atosigarla. Solo me lo contaría si realmente lo deseaba. Pero su forma de evitarme la mirada era tan delatora como la energía que estaba empleando en preparar la cena.

Dejó los platos que acababa de sacar del armario sobre la encimera y apoyó en ella ambas manos, como si temiera perder el equilibrio. Era como si no tuviera fuerza para mantenerse en pie o bien, como si algo le doliera demasiado como para hacerlo sin inmutarse. La vi coger aire con una paciencia que a mí también me gustaría poseer y con ello acabaron de confirmarse mis sospechas. Di un paso y me aproximé a ella con lentitud.

—Sarah...

—Déjalo, Elle. Por favor.

Sus ojos se cruzaron con los míos apenas unas décimas de segundo, pero fue suficiente para verlo. Estaban vidriosos y apagados, desprovistos de la vida que siempre solía brillar en ellos. Nunca había soportado verla de ese modo. Sarah era la fuerte, la que veía el vaso medio lleno y la que siempre encontraba un motivo para sonreír. Y si algo la afligía tanto como para borrar su sonrisa, es que debía de ser lo suficientemente grave como para preocuparme por ella. Pero no quería hablar conmigo... y no podía obligarle a hacerlo.

—¿Te importa cenar sola? —resolló al fin, mientras se secaba las manos en el bajo del delantal que llevaba puesto y del que acto seguido se desprendió, sin volver a mirarme a la cara en ningún momento—. Me voy a la cama.

—¿No vas a cenar...? —insistí, después de todo el trabajo que debía de

haberle llevado cocinar todo aquello.

—No... Todavía arrastro el cansancio de ayer —mintió.

Pero no añadió nada más. Dejó el delantal colgado en su sitio, junto al frigorífico, y salió de la cocina. Tuve la ligera sensación de que cojeaba al andar, pero seguramente debía de haberlo visto mal.

Me sentía fatal por ella, por lo que pudiera haberle pasado y que esperaba que pudiera resumirse únicamente en un mal día en el despacho.

Lo del cine podía seguir esperando, se lo diría en otro momento.

Cogí el teléfono cuando este sonó por tercera vez. La mañana estaba resultando realmente intensa en la oficina y me puse los auriculares para evadirme del ajetreo que había a mi alrededor y concentrarme únicamente en mi trabajo.

—¿Olly?

—¿Cenamos juntos? —dijo a modo de saludo.

—¿Hoy?

—¿Eso es un sí?

Miré la hora en la pantalla del ordenador.

—Solo son las once de la mañana. ¿Ya estás pensando en cenar?

—No, estoy pensando en cenar contigo. Me debes una celebración —escuché desde el otro lado de la línea.

—No es cierto.

—Bueno, finjamos que sí lo es. Además, James está insoportable desde que te fuiste y necesito desconectar un poco o acabaré volviéndome loco ahí dentro. Elle, no lo soporto más... Y te echo de menos —añadió suplicante. Pude ver su sonrisa descarada incluso sin tenerle delante. Era un avezado

parlanchín y sabía qué decir para que acabaras cediendo a lo que él quisiera. Sentí un ligero cosquilleo en la nuca.

—Está bien, pero tendrá que ser mañana. Hoy no me aguanto en pie — respondí, llevando una mano hacia esa zona para luego acariciarla.

—Perfecto. ¿Te recojo a las siete?

Tensé el cuello hacia un lado, cerré los ojos y lo estiré. Tenía los músculos entumecidos.

—De acuerdo. ¿Tienes algún sitio pensado? —quise saber.

—No... iba a dejarlo a tu elección.

—No me apetece pensar —respondí, y lo dije con total sinceridad.

—Entonces lo haré por ti. ¿Voy en moto o prefieres que vayamos en taxi?

Pensé unos segundos.

—En moto. Me apetece mucho.

—Hecho. Te veo mañana. ¡Dale caña, pelirroja!

Colgué y sonreí sin poder evitarlo. Me gustaba la forma en la que siempre me había llamado así. De hecho, era el único al que se lo permitía. Era consciente del color de mi pelo, no tenían por qué recordármelo cada vez que me veían. Además, siempre había pensado que era un apelativo vulgar, como el dichoso “nena”; joder, ¡cuánto odiaba que me llamaran nena! Sin embargo, en los labios de Olly siempre había sonado distinto y por eso jamás llegué a vedárselo. No sabía si era por su forma de arrastrar la erre, por la mueca que solía poner al llamarme así o porque sencillamente, me gustaba esa exclusividad. Al fin y al cabo, era su única pelirroja, pues a cambio de poder llamarme así, le prohibí terminantemente que lo hiciera con cualquiera de sus posibles ligues que tuviera el mismo color de pelo que yo. Y para mi absoluta sorpresa, aceptó.

Levanté la cabeza y di de bruces con el rostro de Julie, que me observaba con expresión delatora.

—¿Qué? —pregunté, disconforme con la risita tonta de sus labios.

Soltó una silenciosa carcajada y apretó los labios antes de volver a esconderse detrás de su pantalla.

—Nada —respondió.

Preferí no seguir preguntando. Así pues, volví a colocarme los auriculares y mientras la música me envolvía, me centré en la pantalla en la que estaba retocando una foto en la que el juego de luces y el contraste de colores resultaban indispensables para la efectividad de la campaña.

CAPÍTULO 9

Sarah

Salí con los documentos en la mano y acompañé a Edward hacia su mesa, situada junto a la puerta de mi despacho. Todavía arrastraba el agotamiento de la fiesta, como si no pudiera recuperarme tan fácilmente como lo hacía antes y tuviera que forzar a mi cuerpo a hacerlo a base de ibuprofenos. Cogí las carpetas que Edward tenía preparadas para mí y me encaminé hacia la sala que había situada en el otro extremo del amplio corredor. Sin embargo, a medio camino la rodilla me falló después de unos días manteniéndose firme, en gran medida gracias a los antiinflamatorios que no había dejado de tomar. Di un ligero traspié, como si me hubiera torcido el tobillo y me detuve en seco, paralizada por el repentino dolor. Fue un pinchazo intenso, como un agujonazo que me hubiera perforado el músculo, tan brusco que incluso me cortó la respiración.

—¿Estás bien?

Edward corrió rápido a mi encuentro y me cogió del brazo. Era la primera vez que le tenía tan cerca, que traspasaba la invisible barrera y sin embargo, no parecía importarle nada más que mi dolor. Me apoyé contra la pared y traté de recuperar la respiración.

—Sí... sí. Ha sido una simple torcedura... Nada más —me afané a decir, restándole importancia.

Pero no lo fue. Fue mucho peor que eso. Sentía que me temblaba la rodilla y que me iba a costar mantener el equilibrio y caminar de forma elegante hasta la sala de reuniones.

—Sarah...

—No, Edward. Es solo una torcedura —repetí con la mandíbula tensa.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó dudoso, sin dejar de contemplarme ni un solo instante—. Puedo llevarte las carpetas.

Cogí aire y exhalé un suspiro. Por encima de ese dolor había otro mucho

más profundo, el que verdaderamente me aterrorizaba, el de la verdad. Elevé la cabeza, tensé el cuello y me obligué a mantenerme firme, como cuando caía en un paso decisivo en plena actuación y no había tiempo para lamentarse y echarse atrás. *Show must go on*. El espectáculo debía continuar.

—Estoy bien, Edward —repetí en un hilo de voz—. Gracias.

De repente, como si el contacto de su mano contra mi piel le abrasara hasta no poder soportarlo, la apartó de mi brazo, al que seguía aferrado. Nuestros ojos mantuvieron un intenso y extraño pulso y entonces, cuando comencé a pensar en lo que estaba sucediendo, él dio un paso atrás, con ese brillo tan suyo y peculiar en los ojos. Frunció los labios y mostró una ligera sonrisa, precavida y educada.

—Si me necesitas, solo tienes que decírmelo. No lo olvides.

Afirmé con la cabeza y le observé desaparecer hacia su mesa mientras le concedía esos últimos segundos de tregua a mi rodilla. Al final, cuando ya no pude alargar más el momento, respiré profundo por última vez, me separé de la pared en la que seguía apoyada y di un nuevo paso, lento, estudiado y temeroso. Me dolía, sí, pero podría soportarlo. Di otro paso más y luego otro. Caminé más lento y al final, con la respiración más calmada, llegué a la sala de reuniones.

Al salir del edificio agradecí el soplo de aire fresco que me abanicó el rostro. Los coches recorrían la calle a una velocidad de escándalo, a aquellas horas el movimiento era incesante. Crucé cuando el semáforo se puso en verde y me dirigí hacia el puestecito ambulante de Samir. Necesitaba calorías extra y un refresco de cola. Luego ya me regañaría mentalmente por saltarme la dieta.

—Buenas tardes, señorita Vaus.

—Hola, Samir —respondí, esta vez sin la jovialidad habitual—. ¿Te queda pizza de pepperoni?

—Por supuesto.

—¿Me das una porción y una Coca-Cola?

Supuse que intuyó a la perfección que aquel no era precisamente el mejor de mis días pues esta vez no forzó una conversación como las que solíamos mantener, lo cual agradecí en silencio. Me entregó ambas cosas por encima del mostrador, le tendí un billete y me despedí de él tras dejarle el cambio de propina.

Me dirigí hacia uno de los bancos que había cerca. Solía comer en un restaurante cercano e incluso, muchas eran las ocasiones en las que lo hacía en la pequeña cocina que teníamos en un extremo de uno de los dos pisos que ocupaba la empresa. Pero necesitaba salir y respirar, escucharme a mí misma entre todo el ensordecedor ruido que envolvía a la ciudad y que lograba, por contradictorio que pudiera parecer, acallar las voces que provenían de mi interior. Le di un primer bocado a la pizza y cerré los ojos de puro placer. Elle había sido la encargada de contagiarme su insaciable pasión por una buena pizza. Mientras la saboreaba me dediqué a observar a la gente que pasaba frente a mis ojos. Lo hacían a toda prisa; algunos distraídos, otros perdidos en su propio mundo y otros con la vista puesta al frente, dispuestos a afrontar cualquier obstáculo que pudiera aparecer en su camino de forma inesperada.

Desde siempre me había gustado jugar a imaginar una vida para las personas con las que me cruzaba cuando me aburría. Lo hacía desde muy pequeña. Si esperábamos en la consulta del médico, imaginaba que la señora de enfrente era en realidad la mujer de un importante magistrado. Si hacíamos cola en el aeropuerto, imaginaba cientos de destinos para todos los que esperaban su vuelo junto a nosotros. Era una forma de evadirme y de dejar de pensar en mí misma. Pero, por mucho que me esforzaba, había un pensamiento que no lograba hacer desaparecer de mi cabeza. Esa estúpida caída. A lo largo de esos días, a pesar de hallarme enfrascada en otras cosas, la había revivido en numerosas ocasiones. Cerraba los ojos y me veía cayendo al suelo en uno de los pasos más sencillos, uno de los que más había llegado a repetir a lo largo de toda mi vida. ¿Cómo había podido fallarme a mí misma en lo más esencial?

Dejé el refresco sobre el banco, a mi lado, y con la mano que tenía libre me masajeeé la rodilla. Solo el tacto de mi piel contra la misma, sobre la media, ya me hizo dar un leve respingo. Cada vez iba a peor y aun con los

antiinflamatorios, el dolor parecía no querer abandonarme. Y, para colmo, el fuerte pinchazo del pasillo unas horas atrás lo había empeorado todo. No podía seguir con esa incertidumbre. Abrí el bolso y saqué mi teléfono del interior. Me metí el último bocado de pizza en la boca y dejé el envoltorio de cartón junto a la lata de refresco. Me sequé ambas manos y sujeté mejor el aparato. Busqué entonces el número del doctor, él sabría cómo detener el intenso dolor.

Tardaron en contestarme más de la cuenta pero al final, logré que su secretaria, que también me había visto crecer, consiguiera hacerme un hueco en su apretada agenda para el día siguiente. Bloqueé el teléfono y cogí otra pastilla de un bolsillo que había dentro del bolso en el que siempre llevaba un pequeño kit de supervivencia con todo lo esencial. La última me la había tomado con el desayuno y temía no poder aguantar mucho más si el insistente dolor no me concedía una tregua. Tan solo era cuestión de esperar unas horas, el doctor sabría cómo acabar con él.

Fui a meter el teléfono en el bolsillo cuando mis dedos dieron con algo. Sabía lo que era y lo saqué con cuidado. De nuevo, el papel con el teléfono. Inspiré y llené los pulmones de oxígeno. Necesitaba pensar con claridad y sin embargo, la vida parecía de algún modo precipitarse sobre mí. Demasiados frentes abiertos, demasiadas cosas sobre las que recapacitar y muy poco tiempo para hacerlo. Cerré los ojos unos instantes y me concentré en respirar. Inspirar y expirar. Cinco veces.

Michael me pidió que le dijera algo cuanto antes y desde entonces, no había tomado ninguna decisión. Y no podía demorarme mucho más si no quería perder semejante oportunidad y mucho menos, dejarle en mala posición.

Volví a desbloquear el teléfono y marqué los números que salían en la tarjeta.

—¿Diga?

—Hola, buenos días... Mi nombre es Sarah Vaus. Llamo de parte de Michael Spencer en referencia a un apartamento en Manhattan.

—Oh, sí, claro. Michael me habló de usted.

—Me preguntaba si tendría algún momento para que pudiera acercarme a verlo...

—¡Claro! De hecho, me pilla hoy mismo en la ciudad. ¿Le gustaría visitarlo esta misma tarde? Sobre las siete, por ejemplo.

Pensé rápidamente, no tenía ningún caso urgente que dejar cerrado esta misma tarde por lo que podía salir un poco antes. Llamaría a Robert para que me esperara a la salida.

—Las siete es una hora perfecta. Ahí estaré. ¿Por quién pregunto?

—Neil Thomas.

—Perfecto, señor Thomas. Nos vemos esta tarde, entonces.

—Aquí la espero, señorita Vaus. Me alegra saber que se lo está pensando.

Colgué mientras un extraño hormigueo me recorría las entrañas y se esparcía por mis venas. Por un lado me sentía muy nerviosa por lo que iba a hacer. En fin, iba a visitar el que podía convertirse en mi nuevo hogar. Oh, Dios... ¡Mi nuevo hogar! Jamás había vivido sola, ¿qué iba a hacer con tanto espacio y nadie más con quien compartirlo?

Sin embargo, el vértigo dio paso rápidamente a una sensación muy distinta cuando recordé lo bonito que parecía en las fotos. Transmitía una sensación de paz y armonía que yo comenzaba a necesitar. Entonces sonreí de forma bobalicona. ¡Mi propio apartamento!

Mi corazón comenzó a batir deprisa, preso de la emoción contenida y seguramente también porque aquellos últimos días los había pasado sumida en un estado de nervios permanente y cualquier cosa me perturbaba y excitaba con mayor facilidad. Era curiosa la agri dulce sensación de pesar y alegría que sentía al mismo tiempo. El miedo a dejar atrás gran parte de mi vida, mi sueño y la convivencia con las chicas y, al mismo tiempo, empezar una nueva etapa, instruyendo a nuevas y futuras promesas y disfrutando de la tranquilidad de un hogar que quizá, algún día, volvería a llenar.

Me encantaba vivir con las chicas, claro que me gustaba. De hecho, me costaba hacerme a la idea de que quizá pronto dejara de hacerlo. Pero

también me gustaba pensar que podría empezar a decidir por mí misma y tomar decisiones sin tener que consensuarlas antes. Podría escoger la vajilla y también el cuadro que quería poner sobre la chimenea. Incluso, quizá podría llevarme alguna cita a casa sin sentirme cohibida por el hecho de que alguien pudiera escucharnos en la habitación de al lado.

Me turbé al pensar en ese último detalle. Hacía mucho tiempo que no tenía una cita en condiciones. Me había centrado demasiado en mi trabajo o tal vez las chicas tenían razón y me había convertido en una estrecha. A lo largo de los últimos meses ningún hombre se había cruzado en mi camino. Quizá todo se redujera a que yo no estaba lo suficientemente receptiva como para darme cuenta de ello. Mi día a día podía resumirse en todas las horas que pasaba encerrada en el despacho, con la única y principal compañía de Edward, las que le dedicaba a la academia y las que, evidentemente, necesitaba para dormir. El tiempo libre solíamos dedicarlo a reírnos de cualquier cosa, a ver una película o a salir las tres juntas, sin más pretensiones que las de pasárnoslo bien. Además, los ligues de discoteca no eran precisamente mi tipo... Eso era más propio de Lorie.

Me obligué a desviar esos pensamientos de mi cabeza y busqué el teléfono de esta. Descolgó al tercer tono.

—Dime.

—¿Tienes mucho trabajo?

—Esta tarde parece tranquila, ¿por qué?

—He quedado a las siete para ir a visitar el apartamento.

—Oh... Claro... —permaneció unos breves instantes en silencio y por un momento temí que fuera a decirme que no—. Tendría que dejar a Kate sola.

—¿A qué hora cierras?

—A las ocho.

—Puedo decirle a Robert que luego nos deje ahí y te echo una mano con el cierre.

—¿Te das cuenta de lo esnob que suena que hables de tu chófer con

semejante tranquilidad?

Su repentina pregunta actuó a modo de cortocircuito en mi cerebro y me robó una primera sonrisa, esta vez de verdad.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—Da igual, sea como sea, seguirás teniendo chófer. Y eso te mete de cabeza en la categoría de pija repelente.

—No soy una pija repelente.

—Dilo más alto, quizá así pueda empezar a creérmelo.

—Está bien. Puedes volver en metro... —sugerí, sabiendo cuál sería la respuesta que vendría a continuación.

—Decías que Robert podía dejarnos en el salón de vuelta... ¿no?

—Qué morro tienes... —Sonreí una vez más antes de darle un sorbo a la Coca-Cola, que se había quedado casi helada a causa de la gélida temperatura de la calle—. Entonces, ¿cuento contigo?

—Claro, como siempre.

—Gracias, Lorie. No sabes lo mucho que agradezco que me acompañes en un momento tan importante para mí...

—No tienes por qué dármelas. Siempre estaré ahí. Entonces... ¿a las seis y media te espero en la puerta de tu oficina?

—¡Perfecto!

—Nos vemos en un rato, pues.

—¡Ciao, cielo!

CAPÍTULO 10

Lorie

—¿Qué te pareció el apartamento de Sarah?

Como siempre, su amabilidad te empujaba a seguir hablando.

—Es precioso. Tendría que haberlo visto. Cuando entramos, las dos nos quedamos sin palabras. Es de aquellos de obra vista, diáfano y luminoso. Además está decorado con un gusto excelente. Seguí a Sarah por todo el apartamento, entramos en todas las habitaciones y toqueteamos todas las cosas, cajones y utensilios que había en la cocina. Incluso nos sentamos en el sofá y nos imaginamos viendo una película o contándonos cualquier cosa. Tendría que haberle visto la cara. Trató de ser cauta y de no dejarse llevar. Se contuvo... Pero le brillaban los ojos y no podía culparla. Si yo fuera ella, no me lo pensaría demasiado.

—Me alegra escuchar eso.

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. Lo de que si fueras Sarah, no te lo pensarías. Das por supuesto que Sarah debería aceptar.

—Es que sería muy estúpida si no lo hiciera.

—Esa no es la cuestión, Caroline. La cuestión aquí es lo mucho que te aterra perderla y sin embargo, has asumido que vas a hacerlo —prosiguió, apartando la vista del bloc que descansaba sobre sus piernas para llevarla hacia mi rostro—. Y eso te convierte en una mujer valiente.

—¿Valiente? No creo que pueda considerarse valiente una mujer que sin haber cumplido los treinta sigue acudiendo al psicólogo —musité dolida.

—¿Crees que eres la única que necesita ayuda?

—Supongo que no.

—Caroline —continuó, y se incorporó hacia delante para mirarme fijamente—. Todos necesitamos ayuda. Algunos la piden a sus seres más

cercanos y otros evitan hacerlo para no hacerles sufrir. También existen los que deciden obviar lo que les aflige bajo la estúpida excusa de que si no le prestan atención al final el dolor desaparecerá y por último, están los que deciden coger al toro por los cuernos y plantarle cara.

—No creo que yo le esté plantando cara a nada. Soy una cobarde y una mala amiga.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Vamos, usted ha leído todos mis escritos. Sabe que envidio a mis amigas y que, para más inri, estoy hasta los huesos por Olly. Lo que me convierte en alguien mucho peor.

—Permíteme decirte que yo no lo veo así —dijo, con tal rotundidad que me detuve a preguntarme entonces qué era lo que ella debía ver en mí.

—¿Quieres saberlo? —siguió, como si pudiera leerme la mente. Respondí con un gesto de cabeza—. Yo veo a una mujer fuerte, cuyo pasado todavía la tambalea. Ellas no piensan nada de lo que tú crees. Sarah y Elle te quieren tal y como eres y te lo demuestran cada día. Solo que tú prefieres verlo de un modo distinto. Estoy segura de que Sarah está tranquila habiéndote confesado su secreto y que se siente afortunada de que ayer la acompañaras a ver el apartamento pues para ella, tu opinión es realmente importante. Y Danielle... Te necesita. Su carácter explosivo es demasiado opuesto al de Sarah y aunque las dos se combinan con absoluta perfección, está claro que necesita a una confidente, a alguien que, de algún modo, sea capaz de cometer una locura como las suyas y de dejarse llevar alguna vez. Las tres os compenetráis y os necesitáis. No pongas en sus bocas pensamientos que en realidad no existen.

Permanecí un buen rato sin poder añadir nada al respecto. Quizá tuviera razón. Cuando no lo pensaba y sencillamente me dejaba llevar... todo fluía. Sin más. Y era maravilloso.

—Y... ¿respecto a Olly? —titubeé.

Tragó saliva y jugueteó con el lápiz entre los dedos.

—Me temo que va a ser una época dura para ti en ese sentido.

—Usted no lo comprende... Cuando se acerca, cuando aparece... es como si mi mundo cayera sobre mí. Olly es como una especie de tormenta silenciosa. Viene, lo pone todo patas arriba y se va, sin que ni siquiera te hayas enterado.

—Caroline, quiero que me respondas a una pregunta y voy a pedirte que seas sincera. ¿Quieres?

Asentí.

—Cuando ves a Olliver, ¿qué ves?

Traté de imaginar qué era lo que buscaba con esa pregunta pero no fui capaz de entenderlo. Para mí era demasiado obvio... pero yo no era psicóloga.

—Olly es... diferente. Le encanta el coqueteo pero en realidad, estoy segura de que lo que le encanta es ver y hacer reír a una mujer. Lo sé porque, cuando lo consigue, se le forman unas arruguitas distintas en la comisura de los ojos. Y nunca pasa de ahí. Podría irse con cualquiera y sin embargo, se pasa el día entero llamando a Elle y saliendo con ella a tomar algo sin más pretensiones. Es un presumido pero siempre va perfecto para la ocasión, da igual si se trata de ir al cine o a una cena de gala, Olly jamás destacará en el mal sentido y se adaptará a la situación de la mejor forma. También es muy casero; a pesar de mostrarse extrovertido, es un hombre de círculos más bien pequeños y compañías habituales. Es capaz de dejarlo todo por echarle una mano a cualquiera de los suyos. Es seguro de sí mismo y tan maduro como inmaduro a la vez. Ya sabe, ese equilibrio que todos deseamos poder mantener y que solo unos cuantos lo consiguen. *Mmmm* —pensé durante unos instantes—. No teme a la realidad. Es comprensivo, amable y divertido.

Me detuve, segura de que mis sentimientos habían quedado más que retratados.

—Resulta curioso.

—¿El qué?

—Que no hayas mencionado nada de su físico.

—Supongo que lo encuentro demasiado obvio.

—No tiene por qué.

—Creo que esta vez no la sigo, doctora.

—Verás, que sientes algún tipo de atracción por Olliver resulta indiscutible. Pero también creo que esta está mucho más relacionada con la proyección que has hecho de él que con lo que él significa para ti realmente.

—Sigo sin comprenderla.

—Olliver te gusta, y contra eso no existe tratamiento ni terapia. Es cuestión de sentimientos y ya sabes que el corazón es caprichoso. Pero me temo que, mientras que todo tu alrededor se desfigura, te aferras más a la idea de que él es perfecto. Cuando necesitas reír, ves que él lo consigue fácilmente. Cuando necesitas estabilidad, ves que él la proyecta en la figura de Danielle, por ejemplo. Cuando tu pequeño círculo pelagra ante tus ojos, te fijas en que él se vuelca en los más cercanos. Y así con todo. Como si en él vieras todo lo que sientes que a ti te falta... o todo lo que te gustaría tener.

Quizá tuviera razón... aunque yo no fuera capaz de encontrarla esta vez.

—¿Y qué debería hacer?

—Dejar de idealizarlo ayudaría. Olliver es un hombre como cualquier otro y me temo que, si entre vosotros no va haber nada... Será mejor que tomes las riendas de tu corazón antes de que sea demasiado tarde.

—Pero...

—Sé que es difícil. Muy difícil. Pero si algo he aprendido de ti durante todo este tiempo es que eres una mujer fuerte e increíble y que siempre has sabido priorizar lo más importante. Así que, una vez más, tendrás que ser valiente y hacerlo de nuevo. Debes volver a recuperar la confianza en ti misma para que el resto de cosas vuelvan al lugar que en realidad les corresponde.

CAPÍTULO 11

Elle.

Descorrí la cortina de la ducha justo cuando escuché un par de golpes en la puerta.

—¿Sí? —pregunté, mientras estiraba el brazo para coger el albornoz que siempre había colgado a un lado de la pared.

—Olly está aquí.

¿Tan pronto? Fui a mirar el reloj cuando me di cuenta de que me lo había dejado en el dormitorio. Seguí arrastrando la mano por la pared sin éxito. ¿Dónde narices estaba?

—¿Qué hora es? —pregunté al tiempo que asomaba la cabeza entre las cortinas para ver dónde estaba el maldito albornoz. No había ni rastro de él, ni del de Sarah ni tampoco del de Lorie. Seguramente alguna de ellas los había metido en la lavadora. Mierda.

—Las siete menos diez.

Lo que me faltaba.

—Ok. Dile que en diez minutos estaré lista —respondí mientras pensaba qué hacer.

—Tengo que volver al trabajo —siguió desde el otro lado de la puerta—. Le digo que te espere en el salón, ¿ok?

—Vale —afirmé aunque en realidad no la había escuchado.

Salí con el cuerpo empapado, dejando en el suelo un reguero de agua a mi paso. Abrí el pequeño armario que había en un lateral, saqué una toalla doblada del interior y me afané en secar todo mi cuerpo antes de que el frío empezara a calarme los huesos. Podía parecer exagerado, pero siempre había sido una de aquellas personas con las que el frío parecía ensañarse.

Miré a mi alrededor. Fantástico, tampoco había traído la ropa conmigo. Me enrollé la toalla alrededor del cuerpo y me aseguré de cubrir con ella todo

lo que se consideraba respetuoso cubrir.

Olly debía de estar en el salón por lo que en realidad no había peligro alguno. Solté la pinza con la que había mantenido la trenza pegada a mi cabeza y la coloqué sobre mi hombro, dejándola caer hacia delante. Por si acaso, confirmé que efectivamente estuviera bien cubierta, abrí la puerta y salí. Tan solo me dio tiempo a dar un par de pasos cuando, de pronto, me detuve en seco.

—Oh... vaya... —Sonrió con una timidez impropia de él que duró apenas una décima de segundo. Tras ello, su expresión mudó a una que sí que conocía mucho mejor. Había visto antes esa mirada, pero jamás había sido yo la destinataria de la misma—. Iba a la cocina a por un refresco —se justificó.

Permaneció inmóvil justo en la otra punta, frente a mí, solo que a unos cuatro metros de distancia más o menos —el apartamento era bastante grande—. En su rostro ya no quedaba ni rastro de esa timidez que creí haber distinguido durante unos breves segundos sino que ahora, mantenía la misma mueca descarada a la que ya estaba acostumbrada. Sus ojos, en lo que duró un sencillito parpadeo, me recorrieron de arriba abajo, deteniéndose más de la cuenta en mis piernas, descubiertas bajo la corta toalla. Y por curioso que pudiera parecer, me gustó. Un escalofrío me cruzó la espalda y sin esperarlo, la temperatura de mi cuerpo comenzó a ascender a pesar del frío. Me gustaba su mirada. Y me apetecía tomarle el pelo.

Me llevé una mano a la trenza y jugueteé con un par de mechones sueltos. Le vi tragar saliva y tuve que hacer un esfuerzo por contener la risa. Di un paso al frente sin dejar de mirarle a los ojos. Esta vez descubrí algo distinto en ellos. Seguían igual de juguetones, pero reflejaban una luz distinta. ¿Miedo tal vez? Jugueteé con el labio inferior apenas unos segundos y pestañeeé de forma exagerada. Cerró una de sus manos en un puño sin darse cuenta y comencé a sentir todavía más calor. Hacía tiempo que un hombre no me miraba así y aunque se tratara de Olly, me gustó volver a sentirme deseada.

Me acerqué todavía más y por primera vez desvió la mirada. Entonces, salvé el resto de distancia que nos separaba, le planté un beso en la mejilla, aprovechando para rozar con mi pecho una parte de su brazo. Mi piel se

electrificó al instante y mis pechos se tornaron más sensibles. Acto seguido, cogí la lata de cerveza que sostenía en una de las manos para darle un largo trago antes de devolvérsela de nuevo.

—Vas a coger frío, pelirroja —susurró con la voz rota.

—No lo creo... —respondí melosa.

Le guiñé un ojo, di media vuelta y me encaminé hacia mi dormitorio contoneándome, desde donde volví a llamar su atención.

—¡En cinco minutos estoy lista!— grité, justo antes de cerrar la puerta.

Me llevé una mano al pecho para comprobar que tenía el pulso acelerado y tuve que concederme unos breves instantes antes de ponerme en marcha. Era la primera vez que me miraba de ese modo y la verdad es que no sabría decir muy bien qué era lo que había visto centellear en sus ojos. Vale que no era muy difícil despertar el deseo en un hombre, y menos todavía si llevabas las piernas descubiertas... Pero se trataba de nosotros y eso lo cambiaba todo.

Sacudí la cabeza como si con ese gesto pudiera forzar a mi cerebro a eliminar ideas estúpidas que ni siquiera debía de haber llegado a imaginar. Abrí el armario y opté por unos tejanos ajustados y una camiseta negra con escote en uve y un cárdigan de punto del mismo color. Dejé la toalla sobre la cama y me vestí rápidamente, ahora que mi cuerpo parecía perder temperatura a gran velocidad.

Cogí las botas de pelo, me agaché y me las puse con cuidado, asegurándome de que el bajo del tejano quedara en el interior. Volví a mirarme y sonreí a mi reflejo satisfecha. Siempre había sido más bien de constitución delgada y tenía la suerte de que este tipo de pantalones me quedaban bien y realzaban mi tipo.

Salí del dormitorio y de forma instintiva, giré la cabeza hacia el pasillo que conducía al salón, justo donde antes había visto a Olly. Sin embargo, no había ni rastro de él. Volví a encerrarme en el baño, me deshice de la trenza y me mesé el pelo después de cepillarlo un par de veces para darle volumen. A continuación, abrí la portezuela que había junto al espejo y saqué del interior el neceser en el que guardaba el poco maquillaje que tenía. Tan solo me

delineé los ojos con un lápiz negro y me apliqué un poco de colorete, nada más. Contemplé mi reflejo por última vez y salí después de apagar la luz.

Encontré a Olly tal y como esperaba, sentado en el sofá, y decidí hacer ver que nada de lo de antes había tenido lugar.

—¡Hola! —exclamé ante su perpleja mirada.

Tardó unos segundos más de lo esperado, calibrando seguramente qué era lo que estaba pasando. Al final, tal y como hice yo, no añadió nada más al respecto y me recibió con la misma expresión afable con la que lo hacía siempre.

—Me he terminado vuestra última cerveza. ¿Quieres que vaya a comprar más?

—No te preocupes, lo anotaré en la lista de la compra. Tenemos que ir al supermercado sin falta esta semana.

Permanecimos unos instantes en silencio.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —respondió dubitativo.

—¡Qué adónde vamos a cenar!

—¡Oh! —exclamó entonces, poniéndose en pie de repente—. He decidido llevarte a un sitio que estoy seguro de que te encantará.

Algo en mi estómago llegó al punto de ebullición y unas pequeñas burbujitas comenzaron a estallar nerviosas. ¿Adónde pretendía llevarme? Me fijé en cómo iba vestido para tratar de hacerme una idea de cuáles podían ser sus intenciones. Vestía un pantalón negro con un cinturón oscuro del que solo resaltaba la hebilla. Llevaba puesto un jersey ajustado de cuello vuelto y sobre este, un chaleco oscuro que le quedaba realmente bien.

—Entonces, ¿salimos ya?

—Cuando quieras, pelirroja.

Se puso en pie y me siguió por la estancia hasta llegar a la mesa que

separaba la cocina del salón. En el respaldo de una de las sillas había dejado el abrigo y sobre la superficie los dos cascos. Sentí unas ligeras cosquillas de anticipación. Me encantaba que me llevara en moto. Olly conducía bien, seguro de sí mismo y sin hacer jamás el loco, siempre a la velocidad suficiente para sentir que podías volar y al mismo tiempo, tener la certeza de que no te pasaría nada.

Nos pusimos sendos abrigos, me crucé el bolso sobre el pecho y cogí uno de los cascos que Olly me tendía después de asegurarme de que la bufanda me cubría bien el cuello.

Me adelantó al bajar las escaleras que daban a la calle y se detuvo frente a la oscura moto que tenía aparcada en la acera. Era bonita y la tenía cuidada hasta el más ínfimo detalle. Metí las manos en los bolsillos, con un brazo pasado por la parte interior del casco y le observé encender el motor para que este se fuera calentando. Una gran nube salió despedida por el tubo de escape, mientras el rugido se escuchaba por toda la calle.

Me trencé rápidamente el pelo sin demasiados miramientos, tan solo para que este no se me enredara por culpa del viento y cuando terminé de anudarla, me coloqué el casco.

—¿Lista?

Confirmé con la cabeza, asegurando el cierre que quedaba bajo mi barbilla. Pasó una pierna por encima, quitó la pata de cabra y la puso recta, antes de girar un poco el acelerador para que no se durmiera el motor. Me acerqué un poco más, subí un pie a la estribera, puse las manos sobre sus hombros y me senté tras él.

—¡Mierda! —exclamé al darme cuenta de algo esencial.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado los guantes arriba.

Sacó las manos del manillar y las llevó hacia los costados, donde bajó dos cremalleras.

—Mételas en mis bolsillos.

Dudé unos instantes pasados los cuales, obedecí. Metí las dos a la vez antes de que mis dedos se congelaran. Sentí su fuerte abdomen bajo estas, mucho más cerca de lo que lo había tenido nunca. Una de mis manos topó con su teléfono móvil y la otra con lo que supuse que debían de ser las llaves de casa. Las cogí con cuidado para que no pudieran caer por el hueco que ahora quedaba abierto. Giró la muñeca y la moto rugió por última vez. Subió un pie, puso primera y tras confirmar que no venía nadie, aceleró.

Dejamos atrás nuestro barrio y nos dirigimos hacia el puente de Brooklyn, en dirección a la gran manzana. El viento nos azotaba con fuerza pero Olly no perdía el equilibrio. Mientras él conducía, yo me perdí en todo lo que nos rodeaba. El río a nuestros pies, los rascacielos de Manhattan se erigían frente a nosotros cada vez más altos y las luces de todos los vehículos que también cruzaban el puente, pasaban a nuestro lado como flashes, continuos e intermitentes. Me aferré con más fuerza a su abdomen cuando aceleró en medio del puente para adelantar a dos coches. Sentí la adrenalina en la garganta y la sensación de libertad inundando todo mi cuerpo. Cerré un poco más las piernas, pegándolas a sus muslos, y uní mi pecho contra su espalda, volviéndonos uno solo mientras trataba de averiguar hacia dónde nos dirigíamos. Seguimos todo recto hasta llegar a una intersección donde giró hacia la derecha. No me dio tiempo a pensar demasiado pues detuvo la moto apenas unos minutos después, en el cruce con *Spring Street*.

Saqué con cuidado las manos de sus bolsillos y las puse de nuevo sobre sus hombros, en los que me apoyé para poder bajar. Él lo hizo después, cuando yo ya me estaba sacando el casco.

—¿Qué tal tus manos?

Mi respuesta fue una sonrisa. En un gesto instintivo, sin quitarse los guantes todavía, se pasó una mano por el pelo y recompuso un par de mechones que le habían caído sobre la frente. Pasó la mano por la parte interior del casco y se lo colocó en el brazo, a la altura del codo. Le imité e hice exactamente lo mismo para después, volver a esconder las manos, esta vez en mis propios bolsillos.

—¿Vamos?

—Tú dirás.

Rodeó la moto y se acercó a mí. Tal y como hacía en cientos de ocasiones, me pasó el brazo por encima de los hombros e inició el paso, conmigo al lado. Mi cerebro trabajaba demasiado deprisa mientras trataba de diferenciar lo que sentía de lo que debería sentir, que eran dos cosas muy distintas. La familiaridad de Olly era la misma de siempre; hacía años que su presencia en mi vida era demasiado cercana como para asustarme cuando me dedicaba un gesto como ese y sin embargo, mi mente había decidido comenzar a lanzarme imágenes e ideas confusas, sobre todo desde la dichosa conversación de las chicas. Pero lo cierto es que no quería darle importancia, por lo que me concentré en la calle, en el bullicio que había a aquellas horas y en tratar de adivinar adónde me llevaba.

Spring Street era una de esas calles en la que podías sentirte muy americano. Edificios de media y baja altura la delimitaban y en ella respirabas un ambiente extraño. En el buen sentido. Estaba lleno de turistas que la recorrían y si contemplabas sus rostros, acababas riendo al pensar que en realidad, aquello era algo normal. Seguimos andando mientras nuestras respiraciones dejaban un rastro sobre nuestras cabezas en forma de nube. Continuaba haciendo muchísimo frío en Nueva York.

Al final, pasadas unas dos o tres manzanas, Olly se detuvo frente a un edificio de ladrillo rojizo. Como la gran mayoría de los de la zona, una escalera exterior decoraba su fachada, serpenteando entre las ventanas. Entonces caí en la cuenta de algo demasiado evidente incluso para mí. Las banderas italianas predominaban en la zona. Estábamos en *Little Italy*.

El treinta y dos de *Spring Street* estaba formado por dos edificios, el de ladrillo rojizo y uno totalmente pegado a este, del mismo color aunque mucho más envejecido. En el bajo, unos toldos granates decoraban una fachada negra, de puertas acristaladas combinadas con madera oscura. Estábamos frente el *Lombardi's*. El establecimiento era amplio y ocupaba el bajo del edificio en su integridad. Podías acceder a él por cualquiera de las dos calles en las que hacía esquina.

—¿Me has traído a una pizzería?

—No, Elle... te he traído a la pizzería —matizó, con especial énfasis en las dos últimas palabras—. El *Lombardi's* es conocido en todo el estado y se supone que es la primera pizzería que abrió sus puertas en América.

Lejos de lo que quizá alguien pudiera imaginar, no me sentí en absoluto defraudada por la elección. Al contrario. Me encantaba la pizza. Vivía y moría por la pizza. Y que estando tan cerca, todavía no hubiera puesto un pie en *Little Italy* y no hubiera acudido al *Lombardi's* hacía que casi me avergonzara de mi propia nacionalidad.

—Es viernes... Los viernes siempre cenáis pizza... ¿no?

Mierda. Era viernes. Sí, los viernes cenaba siempre pizza... pero con las chicas.

—¿Pasa algo? —preguntó al ver mi mueca.

—No. Tan solo debería enviarles un mensaje para advertirles de que hoy no cenaré en casa y que así no me esperen para pedir.

—Entonces... ¿te apetece?

—¿Acaso lo dudas?!

CAPÍTULO 12

Sarah

Cuando salí de la consulta del doctor me tambaleé ligeramente. No esperaba que fuera a tardar tanto y mucho menos todavía que tuviera que hacerme un escáner completo de la pierna. El miedo a que fuera mucho más que una simple torcedura no dejó de atosigarme hasta que me confirmó que no era nada alarmante, aunque no podría seguir bailando al ritmo que lo había hecho hasta ahora si no quería tener que acabar pasando por un proceso de infiltraciones o mucho peor, por un quirófano. Sin embargo, como los antiinflamatorios no estaban resultando ser suficientes para rebajar la inflamación y el dolor, me dio también un relajante muscular que debería tomar cada noche durante los próximos diez días, pasados los cuales, el dolor debería de haber remitido por completo.

Salí del edificio, me enrollé la bufanda al cuello y me acerqué a la calzada. Levanté la mano ante el primer taxi que apareció a lo lejos y le di mi dirección.

Al llegar encontré el apartamento completamente en silencio y aquello me deprimió más aún. Era viernes, se suponía que tocaba noche de pizza. ¿Por qué no estaban las chicas en casa?

Me dirigí hacia el dormitorio, dejé el bolso y el maletín sobre el escritorio y me saqué los tacones. Sentada en la cama, me masajee ligeramente los pies. Estaba realmente agotada y a pesar de ello, mi mente no dejaba de funcionar a un ritmo vertiginoso. Vagaba de un punto a otro, del apartamento a la academia, sin ofrecerme ni un solo respiro. Debía darles una respuesta cuanto antes.

Suspiré con fuerza y llevé la mirada al techo. Todo se estaba desmoronando. Las barreras caían a mi alrededor y yo me precipitaba hacia lo desconocido. Pero, ¿y si en realidad llevara tiempo necesitando esos cambios?

Pensé en la academia y en las niñas. Me había sentido bien con ellas acompañando a Lydia en la formación mientras aprendía cómo llevar una clase. Volví a acudir en una segunda ocasión y esta vez lo hice con la ropa adecuada, incluso pude realizar con Lydia algunos de los ejercicios en los que mi pierna no se vio resentida. Las niñas me miraban con verdadera adoración y me sentí henchida de felicidad. Me apetecía realmente iniciar ese nuevo camino y lo cierto era que, a pesar de la oscuridad que se cernía sobre la entrada de esa inesperada bifurcación en mi vida, intuía un verdadero mundo por descubrir tras los primeros y temerosos setos que tapaban la luz del final.

Sin embargo, a pesar de que me apetecía emprender esa nueva aventura, una parte de mí todavía se lamentaba por lo que un día deseó y no pudo ser. Mis manos se dirigieron hacia el cajón de la mesilla y sacaron del interior el pequeño sobre que desde hacía días aguardaba ahí. Desdoblé el papelito y volví a leerlo. De los puntos uno al siete apenas había podido cumplir con dos. Había bailado en Broadway y lo contaba porque en mi lista no había especificado que debería hacerlo como bailarina principal; por otro lado, también había aprendido otros estilos de baile. Lo que no había hecho todavía había sido encontrar a ese hombre especial con el que la palabra “danza” adquiriera un nuevo significado para mí. El tercer punto me produjo una sensación extraña. No había montado mi propia escuela de danza, ni siquiera me lo había planteado. Sin embargo, me gustó descubrir que, diez años atrás, la posibilidad de dar clases ya existía en alguna parte de mí. Sonreí.

No obstante, cuando llegué al octavo punto de mi lista, me detuve en seco y volví a leerlo un par de veces más.

«Me encantaría saber que a los treinta ya tendré piso propio, me habré prometido (¡o casado!) y que estaré probando diminutos vestidos a una pequeña bailarina con el pelo del color del carbón, que prometerá desestabilizar todo mi orden. Quiero una familia... Sí, quiero tener mi propia familia.»

A los treinta me imaginaba con mi propia familia. Respiré hondo y expulsé el aire con lentitud. Mi propia familia. ¿Cómo narices se suponía que iba a tener mi propia familia si ni siquiera tenía novio? Todavía compartía piso con mis amigas, ¿cómo iba a plantearme la opción de tener un bebé

cuando ni siquiera era una mujer independiente? Pero, ¿qué demonios hacía pensando en bebés?!

Mi pulso se agitó. Debía poner un poco de orden a todo ese repentino caos, así que empecé por el principio. ¿Quería tener hijos?

Me deslicé sobre la cama hasta apoyar la espalda contra la pared. Sí, claro que quería. Deseaba ser madre.

Perfecto, el primer punto estaba solucionado.

Entonces... ¿qué significaba eso? Si quería tener hijos debía comenzar a ponerle un poco de seriedad al asunto. No quería ser madre soltera. No tenía nada en contra de esa decisión sino todo lo contrario, admiraba a las mujeres que contaban con la valentía y el coraje suficientes como para emprender ese camino y convertirse en las mejores madres del mundo sin necesidad de más ayuda. Pero no era mi caso. Yo deseaba casarme. Lo que tenía muy claro era que no iba a hacerlo con el primero que pasara por la calle. Quería casarme con un hombre al que realmente amara, disfrutar de él y con él, viajar y al cabo de uno o dos años, quizá, tener nuestro primer hijo. Eso suponía... un año o dos de noviazgo, seis meses de preparativos para la boda, un año de feliz matrimonio y nueve meses de embarazo...

—¡Joder! —mascullé.

Al paso que iba, los cuarenta se acercarían peligrosamente antes de que pudiera darme cuenta. Y yo no quería tener mi primer hijo a los cuarenta.

Me puse muy nerviosa. ¿Qué demonios hacía pensando en niños cuando ni siquiera sabía qué era lo que quería de mí misma? Tenía veintinueve años, por el amor de Dios. ¡¡Veintinueve!! Aunque mis contactos de Facebook inundaran mi *timeline* con todas las fotos de sus bodas, de sus perros, de sus niños y de sus dichosos viajes.

¿Por qué yo no tenía nada de eso?

Dejé la lista sobre la mesilla y cogí mi teléfono móvil para jugar con él. Entonces, cuando creía que iba a volverme loca de un momento a otro, caí en la cuenta. Abrí la galería de imágenes y busqué las fotos que había hecho en el apartamento cuando fui a visitarlo. Todas ellas aparecían iluminadas

con un tono especial, casi tanto como el aroma a hogar que destilaban aquellas paredes. Las pasé una por una hasta que mi estómago comenzó a reaccionar inquieto y entonces, fue cuando me di cuenta.

No tenía una familia, no tenía un marido ni un novio, y mucho menos un bebé. Pero, si realmente lo deseaba, podía dar un paso en esa nueva dirección. Aunque me diera vértigo. Aunque no tuviera ni idea de cómo explicárselo a Elle.

Había aceptado un puesto como profesora y ahora tenía la oportunidad de cambiar también la otra parte más importante de mi vida, la que me afectaba de un modo distinto y la que suponía quizá el cambio más radical que hubiera dado jamás. Estaba a punto de dejar mi etapa joven e inmadura a un lado para abrirle las puertas a la mujer que llevaba dentro y que durante los últimos días, empujaba con fuerza.

Miré de nuevo la pantalla en la que una foto del salón resplandecía y supe que aquel era el mejor lugar para hacerlo. Así pues, sin pensarlo, abrí la aplicación de correo electrónico y escribí un correo para el propietario del apartamento, con copia para Michael Spencer. Respiré hondo y tras leerlo y comprobar que no había faltas en el texto, pulsé el botón de enviar.

Mierda. Acababa de hacerlo. Iba a mudarme.

Iba a dejar de vivir con las chicas.

Dejé el teléfono sobre la mesa tras unos minutos de incertidumbre y verdadero pavor y me dirigí hacia la cocina. Cogí una copa de cristal y una de las botellas de vino que habíamos vuelto a reponer. Maldita Elle y su puñetera adicción al vino barato. Pero no me importó demasiado, necesitaba distraer mi mente y necesitaba esa copa con verdadera desesperación por lo que el primer trago me supo a gloria. De pronto, como si hubiera salido de la nada, el estruendo de unos altavoces me sorprendió. Venía del piso de enfrente.

Hacía apenas dos meses que Mark y Adam se habían mudado al apartamento con el que compartíamos rellano. A lo largo de aquellas últimas

semanas, a pesar de que no habían dado demasiados problemas, nos habíamos acostumbrado a las habituales idas y venidas de distintas chicas, a las que habíamos espiado a través de la mirilla. Los chicos parecían tener un ritual único que seguían a rajatabla. Se detenían en el rellano, las miraban con ojos de cordero degollado y les dedicaban una de aquellas sonrisas contra las que veinte añitos de inexperiencia no podían luchar. Las chicas, abducidas por los visibles y provocadores efectos de estos, se dejaban hacer, hasta que la escena cambiaba por completo en apenas unos segundos. El chico se abalanzaba, unía sus labios y la besaba con desesperación y frenesí, haciéndolas sentir como las mujeres más especiales y deliciosas de la tierra. Al día siguiente, tras cualquier excusa, ellas desaparecían a hurtadillas, con el pelo revuelto y el maquillaje retocado, después de una noche de sexo que no sabrían si volverían a repetir. Hasta la fecha, llevábamos contadas veinticinco mujeres. Toda una proeza. Lorie había sido la veintiséis, solo que fue ella la que echó a Mark del apartamento y no al revés.

Me asomé a la ventana que había en la cocina y aparté la cortina para poder ver qué sucedía en el apartamento de enfrente. Se trataba nada menos que de una maldita fiesta universitaria. Suspiré y di un nuevo sorbo a mi copa. Desde ahí podía ver a un montón de jóvenes, chicos y chicas, con expresión de radiante felicidad. Todos llevaban en las manos un vaso rojo de aquellos que no podían faltar en ninguna fiesta que se preciara y quisiera considerarse como tal. El estruendo era cada vez mayor. Me dirigí hacia el recibidor y eché un vistazo por la mirilla, como buena vecina cotilla. Ni siquiera tenían la puerta cerrada, la habían dejado entreabierta para que los invitados pudieran ir pasando sin tener siquiera que esperar. Me di la vuelta y regresé hacia el salón. Busqué el teléfono móvil, lo desbloqueé y de pronto, mis manos comenzaron a temblar. Me habían respondido al correo. Lo abrí, consciente de que ni siquiera respiraba, y entonces lo leí.

«Buenas noches, señorita Vaus. Me alegra saber que se lo ha pensado y que ha tomado la decisión correcta. No se preocupe, el apartamento es suyo. Durante los próximos días le haré llegar al despacho la documentación necesaria para formalizar el contrato de alquiler. ¡Felicidades! Espero que sea feliz en su nuevo hogar. Reciba un cordial saludo, Neil Thomas».

—Mierda... ¡mierda! ¿Qué he hecho?

Por un lado me sentía eufórica y deseaba gritar a los cuatro vientos que iba a mudarme al apartamento de mis sueños, ¡mi propio apartamento! Sin embargo, por otro lado, sentía la imperante necesidad de ver a las chicas, de abrazarlas y de consumir cada minuto que todavía me quedaba por disfrutar con ellas antes de que nuestra vida cambiara para siempre.

Con el corazón repiqueteando contra las paredes de mi pecho y la respiración agitada por la excitación, volví a mirar la pantalla de mi teléfono y busqué algún tipo de señal de las chicas. Pero no había ni rastro de ellas. ¿Dónde se habrían metido? No lo pensé más. Marqué de memoria el número de Elle y esperé a que lo cogiera.

—Dime —respondió apresurada después del sexto tono.

—Es viernes... ¿llegarás muy tarde a casa? —dije, tratando de disimular y esconder mis sentimientos.

—¡La pizza! Lo siento, Sarah, iba a enviarte un mensaje pero se me fue la cabeza. He salido a cenar con Olly.

No me molestó que no hubiera avisado de que no vendría a cenar. Pero la necesitaba. Necesitaba a mis amigas y necesitaba dejar de pensar por una noche en todo lo que estaba a punto de derribar mi pequeño mundo y que se concentraba en el centro de mi rodilla y de mi pecho. Eran demasiadas emociones en una sola noche. Mis sueños, mis miedos, mis deseos y todos los cambios que estos habían provocado.

—¿Qué me dices si te propongo ir a una fiesta universitaria? —pregunté, ahora segura de que nada me apetecía más que colarme en la fiesta de enfrente y disfrutar como si no tuviera que preocuparme de nada más.

La conocía demasiado bien y Elle no era de las que se resistía fácilmente a una fiesta si el cuerpo se lo pedía. Pero tardó más de la cuenta en contestar y aquello me desconcertó. Al final, se oyó un movimiento rápido y de repente el vacío, como si hubiera tapado el auricular de su teléfono. Pasados unos segundos, regresó.

—¿Puede venir Olly?

—Claro.

—Danos la dirección entonces.

—La tenemos en la puerta de enfrente. Nuestros queridos vecinos han montado una fiesta por todo lo alto —respondí, comenzando a sentir el cosquilleo nervioso.

—¿Nos han invitado?

—¿Acaso les invitamos a la nuestra?

—Sarah... —No quise dejarla ejercer de voz de la consciencia. No esa noche.

—Lo necesito, Elle. Yo me hago cargo...

—De acuerdo. Ahora iremos. Nos vemos en casa.

—¡Aquí os espero!

Colgué con la pueril sensación de haber cometido una travesura. ¿Qué narices me pasaba? ¿En qué estaba pensando? Sin embargo, estaba decidida a no echarme atrás. Marqué el teléfono de Lorie y este sonó hasta cortarse la comunicación. Debía de haber salido a tomar algo. Dejé la copa vacía sobre la mesa y me dirigí hacia la cocina. Volví a echar un vistazo por la ventana y me fijé en cómo estos iban vestidos. Decidida, me encaminé hacia el dormitorio y escogí un modelo casual: unos tejanos ajustados y una blusa negra con sinuosas transparencias, más elegante que obscena, que en ningún momento dejaba entrever nada. Jamás lo había soportado.

Me encerré en el baño, me solté el pelo y lo amasé con los dedos. Cogí el secador y con el cepillo repasé algunas ondas para darles más cuerpo. Un poco de laca fijadora y perfecto. El maquillaje, como siempre, sutil, evocador y sobre todo, natural.

CAPÍTULO 13

Elle.

Sonreí extasiada y me abrí paso entre el gentío para adentrarme en el establecimiento con Olly siguiéndome a mis espaldas. Estaba abarrotado. Conseguimos hacernos hueco hasta llegar a la barra y una vez allí, uno de los chicos que había al otro lado, ataviado con un delantal negro y el logotipo de la pizzería estampado en él, nos saludó con la frente perlada en sudor. Olly se me adelantó y se inclinó sobre la barra para poder hablar con él.

—Buenas noches, teníamos reserva para dos.

—¿A qué nombre?

—Olliver Gladstone.

El chico sacó una libreta grande con las tapas rígidas y negras y buscó entre la lista de las reservas de la noche.

—Aquí está. Perfecto, chicos. Pasad al fondo y girad a la derecha.

Seguimos las instrucciones y él hizo lo mismo por el interior de la barra, hasta que nuestros caminos se encontraron. Salió por unas puertecitas de madera y nos guio hasta nuestra mesa, situada en una esquina y en la que reposaba un pequeño cartel en el que podía leerse “Reservado”.

—Muy amable —agradeció Olly.

Me saqué el abrigo y el bolso, los dejé sobre el banquito de madera junto con el casco y a continuación me senté yo. Olly hizo exactamente lo mismo en el de enfrente y mientras tomábamos asiento, el chico nos fue dejando las cartas sobre los platos para que pudiéramos echarle un vistazo mientras él seguía tomando nota de otras mesas y atendía a los clientes que iban terminando.

Abrí la mía y me escondí literalmente tras ella. Era enorme y había tantas cosas que decidirse por una sola iba a resultar una tarea imposible.

—¿Cuál es la especialidad de la casa? —pregunté a Olly sin apartar la

vista de la carta.

Tardó unos instantes en responder.

—Creo que no tienen una especialidad sino que cada día ofertan unas pizzas en concreto. Mira, fíjate ahí —dijo, esta vez señalando la esquina inferior de mi carta—, hoy el reclamo es la *Lombardi's* y la *White pizza*.

—¿Qué es lo que tiene de especial la *White Pizza*? —pregunté mientras buscaba los ingredientes en la carta.

—Dirás mejor qué es lo que no tiene... Es una pizza sin salsa de tomate.

—¿Qué? ¡¿Pero qué clase de broma es esa?!

Olly se echó a reír ante mi más que evidente frustración.

—Me niego a probarla. Una pizza debe tener salsa de tomate. Es cuestión de... principios.

A cada minuto que pasaba mi cuerpo iba entrando en calor. La temperatura era agradable y los hornos contribuían a que esta se mantuviera. Eché un breve vistazo a mi alrededor. Las paredes eran de ladrillo y madera y el rojo continuaba siendo el color predominante. En ellas había colgados muchísimos cuadros. Todas las mesas estaban ocupadas. Sobre ellas, el típico mantel de cuadros rojos y blancos y en todas, los comensales disfrutaban de unas pizzas con una pinta increíble. Mi estómago rugió inquieto.

—¿Sabes ya lo que quieres? —me preguntó.

—No... —respondí con una expresión aniñada. En realidad las quería probar todas. Me mordí el labio inferior indecisa y luego bufé.

—Oye, y si escoges dos, las que tú quieras, ¿y nos las partimos?

Abrí los ojos presa de la emoción.

—¿Y tú? ¿No quieres ninguna en especial? —respondí, sin querer privarle de cenar lo que deseara.

—Me gustan todas, así que me da lo mismo una que otra. Vamos, escoge dos.

Me removí inquieta y volví a centrarme en la carta.

—¿Saben ya lo que van a querer tomar? —preguntó entonces el camarero, que acababa de regresar.

—¿Elle?

—Sí. Vale... Esto... —dudé unos instantes más y al final decidí—. Una *Buddy's Cake Boss Special* y una *Clam Pie*.

—Sabrosa elección —respondió, anotando el pedido en la libreta.

—¿Y para beber?

—Yo una Coca-cola light.

—¿Light? —repitió Olly en tono burlón.

—Sí, light, ¿pasa algo?

—No... nada —prosiguió, ahogando una carcajada—. A mí tráigame una cerveza, por favor.

—De acuerdo.

Antes de desaparecer del todo, se acercó a la barra y cogió un pequeño cestito lleno de *focaccias* de diferentes tipos para ir abriendo el apetito. Cogí una que llevaba orégano y cebolla y me la llevé a la boca. Sabía realmente deliciosa.

El camarero regresó, trajo sendas bebidas, las dejó sobre la mesa y desapareció igual de deprisa que había llegado.

—¿Y bien? —pregunté tras darle un segundo bocado a aquella especie de coca que sabía como debían de hacerlo las nubes.

—Y bien, ¿qué? —preguntó él, cogiendo otro trocito del cesto.

—¿Cómo te va en el cine?

—Pues... —Se inclinó hacia delante y apoyó ambos codos sobre la mesa, mientras que con una de las manos sostenía el trozo de *focaccia*—. A veces bien... y a veces te odio.

—¿A mí?!

—Sí, a ti —añadió, justo antes de meterse en la boca el trozo que todavía sostenía entre los dedos.

—¿Y yo qué te he hecho? —Cogí otro trozo, esta vez con pimienta roja y aceitunas negras.

—A mí nada, pero a James lo has jodido muy bien —prosiguió y esta vez lo hizo con una sonrisa maliciosa—. Y no sabes cuánto me alegro.

Enarqué una ceja y sonreí satisfecha de haber supuesto un verdadero problema para ese imbécil. Se lo tenía más que merecido.

—¿Lo está pagando contigo?

—En realidad lo está pagando con todos. Tiene un humor de perros y todo son quejas, insultos y problemas. A este paso no va a quedar ni un solo empleado.

Le escuché mientras degustaba a pequeños bocados la fina porción. En parte me sentía bien por haber hecho lo correcto, pero me sabía fatal que ahora fuera Olly el que se viera obligado a soportar semejantes sandeces y desplantes. Era un buen trabajador y no se lo merecía.

—¿Te has planteado dejarlo tú también? —inquirí.

—Sí... Hace tiempo que lo hago. Pero todavía no ha llegado mi momento.

—¿Qué harás entonces?

Elevó la mirada, entornó los ojos y tensó los labios en una sonrisa.

—No voy a caer tan fácilmente.

—¡Oh, vamos! ¡¡Dímelo ya!! ¿En qué trabajas cuando no estás en el cine? Te juro que esta vez no me olvidaré.

Jugueteó con la lengua, tensó la mandíbula y a mí se me secaron los labios. Cogí la botella de Coca-cola, vertí el contenido en el vaso y le di un largo trago. Olly aprovechó ese momento, se inclinó sobre la mesa y acercó el rostro hacía mí. Volví a darle otro trago puesto que mi garganta parecía no

haberse hidratado suficiente con el primero.

—Sigue probando, pelirroja.

Dejé el vaso pasados unos segundos y fui a coger otra porción de *focaccia* cuando el camarero se acercó con las dos pizzas, una en cada mano. Las colocó con cuidado frente a nosotros y desapareció de nuevo tras asegurarse que no deseábamos nada más por el momento.

—¿Sabes...? —comencé, deslizando el cortador de pizza por la misma, separando las diferentes porciones—. Hablé con los de *Marshall Brothers*.

—¿Te han ofrecido algo mejor?

—No... Por lo visto no tienen ningún puesto para mí. Así que continuó con un simple contrato de prácticas.

Olly cogió la jarra de cerveza y le dio un lento trago sin que sus ojos me perdieran de vista. Mientras tanto, yo me dediqué a jugar con la servilleta.

—Apenas llevas unos días lejos del cine. Yo no me preocuparía todavía.

—Eso díselo a mis facturas.

—Tus facturas son como todas las facturas. Papeles. Nada más.

—Pues esos papeles se encargan de vaciar cada mes mi cuenta corriente.

—Como la de cualquier ciudadano —respondió igual de resuelto.

Permanecí en silencio antes de llevarme el primer pedazo de pizza a la boca. La saboreé con cuidado y cerré los ojos antes de gemir silenciosamente. Cuando los abrí de nuevo me di de frente con los de Olly, que me observaba con una expresión muy parecida a la que había mostrado un rato atrás en el salón, cuando decidí jugar con fuego durante unos minutos. Le brillaban los ojos y vi cómo su nuez subía y bajaba por su garganta en completo silencio, sin haberse llevado antes nada a la boca. Esa mirada... Me estremecí un segundo y volví a concentrarme en la pizza, obligándome a dominar mis pensamientos.

Sin embargo, aunque Olly hubiera dejado de contemplarme y ahora toda

su atención estuviera puesta en la pizza, no podía apartar su mirada de mi cabeza. Me gustaba provocarla, me hacía sentir... deseable. Y estaba segura de que no podía considerarse demasiado correcto sentirte bien al despertar el deseo de tu mejor amigo. Era una verdad mundialmente conocida.

El teléfono comenzó a sonar en el interior de mi bolso pero decidí dejarlo pasar. No obstante, el pitido no cesó y al final, lo cogí.

—Dime —respondí apresurada justo cuando pensé que ya se iba a cortar la llamada. Dejé la porción de pizza en el plato y me sequé los labios con la servilleta.

—¿Llegarás muy tarde a casa? —Era Sarah.

Joder... el mensaje. Se me había olvidado por completo escribirles para advertirles de que no cenaría con ellas.

—Lo siento, Sarah, iba a enviarte un mensaje pero se me ha ido la cabeza por completo. He salido a cenar con Olly —me disculpé.

Esperaba que no le molestara mi descuido pero era cierto, se me había ido el santo al cielo. El plan de Olly me apetecía realmente y me había dejado llevar. Quizá demasiado incluso. Por suerte, a Sarah no solían importarle mis más que habituales descuidos. Sin embargo, algo en su voz me llamó la atención. No sabría decir si fue el tono o quizá la desesperación que esta mostraba... Pero había algo distinto en ella, de eso no había duda.

—¿Qué me dices si te propongo ir a una fiesta universitaria?

Abrí los ojos sorprendida y Olly me contempló todavía más desconcertado. Sarah no era de las que solían pedir salir de fiesta y cuando lo hacía, algo pasaba. Lorie y yo éramos las que solíamos organizar siempre todos los planes que incluían una noche, desenfreno y alcohol. Ella, sencillamente se dejaba llevar. Fue entonces cuando confirmé que, efectivamente, algo le sucedía. Pensé rápido. No quería dejar tirado a Olly. Entonces, tapé el auricular del teléfono y me dirigí a él.

—¿Te apetece ir a una fiesta universitaria?

—¿Ahora? ¿Lo dices en serio? —respondió, con la duda reflejada en el

rostro.

—Sip.

—Hace años que no voy a una de esas.

—Ya... Yo tampoco —respondí divertida.

—¿No le importará a Sarah? Quizá necesita una noche de chicas...

—Espera.

Volví a destapar el auricular y esta vez me dirigí hacia mi amiga.

—¿Puede venir Olly?

—Claro.

Le hice un movimiento con la cabeza en señal de que no había ningún inconveniente y él asintió, con una expresión tan sorprendida como debía de serlo la mía.

—Danos la dirección entonces.

—La tenemos en la puerta de enfrente. Nuestros queridos vecinos han montado una fiesta por todo lo alto.

—¿Nos han invitado? —Ahora sí que no podía dar crédito a lo que oía. Pretendía colarse en una fiesta en la que no había sido invitada.

—¿Acaso les invitamos a la nuestra?

—Sarah... —Sabía que algo le sucedía y no quería que cometiera ninguna estupidez. Ella no era así.

—Lo necesito, Elle. Yo me hago cargo...

—De acuerdo. Ahora iremos. Nos vemos en casa.

—¡Os espero!

Colgué el teléfono y lo guardé de nuevo en el bolso.

—No me mires así... Te aseguro que estoy tan sorprendida como tú.

Nos despedimos del camarero y nos pusimos de nuevo los abrigos para después atravesar con dificultades el establecimiento, ahora mucho más lleno todavía.

Nos dirigimos hacia la calle en la que había dejado la moto y me coloqué el casco mientras él subía y encendía el motor. Una vez más la hizo rugir. La temperatura a esas horas era realmente baja. Me hizo un gesto con la cabeza cuando estuvo preparado y monté tras él. El vehículo comenzó a moverse y mis manos buscaron sus bolsillos, esta vez sin pedir permiso, donde las escondí antes de aferrarme a él.

CAPÍTULO 14

Sarah

La puerta de entrada se cerró justo cuando yo también salía del baño. Elle apareció con Olliver a sus espaldas, que la seguía con aquel aura de calma que siempre parecía orbitar a su alrededor.

—¡Hola, chicos!

La mirada de Elle no me pasó desapercibida. Era como si tratara de adentrarse en mi interior. Pero no iba a permitirselo. Lo único que necesitaba era evadirme.

—¿Podrías explicarme cómo has llegado a la brillante idea de colarte en una fiesta universitaria?

Elle dejó el bolso sobre la mesa y la bufanda en el respaldo de la silla.

—¿Por qué no? La puerta está abierta...

—¿Esa es la única explicación que se te ocurre?

—Vamos, Elle. Sabes que en ese tipo de fiestas no es necesaria una invitación.

—¿Vendrá Lorie?

—No contesta a las llamadas.

—Déjale un mensaje por si llega tarde y quiere unirse.

Cogí el teléfono de nuevo e hice lo propio. Si volvía antes de que hubiéramos regresado nosotras, ahí nos encontraría. Elle y Olliver se metieron en la cocina. Joder, tenía que preguntarle qué perfume usaba. De pronto, ella asomó la cabeza y me miró con expresión extraña.

—¿Te has terminado el vino?

Sonreí sin más, declarándome culpable de todos los cargos. Los dos regresaron.

—Bueno, ¿vamos?

Aplaudí feliz y no pude evitar mostrar una expresión de júbilo inesperado. Los efectos del vino comenzaban a hacerse evidentes y eso era lo único que necesitaba.

Di un par de pasos y gané confianza cuando el tercero tampoco me dolió. Las pastillas para el dolor de la rodilla estaban funcionando bien. Elle me siguió y tras ella, Olliver hizo lo mismo. Cerramos la puerta de un solo portazo y nos dirigimos hacia la que había justo enfrente, que seguía abierta. Me giré hacia mi amiga y di un saltito nerviosa. Elle me cogió de las manos y sonrió divertida.

—¿Qué te pasa?

—¡Hace años que no íbamos a una de estas!

—¿Y eso no te da una ligera pista de qué es lo que vamos a encontrar ahí dentro?

No quise hacerle caso. Fuera lo que fuese, aquello era lo único que necesitaba esa noche. Di media vuelta y salvé la poca distancia que nos separaba del otro apartamento. Empujé la puerta con la mano y eché un vistazo antes de dar un paso más. La imagen que nos recibió podría corresponder perfectamente a la de cualquier película. Justo en la entrada, un chico devoraba los labios de una chica a la que seguramente debía de sacar algunos años. A su lado, unos chicos con camisetas de la Universidad de Brooklyn reían a carcajadas, casi al borde de las lágrimas. Otros más allá hablaban a gritos entre ellos para poder hacerse entender por encima del elevado volumen que salía de los altavoces. Fuimos adentrándonos y sentí que el ritmo se contagiaba en mis pies y también en mis caderas, que comenzaron a seguirlo sin que yo les hubiera dado previamente la orden de hacerlo. Miraras a donde quisieras mirar, estaba repleto de jóvenes. Todos tan distintos y sin embargo, con un único denominador común: en todas las manos podías encontrar uno de aquellos vasos rojos de plástico.

Justo reparaba en ese detalle cuando alguien se interpuso en mi camino, cortándolo en seco. Topé con un pecho cultivado por horas y horas de ejercicio. Estaba segura de que ese debía de ser por lo menos el capitán del

equipo de alguna de las especialidades deportivas de la universidad en cuestión. Tuve que dar un paso para atrás para poder elevar la cabeza y tratar de descubrirle el rostro a ese tipo que prometía ofrecerme un rato de diversión. Adopté una postura rígida y elevé la mirada con la firme intención de impresionarle. Sin embargo, fui yo la que sufrió una pequeña conmoción ante el descubrimiento. Adam aguardaba ante mí, expectante y sonriente. Como muchos de los ahí presentes, llevaba puesta una camiseta de la misma universidad y lucía unos tejanos, mucho más caídos de lo que a mi edad podía considerarse correcto. Sus brazos, tan musculosos y fibrosos como su pecho, te invitaban a perderte en ellos.

—Hombre, vecinita... Por fin te presentas en busca de mis modales —dijo con voz ronca y especial énfasis, además de aquella sonrisa con la que conseguía encandilar a todas aquellas jovencitas de las que tantas veces nos habíamos reído nosotras. Y ahora eran mis rodillas las que temblaban más de lo debido. Maldita testosterona universitaria.

Tenía dos opciones: seguirle el juego o rendirme y ser una más. Y no estaba dispuesta a dejarme mangonear por un crío al que seguramente tendría que enseñar a hacerse la colada.

—Podrías hacer uso de ellos y ofrecerme uno de esos... ¿no?

Señalé su vaso con un movimiento de cabeza. Se pasó la lengua sobre la dentadura y su sonrisa se pronunció más aún, amenazante y tentadora.

—¿No eres muy mayor para este tipo de fiestas? —dijo, dando de lleno en un punto débil.

—No pareció importarte demasiado mi edad la noche en la que os colasteis en nuestra casa —respondí, esta vez consciente de que había ganado yo.

Se agachó y acercó su rostro al mío mucho más de lo que habría podido esperar, hasta detenerse cuando se encontraba apenas a unos centímetros de distancia. Su mirada me atrapó y fruncí el ceño para evitar que una sonrisa se me escapara.

—*Touché* —dijo tan cerca que su aliento me acarició.

Tras unos segundos volvió a separarse y respiré de nuevo cuando el espacio entre nosotros me lo permitió.

—¿Entonces?

—Oh... No va a resultarte tan fácil, preciosa.

Su forma de decirlo casi me robó una carcajada. En sus labios sonaba tan pueril y adolescente, tan desgastado que no pude evitar pensar en cómo, aun con el paso de los años, las nuevas generaciones seguían cayendo rendidas ante tipos como el que ahora tenía delante. Iba a dejarle continuar con aquella pantomima, aunque solo fuera por ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Claro... me lo temía —respondí, tratando de poner la voz más sexy que fui capaz de fingir.

Vi un destello de luz en su mirada, tal vez sorprendido por mi respuesta, y me sentí satisfecha por ello.

—Todo tiene un precio en esta vida.

—Por supuesto —respondí, dando un paso al frente. De pronto me sentía resuelta, embebida de poder y embriagada de emoción. Necesitaba volver atrás en el tiempo, cuando unos ojos como esos podían hacer que todo el resto desapareciera y lo único importante fuera convertir esa noche en única—. Tú dirás... estoy esperando descubrir si puedo pagar ese precio o no —añadí, mucho más seductora todavía.

Un burbujeo inquieto se intensificó en mi interior. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había tonteado tan abiertamente con un chico? Para mi estómago, por lo visto, mucho más de la cuenta.

—Como sabes —prosiguió lentamente, como si pretendiera arrastrar las palabras. Sin que ninguno de los dos nos hubiéramos dado cuenta, un corrillo de gente comenzó a rodearnos, prestando cada vez más atención al anfitrión, que parecía más interesado en esa conversación que en sus propios invitados—, esto es una fiesta universitaria... Y a los universitarios no nos gusta la gente mayor.

—¡¡Oooooohhhhhh!! —estallaron al unísono todos los que habían

presenciado la escena, apoyando el supuesto golpe que el rubio acababa de asestarme, lo que provocó a su vez que todavía más gente comenzara a prestarnos atención.

Alguien se abrió paso a mis espaldas hasta que sentí su presencia justo a mi lado. Era Elle, con algunos mechones sueltos, que adoptó la misma postura que yo mantenía. Me tocaba a mí responder a su provocación. Me giré hacia ella, que también llevaba uno de aquellos vasos rojos en las manos, se lo cogí y me lo bebí de un trago sin pensar en nada más que en lo mucho que me estaba divirtiendo. Todos comenzaron a aplaudir en señal de aprobación. Acababa de ganarme a la mitad del público.

—Sin embargo, os pavoneáis cada vez que conseguís colaros bajo la falda de una que supere los treinta.

Los gritos se intensificaron, esta vez en mi favor.

—Bien jugado —respondió—. Pero todavía no me has dicho por qué debería dejar que os quedéis en esta fiesta.

—Puedes echarnos, si quieres... Al fin y al cabo, es una lástima que en la Universidad de Brooklyn no tengan ni idea de lo que es realmente una fiesta.

—¿Eso crees? Entonces, dime, ¿dónde se supone que te enseñan lo que es una verdadera fiesta?

Di un paso al frente y me encaré a él. Nos separaban unos pocos centímetros.

—Harvard —murmuré muy cerca de sus labios. Esta vez cogí el vaso de sus manos, en el que apenas quedaba más que un trago, lo llevé hacia mi boca y me lo bebí.

De nuevo, todos comenzaron a vitorear, a silbar y a abuchear a partes iguales. Había sido arriesgado por mi parte, un golpe directo y certero puesto que la mayoría de los asistentes debían de ser alumnos de la misma universidad a la que acababa de desprestigiar. Ya no podía borrar la sonrisa de mi rostro ni tampoco el intenso cosquilleo que recorría mi estómago y se esparcía por todo mi cuerpo. El ambiente se caldeaba por momentos.

Me fijé en Elle y vi la aventura en su mirada. Irradiaba un brillo muy peculiar. Se había contagiado del ambiente del mismo modo en que yo también lo había hecho. Habíamos vuelto atrás en el tiempo, solo que con mucha más experiencia a nuestras espaldas, más locuras y por supuesto, menos sentido del ridículo. Eché un ligero vistazo a nuestro alrededor, donde cada vez había más cabezas. Adam se irguió orgulloso, seguro de que él ganaría lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros. Levantó la mano y al momento, sin necesidad de añadir nada más, algunos de los asistentes se separaron e hicieron paso. Dos chicos se acercaron con un taburete de madera y un vaso lleno hasta arriba de cerveza. Instalaron el taburete justo en medio del círculo y Adam quedó justo frente a nosotras, al otro lado del mismo. Le observé con atención a la espera de una indicación aunque conocía a la absoluta perfección lo que aquello significaba.

—Da un par de pasos hacia atrás —dijo—. A la señal, el primero que coja el vaso, gana. Podrá decidir entre beberse el contenido y escoger el juego de desempate o bien, obligará al otro a bebérselo y por lo tanto, será el otro quien decida el siguiente juego. ¿Qué me dices, preciosa?

Su voz me arañó y todo mi cuerpo reaccionó al instante. La adrenalina me recorría la sangre. Al final, obedecí, sin añadir nada más. Di un par de pasos y me coloqué a la misma distancia que él respecto del taburete, que ahora quedaba entre los dos. Elle se echó a un lado. La miré y sonreí. Siempre era ella la que se sometía al reto porque era la más rápida pero cuando eras invitado directamente a participar, no podías negarte a ello. Eran las reglas del juego. Me hizo un gesto de apoyo con la cabeza y se lo agradecí con una sonrisa. Volví a mirar al portento de dorada melena e hice un ligero movimiento en señal de acuerdo, al que él respondió de igual modo. A nuestro alrededor, los gritos comenzaron la cuenta atrás con fuerza y al unísono.

—¡Tres...! ¡Dos....! ¡Uno...! ¡Ya!

Di un par de rápidas zancadas y ni siquiera me inmuté cuando sentí un ligero pinchazo en la rodilla. Pero él fue más rápido y se hizo con el vaso justo cuando mis dedos iban a aferrarse al mismo. Fue su muñeca lo que asieron. Sin soltarle, seguí cogida a su brazo mientras observaba con rabia

cómo lo levantaba para llevárselo hacia los labios. No obstante, justo cuando estos iban a acogerlo, una sonrisa endiablada le cruzó el rostro. Me di cuenta entonces de cuán cerca llegábamos a estar en realidad. Vi el afilado acabado de sus colmillos y me fijé en lo largas que eran sus rubias pestañas. ¿Es que habían sacado a ese chico del puñetero catálogo de *Calvin Klein*?

—Voy a concederte una ligera ventaja... —fanfarroneó, demasiado cerca de mi oído, o por lo menos lo suficiente como para erizarme el vello de la nuca—. Pero tendrás que pagar un pequeño precio.

En ese momento, el muy descarado me lanzó un beso con los labios. Se la iba a devolver. Si algo había aprendido en la universidad era que nunca podías desvelar tu estrategia antes de tiempo. Cuanto más delicada parecieras, mayor sería la ventaja.

Sin despegar mi mano de su brazo la deslicé lentamente, acariciando su piel, consciente de la elevada temperatura que esta irradiaba y del efecto que mi caricia provocaba en él. Llegué a su mano, coloqué la mía encima y la guié hacia mis labios. Tumbé el vaso, lo elevé y me bebí el contenido entero. El estruendo fue atronador. Los gritos y aplausos nos ensordecieron por unos instantes. Todavía con su pecho rozando la parte alta de mi brazo, ladeé la cabeza con elegancia y le guiñé un ojo antes de separarme de él. Alcé los brazos en señal de victoria, Ello corrió hacia mí y me abrazó con fuerza sin dejar de sonreír. Mis ojos captaron entre el gentío a Olliver, que reía a carcajadas y silbaba fuerte con los dedos puestos en los labios. Cuando Ello me soltó, me giré de nuevo hacia el supuesto modelo de Brooklyn y me permití pavonearme sutilmente durante unos segundos. Él se llevó las manos a la cintura y frunció los labios, conteniendo una sonrisa demasiado reveladora. Di un paso adelante y me aproximé a él. El volumen de los gritos comenzó a cesar. Era mi turno y todos querían conocer la elección del juego con el que íbamos a batirnos en duelo. Aunque todavía no sabía qué era lo que ganaría el que saliera victorioso.

—Tú dirás, preciosa —aseveró, haciendo especial hincapié en ese término que había descubierto a la perfección cuánto llegaba a molestarme.

—¿Sabes? —dije, consciente de que tenía toda la atención puesta en mí. Los efectos del alcohol eran cada vez más fuertes y tenía que hacer notables

esfuerzos por seguir manteniendo la compostura. Me sentía más resuelta, descarada y atrevida, aunque también se me había ralentizado la capacidad de razonar y de juntar palabras—. Puedes escoger tú mismo.

Todos los presentes volvieron a responder a la provocación, lo cual, me robó una nueva sonrisa, pero no aparté ni un solo instante mis ojos de los suyos.

—Tú lo has querido... —dio un paso al frente—. Strip... —otro paso más—. Beer... —Y uno más—. Pong.

Permanecí impertérrita ante la decisión, aunque en mi fuero interno comencé a dar brincos y volteretas a causa de la emoción. Elle tampoco me delató, pero siempre se me había dado bien aquel juego. Demasiado bien, de hecho.

Todos los presentes comenzaron a moverse y en un momento, despejaron la mesa del salón, lo suficientemente amplia como para convertirla en pista de juego. Di un primer paso hacia ahí y sentí que me tambaleaba ligeramente. Las manos de Elle se posaron sobre mis brazos.

—¿Estás bien? —preguntó junto a mi oído para que nadie más pudiera oírnos, aunque con el jaleo que había a nuestro alrededor hubiera resultado verdaderamente difícil.

—Sí...

Vale que la temperatura de mi cuerpo hubiera ascendido de forma notable y que sentía las mejillas incendiadas. Vale que todo me pareciera un poco difuso y que tuviera que prestar cada vez más atención para mantener el equilibrio. Pero me sentía bien, mucho más de lo que lo había estado en los últimos días.

Respiré profundo y me dirigí con paso firme hacia la mesa en cuestión. Habían creado una red con una bufanda y a cada lado habían depositado algunas filas de vasos. Los llenaron de cerveza hasta la mitad. Observé a mi contrincante, preparado justo en el lado opuesto, que tampoco dejaba de mirarme. Las reglas eran sencillas. Debías tirar la bola, hacerla rebotar en el campo contrario y si esta caía en el interior de un vaso, tu contrincante se lo

bebía. Si caía fuera, bebías tú... y te sacabas una prenda. El primero que se quedaba sin vasos o sin ropa, perdía. Desde el momento en el que se proponía la partida ya no podías coger más ropa de la que llevaras puesta en ese preciso instante, por lo que ni siquiera me molesté en ponerme un jersey o enrollarme alguna bufanda al cuello.

—¿Preparada? —murmuró, con más deseo en la voz del que tenía depositado en el juego.

Una vez más, el corro se había creado a nuestro alrededor. Me puse en posición de defensa y estiré un momento los hombros. Elevé la mirada por encima del campo, busqué la suya y le invité a tirar primero.

Sonrió por última vez, volvió a lanzarme un beso desde la distancia con todo su descaro y se concentró unos instantes antes de tirar.

La bola fue rápida, rebotó y se coló en el interior de un vaso. Los invitados comenzaron a gritar y aplaudir. Llevé las manos hacia el vaso, introduje los dedos para sacar la bola y a continuación, me bebí el contenido. Más aplausos. Arrugué el vaso y lo tiré a un lado, con la puntería precisa como para colarlo en el interior del cubo que instantes antes había descubierto. Aquello fue suficiente como para volver a hacer que los presentes estallaran jubilosos. El ambiente estaba cada vez más caldeado. Olliver y Elle seguían mis movimientos muy cerca de mí y sus gritos de apoyo no cesaban. Ella era la única que conocía mi estrategia, el truco que siempre me había valido la victoria. La miré y le guiñé un ojo, a lo que ella respondió de igual modo. Qué fácil era entenderte con las amigas. Qué fácil resultaba todo a su lado.

Me concentré de nuevo en el tablero de juego. Cogí la bola y apunté durante unos instantes. De pronto, mi visión se difuminó. Todo a mi alrededor comenzó a ralentizarse, como si en mi interior hubieran instalado un dispositivo capaz de convertir lo que mis ojos veían en una secuencia de cámara lenta. Bostecé sin poder evitarlo y traté de enfocar la mirada en mi objetivo, debía concentrarme. Tras unos instantes, lancé la bola.

Fallé.

Todos comenzaron a gritar conscientes de lo que eso significaba, puesto

que la presencia masculina era predominante esa noche. Pero no me preocupaba, estaba todo planeado. Me agarré con una mano al borde de la mesa, levanté una pierna y me deshice de una de las botas entre todo el barullo de gritos que pedían algo más atrevido. A continuación la dejé a un lado, cogí uno de los vasos y me lo bebí. Cuando volví a enfocar la mirada tuve la sensación de que no podía hacerlo. Me costaba distinguir el rostro de mi contrincante, que ahora me parecía una mancha que aguardaba expectante frente a mí. No entendía qué me estaba pasando pero tenía la sensación de que mi cuerpo, de algún modo, me abandonaba. O tal vez solo fuera una parte de mi voluntad. Apoyé ambas manos en la mesa e hice fuerza con los dedos asegurando mi equilibrio al máximo. Fijé la vista al frente. Era su turno y aunque yo apenas lograba distinguir sus manos, traté de disimular.

El rebote fue tan rápido que ni siquiera pude verlo. Lo intuí por el estallido de gritos que me llegó de forma envolvente. Bajé la cabeza con letargo y busqué el vaso con la bola. Me costó más de la cuenta pero al final, di con ella. La cogí, la saqué y cogí el vaso. El pulso comenzó a temblarme y tuve que coger aire antes de poder beberme la cerveza. Percibí entonces la presencia de Elle muy cerca de mí. Elevé la mirada y traté de enfocar su rostro. Sabía que era ella, la mancha rojiza me permitía reconocer el color de su pelo. Sin embargo, a pesar de la proximidad, me resultaba imposible distinguir del todo sus facciones. Eran difusas, como si necesitara con urgencia unas gafas que me permitieran ver el mundo de nuevo.

—¿Estás bien...? —susurró bajito, con una de sus manos en mi brazo.

Afirmé con un gesto, consciente de que no iba a creerme.

—Sarah, déjalo. No tienes que demostrar nada. Volvamos a casa.

—No.

Sentía el nerviosismo a mi alrededor. Todos aguardaban expectantes al siguiente movimiento.

—Sarah... te estás pasando esta noche con la bebida. Déjame jugar por ti o volvamos a casa.

—Estoy bien, ¡¿vale?!

Supé sin necesidad de verla que Elle me dedicó una mueca de fastidio. Arrugó el ceño y me miró con severidad. Lo supe, lo intuí y pude percibirlo con absoluta perfección. Pero no me importó demasiado. Por lo menos no aquella noche.

Frente a sus ojos, desafiante, alcé la mano en la que todavía sostenía la cerveza, la llevé hacia mis labios, y me la bebí del tirón. Todos volvieron a gritar y aplaudir y ella aprovechó ese momento para regresar junto a Olliver. Me giré hacia la mesa y de nuevo, tuve que apoyarme y aferrarme al borde de la misma, esta vez todavía más fuerte. Si antes era capaz de distinguir las manchas, unas de otras, ahora todo se tornó una capa homogénea frente a mis ojos. Incluso el ruido se alejaba, como si fuera silenciándose. Aunque no estaba segura de que eso estuviera sucediendo en realidad, o tal vez sí. Quizás esperaban con tantas ganas el próximo lanzamiento que ni siquiera eran capaces de proferir en gritos. Tenía sentido. Busqué la bola con la mano. Una mota blanca sobre la mancha marrón que continuaba siendo la mesa. La sostuve con fuerza en el interior de mi mano y regresé a mi único punto de equilibrio. Respiré hondo y se hizo el silencio. De repente, mi pulso comenzó a acelerarse mientras usaba todas mis fuerzas para mantenerme despierta. Pero el sueño me vencía o quizá lo hacía aquella extraña sensación de sopor que luchaba por poseerme. Era una sensación de abducción. Las manchas entonces se tornaron oscuras. Y entonces, muy lentamente, perdí el equilibrio.

CAPÍTULO 15

Elle.

La vi caer tan rápido que no me dio tiempo a llegar a ella. Olly, en cambio, sí lo hizo. Dio un par de rápidas zancadas, justo a tiempo para evitar que la cabeza de Sarah impactara contra el suelo. Cayó desplomada, a cámara lenta, perdiendo el equilibrio y a peso muerto. Me asusté como nunca antes lo había hecho y me arrodillé junto a ella sin poder evitar el cristalino miedo de mis ojos. Puse mis manos en su rostro y le di suaves toques para despertarla. Parecía inconsciente aunque seguía respirando con normalidad.

—Sarah... Sarah, cielo, despierta... Despierta, Sarah.

Esta vez sí que se hizo el silencio a nuestro alrededor. Alguien apagó los altavoces pasados unos instantes de incertidumbre y los presentes fueron amontonándose creando un círculo en el que nosotros quedamos en medio.

—Sara, cariño... despierta. Sarah... —seguí, sin dejar de darle suaves palmaditas en la mejilla—. Sarah, joder. Despierta.

No pude evitar ahogar un sollozo. ¿Por qué no despertaba?

—Sarah... ¡Sarah, joder!

Un chico apareció entre la multitud y se acercó hacia nosotros.

—¿Sabéis si ha tomado algo más aparte de alcohol? —preguntó en nuestra dirección. Automáticamente, cogió la mano de Sarah y le buscó las pulsaciones en el interior de la muñeca. Le dejamos hacer.

—¡Sarah no se droga! —arremetí furiosa.

Busqué los ojos de Olly, que me observaba afligido. Frunció los labios y sin separarse de Sarah, a la que todavía sostenía sobre su pecho, buscó mi brazo y me acarició. De algún modo que yo desconocía él sabía que saldría todo bien. Confiaba en él, Olly siempre lo arreglaba todo. Contuve un nuevo sollozo.

—No... no quería decir eso. Lo siento —hizo una leve pausa antes de

continuar—. Tiene las pulsaciones estables...

Entre el gentío que había confinado a nuestro alrededor, otro chico se abrió hueco de forma forzosa hasta llegar a nosotros. Le observé durante unos instantes pero no fui capaz de reconocerle.

—¿Sarah?! —gritó para mi sorpresa, mucho más afectado que el resto.

Se agachó junto a nosotros con el rostro desencajado y el terror reflejado en cada una de sus facciones. Era moreno, joven y desprendía un aura de madurez que contrastaba con la del resto de los ahí presentes, a pesar de lucir la camiseta de rigor de la facultad. Tenía una melena frondosa y oscura, de un negro azabache llamativo. Estudié mejor sus facciones, anguladas, lozanas y todavía inexpertas para lucir una barba que le hacía parecer mayor, y lo hice en busca de alguna conexión; estaba claro que conocía a Sarah y necesitaba saber de qué.

—Soy Edward —dijo entonces, adelantándose a mi siguiente pregunta.

—¿Edward?

—Trabajo en *Vaus Spencer & Co* —continuó con una mirada fugaz, justo antes de volver a posar la vista en ella, de quien ya no volvió a apartarse—. Sarah es mi jefa.

—Joder —mascullé, consciente entonces de quién era y de lo perjudicial que podía resultar para Sarah que uno de sus empleados, el mejor de ellos, la hubiera descubierto en ese estado. Nos había hablado de él en múltiples ocasiones. La entrega, dedicación y profesionalidad personificada eran algunos de los adjetivos que solían acompañar a su descripción.

De repente movió un poco la cabeza y volví a centrarme en ella.

—Sarah, cariño, soy yo. Soy Elle. ¿Me oyes? —dije acercándome a su rostro, usando un tono de voz más suave. Comenzaba a resultar desesperante el hecho de no saber cómo ayudarla.

El chico que le había medido las pulsaciones, en cuya mano todavía seguía la muñeca de mi amiga, alzó la voz.

—Que alguien traiga un par de toallas empapadas en agua fría —dijo sin

dirigirse a nadie en concreto y a todos a la vez.

Adam se movió con celeridad y tardó apenas unos segundos en regresar hasta nosotros con las toallas en la mano.

El otro dio un par de indicaciones a Olly para que incorporara a Sarah y comenzó a pasarle la toalla fría por el rostro y la nuca ante mi atemorizada mirada.

—Estudio medicina —dijo, supuse que tratando de justificar un poco su predisposición a echarnos una mano.

Consentí sin saber qué más añadir. Tenía muchísimo miedo. Jamás habíamos bebido hasta perder la consciencia ninguna de las tres. Y sabía que Sarah no había caído inconsciente por culpa de la cerveza. Habíamos acudido a cientos de fiestas en nuestra época como estudiantes y la había visto consumir ingentes cantidades de alcohol. Algo se me escapaba y la sola idea de pensar que Sarah hubiera podido tomarse alguna droga, pastilla o lo que fuera que hubiera podido dejarla inconsciente me aterrorizaba.

—Si nadie sabe qué es lo que ha podido tomar, deberíamos llamar a una ambulancia por precaución —dijo el aspirante a médico—. Sigue estable, pero si existe alguna posibilidad de que haya consumido alguna droga...

—No... —murmuré, sin creer que pudiera haberlo hecho.

Tenía el cerebro embotado por la presión. En los últimos días habíamos coincidido poco, era cierto, pero no me pareció ver nada distinto en ella. ¿Tendría algo que ver con lo de la otra noche?

Entonces, caí en la cuenta de que había alguien más en la sala que quizá podía ayudarme. Alcé la mirada y volví a buscar el rostro de Edward.

—Tú... —Le señalé—. Tú pasas muchas horas con ella. ¿Has visto algo extraño durante estos últimos días? Cualquier cosa... —dije, esperanzada.

Desvió la mirada y se concentró. Entonces, pasados unos silenciosos instantes, abrió los ojos como si hubiera dado justo con aquello que podría ayudarnos.

—Ayer... —murmuró—. Ayer perdió el equilibrio en la oficina. Juró que

había sido un traspie pero Sarah no tropieza nunca. La vi, la estaba observando cuando pasó... Fue como si le fallara la pierna. Y sé que tuvo que dolerle mucho porque palideció por momentos. Me prometió que estaba bien, pero no la creí.

La rodilla... claro, ¡la rodilla!

—¿Sabes si ha estado tomando algo para el dolor? —me preguntó el estudiante de medicina.

Negué con la cabeza. No había visto ningún bote de pastillas en casa. Nada de nada.

—En la oficina, al salir de la reunión, la vi tomarse algo. Lo llevaba en el bolso.

El bolso... Claro.

—Voy a buscarlo —anuncié de forma precipitada.

Miré a Olly, que afirmó con un gesto de cabeza y me puse en pie de un brinco. No lo había traído con ella por lo que debía de seguir en casa. Crucé la espaciosa estancia y llegué al rellano principal en apenas un santiamén. Me detuve frente a nuestra puerta, introduje las llaves y abrí de golpe.

CAPÍTULO 16

Lorie

Cuando llegué a casa, el estruendo que provenía del piso de enfrente era realmente revelador. Se estaban montando una fiesta de las que hacen historia. Había gente en el rellano y por todas partes. Les contemplé mientras me dirigía hacia la puerta de casa y por un momento, me sentí mayor. Sus rostros, casi imberbes, decían mucho al respecto. ¿En qué momento habían pasado los años tan deprisa? ¿Cuándo dejé de ser una más en la fiesta para ser la mayor?

Me abrí paso entre el gentío. No les dije a las chicas que había llegado a casa porque esperaba pillarlas a tiempo y poder ir juntas pero cuando entré, descubrí que era demasiado tarde y que se habían ido sin mí.

Dejé las cosas en el dormitorio y tras pasar por el baño, cerré la puerta y salí en dirección a la fiesta. Me costó entrar. La música llegaba desde todos los rincones al mismo tiempo y el griterío se intensificaba sobre esta. En algunos puntos jaleaban y en otros podías encontrarte a otros chavales batiéndose en duelo para ver quién bebía más. Se respiraban las hormonas y el sexo en cada parte de la estancia. Giré la cabeza y en ese instante divisé a Sarah, batiéndose en duelo con Adam. La miré mejor y sonreí. Tenía los ojos achinados y las mejillas sonrosadas. Había bebido. Busqué a Elle, pues estaba segura de que no debía de andar muy lejos de ella. Paseé la vista por todo el grupo que había ido formando un corro alrededor de Adam y Sarah y entonces, les vi. A los dos. Vi la espalda de Olly y frente a él, la de Elle. Sentí un vuelco en el estómago. Los dos sostenían un vaso de plástico en las manos y él movía las caderas al ritmo de la pegadiza música, muy cerca de ella. Incluso rozándola. Ella se giró, rio y le golpeó el pecho fingiendo indignación. Y sé que la fingía porque conocía su expresión y sabía perfectamente cuándo su excitación era real y cuándo no. Se me cerró la garganta. Olly estalló en una fuerte carcajada, de las que podían llevarte al cielo y se agachó antes de besarla en la mejilla, demorándose más en el tiempo de lo que a mí me pareció normal. Se me erizó todo el cuerpo y mis manos se cerraron de golpe. Ya había visto suficiente.

Me di la vuelta y me encaminé de nuevo hacia la puerta sin que ninguna de las dos se hubiera percatado de mi presencia, y justo cuando iba a cruzarla alguien me impidió el paso. Con la camiseta de la universidad y los brazos al descubierto estaba todavía mejor. No dijo nada. Se llevó el vaso hacia los labios, enarcó una ceja y después de sonreír con malicia, le dio un trago lento bajo mi atenta mirada. Me erguí y pensé en sus abdominales, los que mis manos recorrieron unas noches atrás y entonces, sonreí yo. Sin mediar palabra, le quité el vaso de las manos y me terminé el contenido.

—¿Todavía estás dispuesto a arrodillarte y suplicar?

Su sonrisa se intensificó. O quizá lo hizo su maldad. En sus ojos vi la excitación, el fuego y el peligro. Todo junto. Dio un paso al frente y su pecho entró en contacto con el mío. ¿Qué les daban a los niños de hoy en día para que fueran tan altos?

—Me arrodillaría cada vez que me lo pidieras.

Algo en mi interior regresó a su lugar. Me crecí sin poder evitarlo, quizá por la posición de preeminencia en la que me colocaba mi edad o por el saberme tan deseada por un crío al que le sacaba unos cuantos años. No tenía ni la más remota intención de preguntar cuántos.

Le hice un gesto con la cabeza que pilló al momento y me siguió hasta la puerta de nuestro apartamento. Abrí, pasamos y cuando cerré, ya lo tenía encima. Se abalanzó sobre mí como si estuviera hambriento y yo me hubiera convertido en el plato de degustación. Y eso era precisamente lo que iba a hacer esa noche.

Sus manos recorrían ávidas mi cuerpo mientras que su boca me devoraba sin compasión. Con un alarde de fuerza que me sorprendió, me cogió a horcajadas y me llevó en volandas hacia el sofá. Nos dejamos caer en el mismo y me recosté con él encima. Sus labios recorrieron mi mandíbula hasta llegar a mi lóbulo donde se recrearon con el juego. Desde ahí, siguió besándome hasta llegar a mi pecho. Estaba realmente excitada y lo único que deseaba era dejarle hacer a su antojo hasta que sacara de mí todo lo que dolía. Los miedos, los anhelos y también los deseos reprimidos. Jugueteeó con la lengua en la zona hasta que esta se electrificó. Pasó ambas manos por el

lateral de mis costillas y continuó bajando hasta la cinturilla de mis pantalones.

—Joder, Lorie, esto no es normal.

—¿El qué...? —añadí, con el tono más sugerente que sabía poner.

—Esto —Me besó con más fuerza todavía, rozando su cuerpo con el mío.

Me apresuré, desabroché la pretina de su pantalón y con una mano liberé el motivo de mi excitación. Le sonreí maliciosa mientras le veía mover la cadera e hice el gesto de acercar mis labios hacia él antes de levantar de nuevo la cabeza y dedicarle un gesto malvado. De verdad.

—No me jodas... —imploró, ahora preparado.

—Suplica —ordené, sin dejar de sonreír.

—Lorie...

—Suplicámelo.

—Lorie, te lo suplico.

Con las manos empujé sus caderas hacia arriba y entendió mis pretensiones al momento. Me sentí poderosa y era lo único que necesitaba. En ese momento, sabía que ese chico lo daría todo por tenerme ahí. Y no necesitaba más. Quizá fuera superficial y efímero, puesto que en cuanto terminara la faena se olvidaría de lo que en este momento su cerebro debía de estar pensando. Pero me bastaba. Me valía sentir que, por unos segundos, yo era lo más importante para alguien.

Me recreé en el juego. Estaba a punto...

—Joder, Lorie...

Y justo en ese instante, la puerta se abrió y la jodida melena pelirroja de Elle, entró como un puñetero vendaval.

CAPÍTULO 17

Elle.

—Oh... ¡Mierda! ¡¡JODER, CAROLINE!! —grité, llevándome las manos hacia el rostro para taparme los ojos mientras seguía andando.

Intentó apartarse de Mark lo más deprisa que pudo pero no fue suficiente. Lo vi todo. Vi a Mark con esa expresión que ponen los tíos antes de correrse y vi a Lorie completamente entregada a la labor. Joder... Después de eso iba a tener que arrancarme los ojos.

—Ostia puta, Elle, ¿tú no estabas en la fiesta?!

Mark se había puesto el pantalón a toda prisa y ella se puso en pie, ahora ya con la ropa en su debido lugar.

—¿Y tú no tienes un puto dormitorio en el que hacer... ESO?! —estallé, corriendo por la estancia, sin prestarles demasiada atención en realidad—. Mira, me da igual, no tengo tiempo para preocuparme de gilipollecés ahora mismo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Sarah... está inconsciente —resollé, buscando el bolso con la mirada.

—¡¡¿Qué?!!

—Corre, ¡maldita sea! Ayúdame a encontrar su bolso.

Corrió hacia el dormitorio de Sarah mientras yo registraba el salón y la cocina. Mark desapareció en algún momento de nuestra vista, principalmente de la mía. Pero no me importó lo más mínimo.

—Aquí está. —Cruzó el salón hasta llegar a mí a toda prisa.

Volcamos sobre la mesa el contenido sin contemplaciones. Revolví todo lo que llevaba y al final lo encontré. Había un blíster de antiinflamatorios comunes en el que faltaban unas cuantas pastillas y luego encontré un bote pequeño con unas píldoras que no había visto nunca.

—¡Joder! —mascullé al darme cuenta de que sí que había mezclado pastillas con alcohol.

—¿Dónde está Sarah?!

—Vamos, está con Olly en el piso de enfrente.

No rechistó. Corrimos hacia el interior del gran salón y encontramos a los chicos en la misma posición que los había dejado. Le tendí el bote al futuro médico con la esperanza de que él supiera lo que podían ser aquellas pastillas. Lo cogió con cuidado y leyó la pegatina blanca que lo acompañaba.

—¿Qué es?! —pregunté al borde del infarto, sin darle tiempo siquiera a leer.

Tardó unos instantes que se me antojaron eternos.

—Son calmantes...

Le apremié a continuar la explicación con un gesto precipitado de las manos. No tenía tiempo para jugar a las adivinanzas. Lorie se había agachado junto a Olly y aguardaba pendiente de Sarah, tratando de que esta recuperara la consciencia con el frío de las toallas.

—No debería ser nada grave en principio. Sin embargo, los calmantes, los ansiolíticos y demás, mezclados con alcohol, sobre todo si este es ingerido en grandes cantidades y un lapso de tiempo muy corto, como ha sido el caso... pueden intoxicar el cerebro. Lo que a su vez, puede producir una somnolencia extrema, caídas, lesiones, alteraciones del comportamiento y en algunos casos... cosas más graves.

—¿Más graves como qué?

Vi que tragaba con dificultad antes de responder.

—Paradas cardíacas o respiratorias.

—Joder. ¡¡Jo-der!!

Me llevé una mano a la frente y sentí que a la que se le agitaba la respiración era a mí. Me fijé en Lorie y por el rictus de su rostro supe que también había escuchado la explicación.

—Hay que llamar a una ambulancia —dije, sintiendo que se me cortaban las palabras.

Olly le hizo un gesto a Edward, que pasó a ocupar su posición colocándose detrás de Sarah, sirviéndole de apoyo como lo había estado haciendo él hasta el momento. Se aproximó a mí y puso sus manos sobre mis hombros mientras me buscaba con la mirada.

—Elle, no le va a pasar nada —afirmó, seguro y convencido de lo que estaba diciendo.

Con la respiración agitada, busqué entonces la mirada del estudiante de medicina.

Sin pensar lo que hacía, me acerqué un poco más y dejé que los brazos de Olly me envolvieran. Cerré los ojos y respiré profundo. Su fragancia me acarició. Era dulce y estaba impregnada en su camiseta. No olía a perfume caro ni tampoco a alcohol, olía a él... No sabría decir en qué momento me había aprendido aquel aroma... pero lo cierto es que lo reconocía y mi corazón se ralentizó. Todavía con los ojos cerrados y con sus brazos arropándome, volví a recuperar el ritmo de mi respiración hasta que, de pronto, giré la cabeza y entonces, mis pulsaciones se aceleraron de nuevo.

—¡Sarah!

Era la voz de Caroline.

Me desprendí de los brazos de Olly y corrí hacia ellas, me agaché y me acerqué a Sarah. Tenía los ojos abiertos, pero solo lograba balbucear.

El chico que nos había ayudado se agachó a nuestro lado y volvió a medirle las pulsaciones.

—Sigue igual... —dijo tras una pausa en la que únicamente se concentró en su delicada muñeca—. ¿Por qué no la metéis bajo la ducha? Si reacciona bien, metedla en la cama y dejad que duerma la mona... Si no lo hace, llamad a la ambulancia. He contado las pastillas... solo falta una, por lo que es muy probable que el alcohol haya potenciado sus efectos y simplemente esté profundamente dormida. Si llevara tiempo tratándose, podría ser mucho peor.

Miré a Lorie y las dos asentimos. Nos pusimos en pie dispuestas a levantarla pero Olly fue más rápido. Se colocó a mi derecha, pasó una mano entre la espalda de Sarah y el pecho de Edward, que no se había separado de ella ni un solo centímetro y la otra bajo sus piernas. Al momento se puso en pie con ella en brazos, como si no pesara más de lo que lo haría una muñeca.

Le abrieron paso y Lorie y yo nos pusimos delante para guiarle. Tras él, Edward también nos siguió sin pedir permiso. Olly entró en casa y me siguió hasta el cuarto de baño. Con cuidado, la dejó en la bañera y salió del pequeño espacio en el que únicamente nos quedamos las tres.

—Cualquier cosa que necesitéis me llamáis. Sin miramientos, ¿vale?
—aseveró, denotando una autoridad a la que no me tenía acostumbrada.

Las dos hicimos un gesto rápido de asentimiento y cerró la puerta a nuestras espaldas. Nos arrodillamos junto a la bañera y como pudimos, le quitamos la camiseta y los pantalones. Cuando ya solo le quedaba la ropa interior, abrí el grifo y cuando el agua estaba lo suficiente templada, comenzamos a mojarla lentamente para no asustarla.

—Sarah... —iba llamándola Lorie mientras yo le mojaba la cabeza y el pecho.

Tardó mucho más tiempo del que me hubiera gustado pero al final, volvió a abrir los ojos con notables dificultades. Como si estuviera y no estuviera al mismo tiempo.

—Teng... sueño... —balbuceó en apenas un murmullo.

—Sarah, Sarah, ¿nos oyes?

—Dejadm... dormir —se quejó de nuevo. Esta vez intentó apartarme la mano con la que sostenía el grifo para que dejara de mojarla y se removió en la bañera. Apenas tenía fuerzas pero sus intenciones fueron claras.

Caroline y yo nos miramos y suspiramos aliviadas. Cerré el grifo y dejé de echarle agua. Acto seguido, Lorie se puso en pie y cogió el albornoz de Sarah, que ni siquiera sé de dónde sacó. Intentamos levantarla pero acabamos empapadas de arriba abajo. Con lo delgada y delicada que era y lo que costaba moverla a peso muerto. Al final pudimos mantenerla en pie puesto

que a pesar de todo, Sarah mantenía cierto equilibrio en ese estado de semiinconsciencia en el que se hallaba sumida.

—No vamos a poder con ella —resollé, con todo el pecho de la camiseta empapada y parte de los pantalones también.

Lorie asintió y supe que pensaba exactamente lo mismo.

—Tenemos que secarle el pelo, no podemos meterla así en la cama —dijo ella, que se había situado detrás y la ayudaba a mantenerse en pie.

Conseguí ponerle el albornoz, no sin ciertas dificultades. Era como una muñeca. Se dejaba hacer y acompañaba los movimientos casi sin fuerza, dejándose llevar. Pero el hecho de que se moviera, por poco que fuera, nos tranquilizó.

—Déjalo, pondremos una toalla sobre su almohada.

—Está bien.

Intentamos moverla entre las dos pero entre que el espacio era pequeño y que una sola no podía con ella, todo se complicó. Entonces, cuando me aseguré de que Sarah estaba completamente cubierta, abrí la puerta del baño y no lo pensé más.

—¡Olly! —grité para que me escuchara desde el salón.

Oí sus pasos al momento y en apenas un par de segundos apareció frente a la puerta.

—Tienes que ayudarnos a meterla en la cama.

—¿Habéis conseguido despertarla?

—Está borracha y dormida. Nada más... —dije al fin.

—De acuerdo.

Se abrió paso entre el marco de la puerta y yo y se colocó al lado de Caroline. Se agachó un poco, pasó de nuevo una mano bajo las piernas de Sarah y volvió a cogerla como a una princesa. En un movimiento lento, Sarah levantó los brazos y los llevó hasta el cuello de Olly, donde se agarró con las

pocas fuerzas que podían quedarle. Algo se tensó en el centro de mi estómago ante la imagen.

—Vosotras diréis —dijo él, cortando de raíz mis pensamientos.

Salí la primera y Olly me siguió con Lorie a sus espaldas, que cogió un par de toallas del armario. Me encaminé hacia su dormitorio y me dirigí hasta su cama. Aparté el nórdico y entre Lorie y yo colocamos las toallas sobre las sábanas y también sobre la almohada antes de que Olly la tumbara con suma delicadeza, como si temiera hacerle daño y al mismo tiempo, con la fuerza de un hombre que apenas notara el peso de la chica.

—Os espero fuera —añadió educado una vez la hubo dejado tumbada.

Cuando pasó por mi lado, me dedicó una mirada fugaz que no supe interpretar y siguió andando hasta la puerta, que cerró de nuevo a sus espaldas. Las tres volvimos a quedarnos solas.

—¿Dónde guarda Sarah sus pijamas?

Dudé unos instantes antes de responder.

—Tiene la ropa interior empapada... ¿Deberíamos desnudarla?
—pregunté, incómoda.

—¿Y si la dejamos envuelta en el albornoz? Se la quitamos con cuidado y se lo anudamos bien para que no coja frío.

—De acuerdo.

La suerte estuvo de nuestra parte cuando reparamos en que llevaba uno de aquellos sujetadores sin tirantes, por lo que no tuvimos que quitarle el albornoz para deshacernos de él a través de los brazos sino que al desabrochar el cierre de la espalda pudimos sacarlo sin problema. La cubrimos bien y le hicimos un lazo doble en la cintura para que aguantara el máximo tiempo posible. A continuación, sin destaparla, metí las manos por debajo y seguí sus piernas hasta dar con el filo de sus braguitas. Tiré de ellas y las saqué; también estaban empapadas. Lo dejé todo encima de una toalla que habíamos traído de más. Me dolía verla en ese estado. Se dejaba hacer de todo cuando en realidad, ni siquiera se estaba enterando de nada. Qué

vulnerable podía volverse el ser humano en un momento dado.

A continuación, cubrí el máximo que pude sus piernas con el albornoz y Lorie le echó el nórdico por encima. Nos aseguramos de tajarla bien para que no acabara con un catarro de los que hacen historia. Seguramente tendría suficiente con la resaca que le esperaba al día siguiente. Sarah se colocó de lado lentamente. Respiraba tranquila y por primera vez en los últimos minutos, nos convencimos de que el peligro había pasado.

CAPÍTULO 18

Elle

—¿Estás bien? —me preguntó Lorie, una vez salimos del dormitorio.

—Sí... ha sido todo muy extraño... y rápido —murmuré, tratando de entender qué era lo que había pasado para que la noche acabara de aquel modo.

—Elle... siento lo de...

—¡No! No lo digas, por favor —imploré, aunque mis labios dejaron escapar una mueca, casi imperceptible, de diversión. La madre que la parió.

—Ok... —terminó, antes de hacer una leve pausa y tomar aire—. ¿Qué demonios es lo que ha hecho?

—No era ella, Lorie. Estaba... desfasada —continué, bajando la voz para que nadie más pudiera oírme—. Era como si necesitara beber para olvidar algo... o para desaparecer. Se ha retado con Adam y... no lo sé. Es que no sé qué narices ha pasado. Cada vez que la veía estaba con un vaso en la mano. Pero es que cuando llegué a casa ya había estado bebiendo.

—Sarah no suele hacer estas cosas, es mucho más propio de ti o de mí. Pero no de Sarah —prosiguió.

—Ya... Lo sé —murmuré sin poder ofenderme, puesto que no le faltaba razón—. Yo pienso lo mismo. Pero te juro que no tengo ni idea de qué es lo que ha podido pasarle.

Nos sumimos en un extraño silencio mientras tratábamos de darle sentido a lo sucedido cuando un ruido llegó desde el salón y nos vimos obligadas a regresar a la realidad. Iniciamos el paso y descubrimos que Olly no era el único que estaba ahí. Me había olvidado por completo de que Edward nos había seguido también. Los dos estaban sentados, cada uno en un sillón, cara a cara. Mientras que la expresión de Olly era paciente y madura, Edward parecía estar viviendo un verdadero tormento por dentro. Lorie me miró y me di cuenta de que no conocía a uno de los dos.

—Él es Edward, trabaja para Sarah.

—¡Lo que faltaba! —exclamó sin poder contenerse. Edward le tendió la mano cordial a pesar de la desconcertante expresión de su rostro—. Lo siento... es que... no esperaba que un empleado de Sarah estuviera en la fiesta... —trató de disculparse intentando disimular la sorpresa sin éxito—. Oye... No la culpes, ella no es así. No se lo tengas en cuenta, ¿vale?

—No pensaba hacerlo. Solo estoy preocupado por ella... Nada más.

Volvió a sentarse y algo en mi interior se removió. Su expresión era tan dulce, tan sincera, que incluso me dolió verle tan abatido. Los sentimientos que albergaba por Sarah eran tan evidentes que daba miedo decir o hacer cualquier cosa que pudiera romperle el corazón en mil pedazos. Edward parecía uno de aquellos chicos cuya entrega era real desde el primer día y que no tenía reparos en demostrar su amor ante nadie. Aunque lo que sentía por Sarah lo llevara en absoluto silencio y guardara hacia ella un respeto digno de admirar.

Me acerqué hacia él después de que un instinto de protección despertara en mi interior.

—Edward, tú eres el que más horas pasa con ella a lo largo del día... Necesito que me digas la verdad. ¿Sabes o crees que a Sarah le pasaba algo? Aparte del supuesto tropiezo de ayer —especifiqué.

Se frotó las manos en un gesto nervioso y desvió la mirada hacia el techo que, de repente, parecía de lo más interesante.

—Edward... por favor.

Alzó la mirada y sin saber por qué, buscó la complicidad de Olly, que le mostró una sonrisa cordial. ¿Qué pasaba entre ellos?

—Lo siento... pero no puedo ayudarlos —dijo al fin—. No la conozco tanto.

Y a pesar de que supe a ciencia cierta que me estaba mintiendo, no quise insistirle. Estaba segura de que debía de tener sus motivos para mantenerse en silencio, pero Sarah era mi mejor amiga.

—Será mejor que me vaya... —dijo entonces—. No le digáis a Sarah que he estado aquí... no me gustaría que se sintiera mal.

—Claro. Descuida... —Edward se puso en pie dispuesto a regresar a la fiesta o quizás a su casa. No estaba segura—. Por cierto, ¿qué hacías en la fiesta de enfrente?

—La mayoría de los invitados estudiamos en la Universidad de Brooklyn. Adam y yo estamos en el equipo de atletismo.

—Ah... —atiné a decir al fin—. Bueno, no te preocupes por lo de Sarah, de todos modos, no creo que llegara a verte en la fiesta. Y por suerte, mañana es sábado y no tiene que ir a trabajar.

—Siento que haya acabado así la noche.

Dio media vuelta y desapareció a través del corredor. Oímos la puerta cerrarse cuando salió y durante los instantes en los que permanecimos en silencio, el barullo de los altavoces nos hizo saber que la fiesta continuaba enfrente.

—¿Cómo estáis? —preguntó Olly, rompiendo el silencio.

—Bien... Lo interesante será ver cómo se encuentra ella mañana... —respondí.

—Si no os importa, yo me voy a la cama... Son las tres y media de la madrugada y mañana abro el salón por la mañana.

—Eso... Vete. Ya he tenido suficiente Caroline por hoy —ataqué irónica con una sonrisa mientras hacía un gesto de comillas con las manos—. No te preocupes por Sarah. Pasaré el resto de la noche pendiente de ella para que puedas descansar. Yo tengo la mañana libre.

—Buenas noches, chicos —se despidió mientras se ponía en pie. Cogió su teléfono, que continuaba sobre la mesilla del centro, y se encaminó hacia su dormitorio.

Permanecimos en silencio incluso después de escuchar la puerta de Lorie cerrarse. En ese momento, exhalé un sonoro suspiro y me recosté en el respaldo del sofá bajo la atenta mirada de Olly.

—¿A qué ha venido eso de “suficiente Caroline por hoy”? —preguntó curioso.

—Nada, cosas nuestras.

—Nunca la llamas por su nombre completo.

No pude reprimir una sonrisa y esta vez, esta dio paso a una carcajada que tuve que ahogar, aunque sin demasiado éxito.

—Cuéntamelo.

—Créeme si te digo que es mejor que no lo haga.

Al final desistió. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cogió aire antes de cambiar de tema.

—¿De veras vas a quedarte despierta hasta el amanecer?

—¿Qué solución propones sino? —respondí resignada—. ¿No lo harías tú por un amigo?

—Sí.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—Gracias por echarnos un cable... De verdad. No tenías por qué hacerlo.

—Descuida. —Se recostó también en el sofá y alzó los brazos para llevar ambas manos detrás de la cabeza. Los músculos de su brazo se tensaron bajo la tela de la camiseta y aparté la vista al darme cuenta de lo veloces que se habían desviado mis ojos hacia ellos. Me fijé en su pelo, ahora revuelto, apenas sin rastro de su habitual tupé rubio. Tenía un aspecto natural que le sentaba realmente bien.

—¿De qué ríes? —me sorprendió, contagiándose de mi mueca. Su mirada era intensa y analítica.

—Nada... —improvisé rápidamente—. Pensaba en que con lo mucho que te gusta peinarte, si te vieras ahora mismo correrías a por un cepillo.

—¡Eh! —exclamó, fingiendo ofensa. Al momento, sacó una de las manos de detrás de la cabeza y se pasó los dedos por el pelo para recomponerlo. Era

un caso perdido, pero logró robarme una nueva y discreta carcajada—. ¿Mejor?

—Supongo.

De nuevo, el extraño silencio. Hasta el momento, jamás me había pasado nada parecido con él sino todo lo contrario, entre nosotros las palabras solían brotar solas, sin necesidad de más.

—Oye —dije entonces, reparando por primera vez en lo tarde que era, a pesar de que Lorie hubiera mencionado la hora—. No es necesario que te quedes conmigo... Ya has hecho suficiente por nosotras.

—No te preocupes... Mañana solo trabajo por la tarde. No me importa hacerte compañía.

—De verdad, Olly...

—Edward no os ha dicho la verdad —anunció, cortándome en seco.

Dudé durante unos instantes en los que permanecí perpleja. Se incorporó y apoyó los codos sobre sus muslos justo antes de entrelazar los dedos a la altura del mentón. Le imité y me incorporé también. Necesitaba una explicación.

—Vale, retiro lo dicho. Creo que sí será necesario que te quedes... por lo menos hasta que me cuentes todo lo que, por lo visto, tienes que contarme.

—¿Tienes café?

—Sí.

—¿Me invitarías a uno? Si tenemos toda la noche por delante... será mejor que nos pille preparados.

Me puse en pie negándome a darle importancia al extraño cosquilleo que aquella afirmación me produjo. Me dirigí hacia la cocina y comprobé que la cafetera estaba llena del café que había sobrado de esa misma tarde. La encendí y esperé a que se calentara de nuevo. Serví un par de tazas y las llevé conmigo hacia el salón.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado este apartamento.

—No trates de distraerme —respondí con solemnidad pasándole una de las tazas—. Desembucha.

Olly rio y se la acercó a los labios. Aspiró el aroma y cerró los ojos durante unos instantes. A continuación, los abrió de nuevo, con aquel extraño gris azulado tan peculiar y me buscó de nuevo satisfecho.

—La felicidad podría medirse en una taza de café... ¿Nunca te lo habían dicho?

Entorné los ojos y le contemplé con atención. Jamás había visto aquella faceta tan enigmática de Olly y la verdad es que me hacía sentir verdaderamente cómoda, aunque desconcertada.

—El aroma de un café contiene la expresión de toda su esencia, Elle... Por eso todos tenemos gustos diferentes y por eso no todas las personas saben apreciar el sabor de un buen café, de su molido, de la presión...

—¿Y qué dice mi café? —pregunté, divertida por la explicación y convencida de que me estaba tomando el pelo.

Tardó en responder. Posó sus ojos en los míos y me observó con atención, sin desviarlos ni un solo instante. Me penetró con la mirada y lo hizo hasta alcanzar puntos desconocidos para mí. Sentí la turbación en mis mejillas y de pronto, sus labios se curvaron hasta mostrar una sonrisa traviesa.

—No creo que estés preparada para saberlo todavía.

Me dejó a medias. Abrí la boca indignada y supliqué una respuesta que se negó a darme hasta que al fin desistí; si quería, me lo acabaría diciendo. Ante mi atenta mirada, dio un sorbo a su taza y volvió a postrar sus ojos en mí.

—¿Vas a contarme de una vez qué es lo que sabes de Edward? —corté, antes de que mi estómago lo hiciera por mí de un modo que no quería descubrir.

Con la taza entre las manos, volvió a recostarse ligeramente. Respiró profundo y adoptó una mueca muy distinta.

—¿Sabes que ese chico está perdidamente enamorado de Sarah, no?

—Sí... Sí, sí. Todas lo sabemos.

CAPÍTULO 19

Lorie

Esconderme en mi dormitorio fue la única opción posible. Y así lo hice.

Lo hice por necesidad, tanto de respirar como de desahogarme. Me asfixiaba la cercanía de Olly y su predisposición permanente hacia Elle. Y todo había ido a peor desde la jodida noche de la fiesta improvisada en la que su cuerpo y el mío estuvieron más cerca de lo que lo habían estado durante los últimos años. Y ahora, debía sumarle el polvo frustrado con Mark. Mi única posibilidad de desahogarme.

Vale que podría volver a la fiesta y seguir por donde lo habíamos dejado, es más, estaba segura de que él no opondría ningún tipo de resistencia. Pero ya no tenía ánimos.

Me llevé las manos a la cabeza y me aparté el pelo del rostro mientras daba vueltas de una punta a la otra de un dormitorio que, en realidad, no era tan grande. Quería a Elle con toda mi alma, como si fuera mi propia hermana. Y no podía dejar de sentirme culpable por lo que sentía en mi interior, por todo lo que mi corazón lloraba mientras mi mente recreaba una imagen que, sencillamente, era imposible.

Entre Olly y yo no había química, de hecho, no había nada. Por el amor de Dios, si ni siquiera sabía de qué hablar con él si las chicas no estaban con nosotros. En cambio, con Sarah todo eran sonrisas y con Elle... con Elle se deshacía. Como un maldito cubito de hielo bajo el sol. Ella era su perdición. Y lo peor de todo es que ninguno de los dos lo sabía y en parte, les odiaba un poco por ello. No porque fueran felices ni porque se lo contaran todo, ni tampoco porque juntos pudieran reírse incluso de lo más absurdo... Les odiaba porque yo nunca había sentido nada parecido por nadie y mucho menos, mis sentimientos habían sido correspondidos de ese modo.

Claro que podría concentrarme en Mark y tratar de olvidar lo que Olly despertaba en mí pero, en realidad, lo único que haría con ello sería esconderme de la verdad. Como siempre. Una realidad en la que no podía verles juntos toda la noche, riendo, bebiendo, haciendo tonterías y sobre todo,

dejándose llevar mientras que yo, contemplaba la escena desde el banquillo de los perdedores. No me lo merecía, ni ellos tampoco.

Sin embargo, cuando Elle entró tan alterada porque Sarah había perdido el conocimiento me sentí todavía peor. Si hubiera estado ahí quizá hubiera podido evitarlo. Elle no tenía ni idea y no pudo preverlo, pero yo sabía que los últimos días habían sido muy intensos para Sarah. Tenía demasiados cambios y asuntos de los que ocuparse. Su actividad en el trabajo no cesaba y a todo a ello tenía que sumarle lo de la dichosa mudanza. Pero no podía culparla, el apartamento que le ofrecían era precioso y de ser yo la que hubiera estado en su lugar hubiera aceptado casi sin pensarlo. Casi. No obstante, ella no era la única que sufriría por ello. Si Sarah se iba, Elle y yo nos quedaríamos solas y... ¿Qué pasaría entonces con nosotras? Ella tenía a Olly pero, ¿yo? ¿Qué me quedaba a mí?

Me dejé caer en la cama y escondí el rostro en la almohada mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas, arrastrando parte del maquillaje. Había conseguido vencer todos esos sentimientos, había logrado dejarlos atrás y sin embargo, estos volvían, desbaratando todos mis planes y rompiéndome por dentro en miles de pedazos.

Así pues, mientras oía los murmullos que venían del salón y la herida se abría y sangraba lentamente, cogí la libreta e hice lo único que la doctora siempre me pedía que hiciera: escribir y sacarlo todo hasta que simplemente, dejara de sangrar.

Escribir como terapia. Como medio de contención pero sobre todo, escribir para, por lo menos durante un rato, dejar de sentir.

CAPÍTULO 20

Elle.

—Vale, eso facilitará las cosas. El caso es que, no es solo que esté enamorado de ella... es que ese chico besa el suelo por donde ella pisa.

—¿Cómo puedes afirmar eso si apenas habéis pasado juntos unos minutos?

Adoptó un gesto extraño, como si no diera crédito a mis palabras.

—¿Y se supone que vosotras sois el sexo más intuitivo?

Fui a rebatir aquella acusación tan gratuita cuando me detuvo con un simple movimiento de la mano, justo antes de proseguir.

—Elle, hay cosas que no es necesario decirlas. Hay cosas que se ven, que se intuyen y que puedes descubrir con solo mirar a alguien a los ojos... solo si sabes ver más allá de lo que el otro te quiera hacer creer.

Joder con Olly.

Tragué con dificultad y no me atreví a añadir nada más. Tal vez por miedo a no saber qué decir o quizá porque no encontraba nada que poder añadir y que no estropeará la profundidad de sus palabras.

—El caso es que Edward lleva años observando a Sarah en silencio. Siempre desde el respeto y distancia, según me ha asegurado, no en plan fisgón. Tan solo... se pierde en ella. —Sentí una ligera punzada de envidia sana, de la que no duele pero deja huella—. Dice que a lo largo de estas últimas semanas Sarah no caminaba igual. Cojeaba ligeramente de una pierna. Él estaba preocupado pero no quería decirle nada porque aseguraba que ella hacía grandes esfuerzos por disimularlo y no quería que supiera que él se fijaba tanto en ella como para reparar en ello... Temía que pudiera tomárselo mal y enfadarse con él. Por eso tampoco os ha querido decir nada a vosotras. Pero deseaba poder ayudar... y por eso me lo ha contado a mí. De ese modo, yo me convertía en el soplón y él quedaba —alzó las manos e hizo un gesto de comillas con los dedos— libre de culpa.

Eché el cuerpo hacia adelante, abrumada por lo que Olly acababa de contarme.

—Pobrecillo... ese chico debe de estar pasándolo realmente mal. —Hizo un gesto de conformidad con mis palabras—. ¿Te dijo más o menos desde cuándo? Tiene que ser desde la noche de fin de año. Se torció el tobillo en un casting y seguramente debió de fastidiarse la rodilla con la caída... —Me detuve un instante—. No le dimos importancia porque ella pareció no dársela tampoco.

—Por lo visto hace unas pocas semanas de esto... por lo que encajaría con lo que dices de la noche de fin de año. Pero el otro día volvió a caer en un ensayo... ¿no lo sabías?

—No... No lo sabía. Sarah no me dijo nada. ¿Crees que por eso se toma las pastillas?

—Yo no la conozco tanto, Elle... —añadió, exculpándose—. Pero no me extrañaría que así fuera. ¿Sabes si ha acudido al médico a lo largo de estos días? Los antiinflamatorios puedes comprarlos en cualquier lugar, pero esas pastillas que había en el bote solo se venden bajo prescripción médica.

—Sarah tiene una agenda en la que lo apunta absolutamente todo. ¿Crees que debería mirarlo? —hice una ligera pausa antes de apresurarme a rectificar—. No, Olly, no soy esa clase de persona. No quiero hacerlo.

—Eh... —Se incorporó también y echó el cuerpo hacia adelante. Nuestros rostros ahora quedaron más cerca. Alargó una de las manos y la puso sobre mi rodilla. Su calor me atravesó e impregnó la zona—. Elle, no tienes que hacer nada. Tan solo trataba de ayudarte a buscar una explicación para lo que ha sucedido esta noche. Te he contado todo lo que sé. Pero no es necesario que des ningún paso con el que no te sientas cómoda. Maneja la información, piensa en ella y mañana intenta hablarlo con Sarah. Confía en ella y deja que te dé una explicación si lo desea. Para eso están los amigos.

No supe qué decir después de escuchar sus palabras. Tan solo sabía que estaba de acuerdo con ellas y que quería que Sarah me lo contara. Pero yo no era su madre... y estaba segura de que tendría sus motivos. Aunque no me gustara la forma en la que había afrontado lo que fuera que le estuviera

pasando.

—¿Crees que no confiaba lo suficiente en mí? —me sorprendí diciendo entonces.

—¿Por qué dices eso?

Su mano, que seguía sobre mi rodilla, esta vez buscó la mía. La posó sobre ella y un escalofrío me recorrió la piel. Los dos bajamos la mirada hacia el punto en el que nuestros cuerpos estaban unidos y como si hubiéramos percibido la electricidad, nos separamos al instante. Como dos adolescentes nos afanamos en seguir a lo nuestro, como si nada hubiera pasado.

—Está claro que Sarah tiene algún problema... Llevo viviendo con ella desde hace diez años y te juro que nunca la he visto hacer nada parecido a lo de esta noche. Es cierto que a lo largo de su vida ha cometido algunas estupideces, pero jamás se había puesto en semejante peligro como lo ha hecho hoy. Y menos de forma consciente. Hemos podido beber hasta perder el norte, pero no hasta dejar de tener los pies en el suelo. No sé si me explico.

—Sí, sí. Te entiendo.

—Yo... Me gustaría que hubiera confiado en mí para contarme qué es lo que le sucedía, ¿sabes?

—¿Y por qué no le preguntas directamente?

—Porque no quiero que se vea obligada a explicarme nada de lo que no quiera hacerme partícipe.

—¿Ves? Esta es una de las cosas que nos diferencia a chicos y chicas. Vosotras teméis hacer o decir algo por lo que sea que pueda pasar después mientras que nosotros, en cambio, lo hacemos directamente. Sin miedo ni medias tintas. ¿Te pasa algo? No. —dijo, cambiando el tono de voz como si hablara con alguien invisible—. Y ya está.

Sonreí de forma inevitable.

—Elle, pregúntale si quieres que te lo cuente. Hazle saber que puede confiar en ti.

—Ya lo sabe... —dije, esta vez con la boca pequeña.

—En ese caso... te lo contará. Y lo hará solo cuando esté preparada para hacerlo.

Busqué el gris de su mirada en la penumbra del salón. Esa fue la primera vez que reparé en que no habíamos encendido ni una sola luz. Sin embargo, incluso en la oscuridad, el peculiar color de sus ojos seguía resultando tan llamativo como lo era a plena luz del día.

—Me gusta tu concepto de la amistad —dije al fin, y lo dije con absoluta sinceridad.

Una media sonrisa le cruzó los labios y me alegré de tenerle conmigo esa noche. De lo contrario, la vigilia hubiera resultado eterna.

Por un momento los dos nos concentramos en nuestras respectivas tazas.

—¿Cuánto ha pasado desde la última vez que saliste a hacer fotos?

—¿Yo? —exclamé, sorprendida ante el repentino cambio de tema.

—¿Quién sino?

—Ha pasado ya un tiempo desde la última vez... Apenas podía con los turnos del cine. Antes eran más estables pero durante estos últimos meses James me los había colocado de un modo que apenas me quedaba tiempo para mí.

—No deberías dejarlo —añadió como única respuesta.

—Créeme, me gustaría no hacerlo pero, a veces, simplemente resultaba imposible. Y al fin y al cabo, tan solo es un hobby.

—No todo el mundo tiene tanto talento para un hobby. Y ahora, la falta de tiempo ha dejado de ser un impedimento.

Elevé la mirada, le busqué y me sonrojé sin poder evitarlo. Existen cumplidos que pueden robarte una sonrisa y otros que pueden calarte muy hondo. Tan solo es cuestión de cuán importante sea para ti aquello que estén halagando. Si tiene relativa importancia, lo recibirás bien. Si es algo que llevas muy dentro de ti y que sacas más para evitar explotar y poder seguir

viviendo que para matar el tiempo, ese cumplido puede convertirse en puro elixir.

—Gracias, Olly... pero la realidad es la que es —añadí, rendida ante la imposibilidad de conciliar mis facturas con mi verdadera pasión—. Quizá salga uno de estos fines de semana. Me gustaría hacer alguna sesión en Central Park, o aquí, en el jardín botánico de Brooklyn. Pero no será fácil convencer a estas dos.

—Puedes tratar de convencerme a mí.

—¿A ti?! —estallé en una carcajada inesperada.

—¡Oye!

—No, no es lo que piensas... —traté de convencerle, aunque no sabía muy bien qué argumentos esgrimir. No era que no quisiera que me acompañara... Es que nunca lo había hecho con nadie que no fueran mis amigas... o sola.

—Entonces... Está claro —prosiguió, adoptando una mueca divertida—. No crees que pueda ser un buen modelo.

Me dejó literalmente sin palabras. Entonces, cuando creí que ya no podría salir airosa de ese entuerto, adoptó esa expresión traviesa tan suya y se echó a reír.

—Pues, ¿sabes qué? No voy a darme por vencido tan fácilmente.

—¿Ah, no?

—No. Pienso seguir pidiéndotelo hasta que aceptes mi compañía alguna vez.

—¿Y a qué se debe este interés repentino por pasar más tiempo conmigo?

—No lo sé. ¿Es que debería tener algún motivo para querer acompañarte?

—Supongo.

—Me caes bien.

—Y tú a mí.

—En ese caso, ¿qué problema hay?

—No lo sé —respondí, ahora ya sin saber realmente qué era lo que estábamos debatiendo.

Dejó la taza sobre la mesilla que quedaba entre nosotros y volvió a recostarse en el respaldo. Sus movimientos eran ahora mucho más pausados. Con el paso de las horas el cansancio comenzaba a ser cada vez más notable. Estiró los brazos y se acomodó mejor.

—Deberías volver a casa. Me siento culpable... fui yo quien te llevó a la fiesta.

—Y yo quise acompañarte. No veo por qué debería ser tu culpa.

Sonreí feliz. Olly era uno de aquellos tipos sencillos, naturales y presumidos al mismo tiempo. Tenía tendencia a fijarse en los pequeños detalles y aunque se negara a aceptarlo, no era de los que escogía la ropa que iba a ponerse por puro azar.

—Voy a echar un vistazo a Sarah y a cambiarme de ropa, tengo el jersey húmedo por su culpa.

—Te espero aquí.

Me puse en pie y recorrí la estancia con silenciosas pisadas. Entré en su dormitorio casi a hurtadillas y me tranquilicé al comprobar que Sarah seguía completamente dormida, en la misma posición en la que la habíamos dejado. Respiraba profundamente pero nada en ella incitaba a pensar que pudiera hallarse en peligro. Por un momento me dejé llevar por un pequeño arrebató de rabia. ¿Qué le habría pasado por la cabeza para cometer semejante error? Sarah era de las que medía todas las consecuencias de sus actos, de las que estudiaban cada paso y recorrían el camino con precaución. Y por supuesto, sabía que mezclar calmantes y alcohol era una solemne insensatez.

Dormida ahora parecía un ángel. Siempre había tenido aquella expresión dulce y serena. Sentí rabia de no haber detectado que algo pudiera estar pasándole y no haber podido echarle una mano a tiempo. Por suerte, todo quedaría en un buen susto.

Salí del dormitorio y entrecerré un poco la puerta para concederle intimidad aunque sin cerrarla del todo para poder oírla si necesitaba ayuda. Pasé por el mío y me cambié de ropa en un momento.

Cuando regresé al salón encontré a Olly en el mismo sitio, solo que un poco más estirado. Me sabía tan mal por él...

—Olly, puedo quedarme sola, de veras. Me sabe fatal que pierdas la noche así.

—No me importa, Elle. Siempre será más fácil que te eche una mano si necesitas volver a llevarla al baño o lo que sea. Aunque, si vuelves a repetirme que me vaya, lo haré.

Pero no lo hice, ni volvería a hacerlo. En el fondo deseaba que se quedara conmigo y se lo agradecí con la mirada. Era un buen amigo. Crucé la estancia y rodeé la mesa. Esta vez me acomodé en el sofá, a su lado, en vez de ocupar el sillón que había frente a él, en el que había estado sentada hasta el momento.

—¿Te apetece ver alguna película?

—¿Sugieres alguna en concreto?

—No lo sé... podemos buscar cualquier cosa en HBO.

—Me parece una buena idea.

—¿Acción o comedia?

—Lo que tú prefieras. Sabes que ambas me gustan.

Olly y yo solíamos aprovechar casi cada semana la oportunidad que nos ofrecía el cine a los empleados de ver los estrenos de cartelera de forma totalmente gratuita en días laborables, siempre que no nos tocara trabajar. Olly y yo, a lo largo de los últimos años, habíamos adoptado la costumbre de hacer coincidir alguno de nuestros turnos para terminar pronto y así poder colarnos en la sesión de última hora. Ambos éramos amantes apasionados del buen cine y aquella se había convertido en una de nuestras aficiones. Con el paso del tiempo, habíamos mantenido acalorados debates sobre la película de la semana, debates que habían llegado a durar incluso días. Pero si algo

teníamos en común era el gusto por el mismo género: nos encantaban las películas de acción y nos pirraba una buena comedia.

Me decanté por una de estas. Después de todo, nos iría bien reír de forma despreocupada. Sin embargo, el problema de tener acceso al cine de forma tan fácil y frecuente era que, en casos como el de hoy, buscar en la cartelera suponía descartar un montón de películas puesto que ya las habíamos visto. Al final le cedí el mando, incapaz de encontrar nada que me convenciera. Lo cogió y aproveché para hacerme con una de las mantas que siempre dejábamos en una esquina. La extendí y me tapé con ella, antes de acomodar mi cabeza sobre su hombro. Olly se movió para dejarme espacio y levantó el brazo. Busqué entonces el hueco que había entre su hombro y su pecho y me recosté en él. Pasó su brazo por detrás de mi cabeza y lo extendió sobre mí. Su fragancia, una vez más, me envolvió y aspiré en completo silencio. Desde muy pequeña sentía verdadera obsesión por los perfumes masculinos con un toque suave y dulce. Eso me hizo recordar la primera vez que conocí a Olly en el cine. Pasó junto a mí y la estela de su perfume hizo que me girara con brusquedad. Mis hormonas reaccionaron al instante y giré como una autómatas, incapaz de controlar aquel impulso tan visceral. Y se dio cuenta. El muy canalla sonrió y me guiñó el ojo descarado. Yo acababa de cumplir los veinte, él tenía veintitrés y le encantaba jugar con las chicas. Era un arte que, con el tiempo, descubrí que dominaba a la perfección. Lo que no sabía era que en mí no iba a encontrar un ligue cualquiera sino una amistad que, después de mucho tiempo, seguía siendo tan sincera como esa primera vez en la que él me guiñó un ojo y yo, sin que lo esperara, respondí del mismo modo... y con el mismo descaro.

Al final escogió una cualquiera. La habíamos visto hacía tiempo y recuerdo que nos reímos a carcajadas en más de una escena. Así que me pareció una buena elección. Bajamos el volumen de forma prudente para poder escuchar a Sarah si necesitaba algo pero lo suficiente como para poder seguir los diálogos por encima del barullo que seguía llegando desde el apartamento de enfrente. Esperaba que no les diera por repetir esa clase de fiestas a menudo, pero todos teníamos derecho a tener un día de desfase, de protagonismo y en definitiva, de juventud. Y nosotras no éramos precisamente las más indicadas para cuestionarlo.

—Olly... —murmuré, con mi mejilla sobre la parte de su pecho en la que podía escuchar el pausado latido de su corazón. Era sosegado, como su carácter, como un suave tic-tac que ralentizaba tu respiración y la tornaba armoniosa.

—Dime.

—¿Crees que nos hemos hecho mayores de repente?

—¿De repente?

—Sí.

—No te sigo... Pero dudo que haya sido de repente.

Sus dedos, sobre mi brazo, comenzaron a acariciarlo con suavidad de forma distraída. Lo recorrían arriba y abajo en un arrumaco delicado y cadencioso. Se me erizó la piel bajo la tela de la camiseta pero no dije nada. Me gustó aquella forma que tenía de deslizarse sobre mi brazo sin parecer consciente de lo que estaba haciendo. Era justamente ese detalle el que hizo que esa caricia me arañara por dentro, pero fue uno de aquellos arañazos que no escuecen sino que responden a un instinto más bien animal. Por un momento, me turbé. Se trataba de Olly.

—Hasta hace un tiempo, éramos nosotras las que protagonizábamos fiestas como la que ahora mismo hay enfrente... Y, sin embargo... Míranos ahora. Sarah está semiinconsciente en la cama, Lorie se ha acostado porque mañana tiene que hacerse cargo de su propio negocio y nosotros... pasamos una noche de viernes viendo una película.

Su rostro giró y me buscó. Durante unos instantes sus ojos me estudiaron, quizá para descubrir hasta qué punto lo decía en serio.

—¿Qué hay de malo en ver una película un viernes por la noche?

—¿Acaso me negarás que no preferirías estar en cualquier garito, con la música a un volumen casi imposible de soportar sin unas cuantas copas de más, y rodeado de gente vestida con sus mejores galas dispuesta a no renunciar a una noche de sexo salvaje? Esto es Nueva York, Olly.

Sonrió y volvió a recostar la cabeza hacia atrás antes de llevar sus ojos de

nuevo hacia la pantalla.

—¿Qué?

—Nada...

Me incorporé y le miré en busca de una respuesta que parecía no estar dispuesto a darme.

—¿Qué? ¿A qué viene esa mueca? —insistí.

—Nada, Elle.

—Dímelo...

Volvió a girarse y esta vez su mirada fue penetrante. Nos observamos durante unos instantes justo antes de que sus labios se curvaran, sin llegar a convertirse en una sonrisa, para después volver a centrarse de nuevo en la película.

—Olly —dije, en tono amenazante.

—Nada... es solo que... —dudó—. No pensaba que tuvieras un concepto tan superficial de mí.

CAPÍTULO 21

Elle.

Contemplé el perfil de su rostro, mucho más cerca de lo que solía tenerlo normalmente. Me fijé en las arruguitas que contorneaban sus ojos, en sus líneas de expresión y en la incipiente y rubia barba que lucía impoluta desde hacía años. Me fijé también en que esta no era tan descuidada como se empeñaba en hacerle creer a todo el mundo. La llevaba perfectamente recortada. El pelo, más largo por arriba y siempre corto por detrás, le caía ahora revuelto de lado, dándole un toque desenfadado que le sentaba bien. Era —y siempre había sido— un chico guapo, negarlo sería absurdo. Pero en ese momento, por primera vez me di cuenta de que aquel no era el Olly que había conocido muchos años atrás, con la piel tersa, suave y los ojos más grises que nunca. Los años habían pasado por él, por su rostro, haciéndole pasar de guapo a atractivo. Una categoría muy superior. El término guapo estaba reservado a la juventud, a la inmadurez. Un hombre no era guapo, un hombre, en mayúsculas, se catalogaba como atractivo, o no. Y de repente, a mis ojos, Olly había alcanzado ese nuevo estadio sin que yo me hubiera dado cuenta. Y me dolió que pensara que le consideraba superficial. No lo era. Olly podía ser muchas cosas, pero no era un tipo superficial.

—No me mires así —aseveró de pronto.

—Así... ¿cómo?

—Así.

No pude evitar sonreír. Crucé los brazos a la altura del pecho y le miré fijamente, lo suficiente para hacerle sentir incómodo y que dejara de prestarle atención a la pantalla y se diera al fin por aludido. Cuando por fin lo hizo, elevé una ceja lacónica y seguí esperando una respuesta. De nuevo, la curva de sus labios. Sonreía una vez más con aquella permanente expresión traviesa que había perfeccionado con el paso de los años.

—A veces, cuando no te das cuenta, tienes una forma muy peculiar de observar el mundo que te rodea o a las personas que habitamos en él. Es como si pudieras desnudar a alguien solo con los ojos; como si pudieras ver a

través de él, o como si lo hicieras a través del objetivo de una cámara que solo tú puedes ver. Da la sensación de que puedas fotografiar una imagen y quedártela solo para ti. Y déjame decirte que no es justo.

Me mordí los labios.

—¿Y?

—Y me incomoda.

—¡¿Que yo te incomodo?! —exclamé alucinada.

—Sí, Elle. Me incomoda que me mires así... —dijo y creí descubrir un ligero rastro de rubor en su rostro—. Si quisiera desnudarme, lo haría gustoso... pero solo si yo lo deseara. Así que deja de hacerlo. Por ahora no me sobra la ropa.

—¡¡No te estaba desnudando!! —elevé el tono voz y le di un golpe cariñoso en el pecho con la mano.

Llevó la mano a la zona en la que le había golpeado y capturó la mía en su interior antes de girarse hacia mí.

De pronto, la visión de Olly desnudo cruzó mi mente. Lo máximo que le había visto era sin camiseta y... debía admitir que su torso era bonito, de aquellos en los que no te importaría perderte alguna vez. Entonces, esa imagen dio paso a otra, esta vez más comprometida. Lorie y Mark en plena faena. No pude evitarlo, me sonrojé por completo y comencé a sentir calor.

Olly torció el gesto y sus labios encajaron una sonrisa maligna.

—Cuéntamelo —ordenó, como si en realidad no necesitara preguntarme para que ambos supiéramos a lo que se estaba refiriendo.

Cogí aire, me mordí el labio superior y al final no pude contenerme más.

—Antes, cuando he venido a por el bolso de Sarah... he pillado a Lorie y a Mark... en plena faena.

Qué calor hacía de repente.

La expresión de Olly se desfiguró mientras seguramente trataba de

imaginar la escena.

—Oh... vaya... —dijo como única respuesta, aunque su sonrisa era demasiado delatora.

Mi vientre temblaba y parecía haber montado una fiesta en su parte más baja mientras que toda mi columna contuvo una descarga. Miré a Olly. Puñetera Caroline.

Una alarma luminosa se encendió en mi interior cuando el calor llegó a partes de mi cuerpo que deberían estar dormidas. Fue automático. Todo mi organismo reaccionó. Era como si el cúmulo de emociones vividas esta semana y sobre todo, esta noche, explotaran en una especie de fuegos artificiales en los que me apetecía participar. No quería verlos desde lejos, deseaba acercar la mano y prender la mecha, con todos los riesgos que esto pudiera conllevar. Volví a mirarle a los ojos y alcé el mentón, segura de mí misma, aunque no supiera muy bien de dónde nacía esa seguridad. Me había tomado tres o cuatro cervezas... y Olly otras tantas. Pero no me atrevería a afirmar que todo lo que estaba sintiendo se debiera únicamente al efecto del alcohol. Ni mucho menos. De pronto, mi mente, caprichosa como nunca, evocó la mirada con la que Olly me había observado esa misma tarde... dos veces. Y mi estómago regurgitó inquieto.

—¿Qué estarías haciendo un viernes por la noche hace diez años? —solté. Apoyé el codo sobre el respaldo, quedándome de lado y por lo tanto, frente a él, y recosté la cabeza en mi mano.

Giró el rostro hacia mí y me observó expectante hasta que al final, decidió entrar en el juego también. Volteó su cuerpo y adoptó exactamente la misma posición que yo, quedando ahora los dos frente a frente, sin que ninguno le prestara la menor atención a la película.

—¿Diez años? —respondió.

—Sí.

—No tengo ni la más remota idea... Pero seguramente estaría poniendo todo mi empeño en conquistar a una chica que poder llevarme luego a la cama.

Todo mi cuerpo ardió. Ya no era solo la piel. Era la piel, la sangre y cada célula que componía mi maldito organismo y me mantenía viva.

—¿Y tú?

Sonreí maliciosa.

—Pues seguramente, seguirle el juego a cualquier tipo que tratara de ligar conmigo de un modo más original que no fuera un simple “nena, ¿te vienes a casa?”.

—Un tío que use esa estrategia para ligar no sabe todo lo que se está perdiendo.

Algo ascendió por mi garganta, pero esta vez no la oprimió, ni tampoco escocía. Al contrario, era suave y capaz de provocar el temblor a cada punto que acariciaba a su paso. Contuve un escalofrío. Me la estaba jugando pero mi cuerpo necesitaba calor. Llevaba demasiados meses sola.

—¿Y qué es lo que se pierde según tú? —seguí, sin poder evitar arrastrar la voz.

Pasó la lengua por su blanca dentadura y sonrió. Sus facciones se relajaron y sus ojos se achinaron.

—¿Me estás pidiendo que te cuente cómo ligo con las chicas?

—No lo sé... —respondí, de nuevo con esa voz que no había usado nunca con él. Tragó saliva en silencio mientras sus ojos paseaban por todo mi rostro —. ¿Me lo contarías?

—Un mago no revela sus trucos —respondió, echando el cuerpo hacia atrás.

—¿En serio? ¿Ahora te da vergüenza contarme esto? —insistí—. Te recuerdo que me has contado cosas mucho peores.

Aguantó un poco más en silencio.

—¿Para qué quieres saber cómo ligo con una chica?

—No lo sé... —dije, y lo pensaba de verdad. ¿Qué me pasaba?—.

Curiosidad, supongo.

—La curiosidad mató al gato... o eso dicen —arguyó.

—Pues no veo yo ningún gato en esta casa...

Ahogó una carcajada nerviosa y jugueteó con los labios antes de añadir nada más.

—Está bien, pelirroja.

La sola mención de aquel apelativo me contrajo el abdomen. Permanecí inmóvil mientras le observaba girarse de nuevo, en mi dirección, quedando otra vez frente a frente.

Nos sostuvimos la mirada sin que ninguno añadiera nada más. Me miraba con los ojos medio entornados, con una profundidad con la que nunca me habían mirado antes. De pronto me sentí desnuda, aunque sus ojos no se apartaran de los míos. Me penetró sin rozarme siquiera y sentí un cosquilleo extraño en la parte baja de mi espalda, que recorrió toda la columna cuando mostró su sonrisa, tan cerca de mí. Comencé a respirar con ciertas dificultades y tuve que hacer grandes esfuerzos por mantener el pulso estable, aunque lo sentía batir estridente en mi garganta. Su aliento me acarició cuando exhaló un breve suspiro. Selló los labios y escondió la blanca dentadura, pero no la sonrisa. Tenía que parar todo eso, aunque me sentía invadida por una sensación de poder y deseo que iba a resultar muy difícil de detener.

—¿Y ya está? —dije al fin, por romper de algún modo la tensión que se estaba generando entre los dos.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Qué quieres que te diga? —arremetí sin comprender.

—¿Qué es lo que quieres oír?

—¡Ya te lo he dicho!

—¿Y si te digo que solo estoy pensando en que me encantaría besar cada una de tus pecas y memorizar el recorrido para poder construirlo cada vez

que te necesite cerca?

No pude responder. Mi corazón comenzó a batir desbocado contra el pecho. Y, a pesar del peligro, quería más. Necesitaba más.

—O también podría decirte que me encanta el color de tu pelo, pero que me gustaría mucho más enredarlo entre mis dedos y acariciarlo hasta que la luz de un atardecer en la playa se fundiera con él.

Elevó una mano y la llevó hacia mi cuello, aunque no llegó a tocarme siquiera.

—O que me gustaría hundirme en tu cuello y perderme en él; en su aroma, en su suavidad... en su tacto en mis labios.

Bajó la mano de nuevo y volvió a sonreír. Me mordí la parte interna del labio inferior por culpa de los nervios. Estaba desatada. Mi cuerpo lo estaba.

—¿Y tú? —dijo entonces.

—Y... ¿Yo? —balbuceé.

—Ajá.

Ni siquiera sabía qué narices me estaba preguntando. Mi cerebro no procesaba, mi mente se había estancado en el punto en el que había imaginado sus labios en mi cuello y mis pulsaciones se negaban a responder. Me había convertido en una jodida bomba de relojería a punto de estallar.

—Necesito una copa.

Fui a ponerme en pie cuando su mano asió mi brazo y me detuvo en seco, impidiéndome hacerlo. Le miré sin comprender.

—No más alcohol por hoy —aseveró—. Yo me he mojado... y lo he hecho sin una copa tras la que esconderme mañana.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me gustan los juegos en igualdad de condiciones —respondió, de nuevo con aquella autoridad que hizo aletear algo en mi interior.

Apreté los dientes ante su atenta mirada.

—Te pasa algo y me lo vas a contar —afirmó.

—No es cierto.

Mentí y respiré hondo, todavía con su rostro muy cerca del mío.

—Yo me he mojado y una buena amiga haría exactamente lo mismo. De lo contrario, sería realmente injusto por tu parte.

Fruncí los labios y trague saliva con dificultades, pues volvía a tener la garganta seca.

—Necesito una copa —repetí.

—Dime qué es lo que quieres.

—Ginebra.

—No.

—Vodka.

—Prueba otra vez.

De nuevo, aquella sonrisa por la que había visto a tantas chicas perder el control. Y yo no quería ser una más, pero estaba actuando como un jodido imán y yo no es que tuviera las fuerzas suficientes como para detenerle.

—Vino.

—Pelirroja...

Y esta vez no pude resistirlo más.

—No me llames así... —sentencié, apenas en un susurro roto.

—¿Por qué?

—Porque no —añadí, sin poder decirle la verdad.

—Dime qué es lo que quieres. Soy tu mejor amigo, te conozco desde hace demasiados años. ¿Qué es lo que te pasa?

—Nada.

Cruzó los brazos sobre el pecho sin separarse un centímetro de mí, mientras me observaba detenidamente, retándome.

—No puedo, ¿vale? —respondí.

No me entendía, no comprendía qué narices era lo que quería ni por qué esa noche le deseaba tanto. Tampoco lograba comprender si le deseaba a él o si lo único que ansiaba era un poco de contacto, pero me moría por que sus manos recorrieran mi cuerpo y la sensación de asfixia que me provocaba cada una de sus sonrisas no me ayudaba precisamente.

—Dilo.

Cerré los ojos, cogí aire y lo contuve.

—Dilo —repitió.

—Quiero besarte, ¡joder!

CAPÍTULO 22

Elle.

Esta vez me observó analítico, como si quisiera calibrar hasta qué punto iba en serio.

—Pensaba que estábamos jugando.

—Yo también lo pensaba, ¿vale? —espeté, comenzando a ponerme nerviosa—. Déjalo, es una estupidez. Han sido unos días extraños y he tirado de la cuerda más de lo debido... Solo me he confundido. Y ahora, si me permites, voy a por una copa. O dos.

Fui a ponerme en pie cuando su mano volvió a asir mi muñeca y me detuvo en seco. Contuve la respiración.

—Hazlo.

Me giré hacia él en busca del gesto que me confirmara que era una maldita broma.

—Hazlo —repitió.

De nuevo, el vuelco en el estómago.

—Olly.

—Qué.

La presión contra el esternón.

—Somos amigos, ¿no? Hazlo... como amigos.

La nuez de su garganta, arriba y abajo. El bombeo de mi sangre.

—Pelirroja...

No pude soportarlo más. Me acerqué a él y busqué sus labios con fuerza. Durante unos instantes permanecimos en esa posición, completamente inmóviles. Hasta cerciorarme de que no era un sueño. Entonces, sencillamente dejé de pensar. Separé los labios, recreándome en el

movimiento, sintiendo la suavidad de los suyos oprimiendo a los míos. Me siguió el juego. Abrí la boca y volví a besarle, y esta vez lo hice con delicadeza hasta que sentí su lengua acariciándome el inferior, pidiéndole permiso. Accedí y le dejé colarse en mí, deleitándome con el sabor a café, ahora muy distinto a cómo solía saber en mis labios.

Con un movimiento suave, me pasó la mano por la espalda y tiró de mí hacia él. Lo hizo con autoridad y suavidad al mismo tiempo, en una contradicción demasiado irresistible como para no obedecer. Levantó con cuidado el jersey y la coló por debajo, contra mi piel. Ardía. Aunque no me atrevería a afirmar si era él, o yo. Ascendió lentamente sin dejar de besarme y recorrió mi columna con los dedos, mientras mi piel reaccionaba erizándose con el contacto. Tiró un poco más de mí hacia él y volví a obedecer. Se acomodó en el sofá y me senté a horcajadas. Por primera vez en mi vida sentí la cercanía de su cuerpo en zonas en las que jamás habían entrado en contacto y ahogué un gemido al saber que era yo la que le provocaba semejante excitación.

—Joder, pelirroja. No hagas eso...

—¿Por qué no...? —murmuré, pegada a sus labios.

Resolló entre mis labios y ese gesto tan primitivo me llevó a un nivel de excitación que no era normal, dadas las circunstancias y que en realidad, se trataba de nosotros.

—Porque soy tu amigo... —murmuró, justo antes de morderme el labio inferior durante unos segundos—. Pero no soy de piedra.

Y no sé si fue por fastidiar o porque necesitaba volver a sentir semejante descarga, pero volví a hacerlo. Apreté mis labios contra los suyos, llevé la mano a su nuca y cuando sus manos se posaron en mis costillas, una a cada lado, gemí silenciosa, una vez más.

Le vi contenerse. Se despegó de mis labios y vi el fuego en sus ojos. Me sentía pletórica por saberme deseada, por sentirme exultante y por recordarme a mí misma que había cosas por las que valía la pena arriesgarse. Su respiración era agitada y sus ojos recorrieron mi rostro al ritmo de mis jadeos. Lentamente, recreándome en ello, comencé a echar el cuello para

atrás. El pelo me resbaló hacia la espalda, dejando la clavícula descubierta. Se acercó a mí como si temiera dañarme, con delicadeza, y llevó sus labios hacia mi garganta. Me besó pausado, deleitándose, saboreando mi piel, hasta que sus dientes me atraparon en un mordisco suave. Volví a estremecerme y fui incorporándome conforme sus labios bajaban por mi pecho, sin precipitarse. Se detuvo a la altura del corazón.

—Elle...

Escuchar mi nombre en sus labios, contra mi piel, me estremeció de placer. Sentía el batir de mi corazón y el pecho hinchándose contra el esternón, presionándolo hasta casi hacerlo estallar. Permaneció inmóvil unos instantes y poco a poco, deshizo el camino recorrido hasta regresar de nuevo a mis labios.

—Elle... —susurró una vez más.

Fue como despertar de un agradable sueño, como si me llamaran de otro mundo, desde fuera, y me obligaran a despertar.

Deslicé mi mano por su nuca y recorrí el contorno de su mandíbula, angulada, delineándola con la yema de los dedos. Me detuve justo ahí, sintiendo la áspera barba contra la palma de mi mano. Todavía con sus labios pegados a los míos, hicimos descender la velocidad de los besos. Cogí el suyo y lo apreté entre los míos mientras cogía aire, antes de soltarlo de nuevo y separarme de él unos milímetros. Nuestras frentes quedaron pegadas y durante unos instantes nos miramos directamente a los ojos.

—Olly, yo...

Me recompuso la camiseta y después detuvo sus manos en mi rostro. Cogió mi barbilla con el dedo índice y pulgar y me alzó el mentón, obligándome a sostenerle la mirada sin separarse de mí. Entonces, hizo lo único que no debería de haber hecho si hubiera querido evitar que mi corazón diera un vuelco y se sintiera todavía más confuso. Sonrió. Sencillamente sonrió y volvió a besarme. Esta vez de un modo distinto. Junto sus labios con los míos y simplemente, los selló.

Fue tan intenso el latigazo que recibí desde la columna que incluso me

asusté. Evité mirarle a los ojos y llevé mi rostro hacia su cuello, donde lo escondí mientras me ocupaba únicamente de respirar. Estiré los brazos y le abracé con una intimidad nueva y distinta. Respondió del mismo modo. Sus brazos arrojaron mi cintura y me envolvieron con fuerza. Sentí sus labios a un lado de mi cabeza, la única parte que quedaba a su alcance, y me besó. Tras ello, volvió a hacerlo y después los llevó lentamente hacia mi oído, donde se detuvo.

—No hagas preguntas —susurró junto a él—. No te culpes, no te recrimines nada y no le busques una explicación. —Hizo una leve pausa que casi me provocó un paro cardíaco—. Yo tampoco lo haré.

Inspiré profundo, todavía con el rostro escondido en su cuello y traté de digerir lo que me estaba diciendo. Había pasado, lo habíamos parado y no había por qué darle más importancia. Ni él me culpaba, ni yo le culparía a él. Aunque el canalla sabía cómo nublarle la razón... De pronto, todo me pareció una completa y jodida locura. Sentí que mi estómago se contraía y esa sensación ascendía por mi garganta hasta que me obligó a despegar los labios, estallando en una carcajada, primero silenciosa... y luego a pecho abierto. Me despegué de él sin poder parar de reír y al final se dejó llevar también.

Reímos juntos hasta que el resto de tensión que todavía albergaban nuestros cuerpos escapó. Fue... liberador.

—Elle —dijo, cuando por fin recuperamos la razón y el aliento. Todavía seguía sentada sobre él y nuestros rostros permanecían muy cerca el uno del otro—. Cuando necesites algo, pídemelo.

Pero no lograba comprender qué era lo que me estaba diciendo.

—¿Me estás proponiendo algo...?

—No. Te estoy diciendo que si en algún momento me necesitas, estoy aquí.

—Sin... —dudé— ¿compromisos?

—¿Compromisos de qué?

—No lo sé... —titubeé—. No logro entender si me estás pidiendo una relación abierta... o qué narices estás proponiendo.

—No te estoy pidiendo nada —aclaró, en tono meloso—. Te estoy diciendo que si necesitas una caricia, me la pidas. Que si quieres un abrazo, me lo pidas. Y que si quieres un beso, me lo pidas también.

—Olly... eso es... raro.

—¿Y quién ha definido qué es lo que debemos aceptar como normal y qué como extraño? —dijo con una naturalidad que me confundió—. Elle, ¿querías besarme?

Hice que sí con la cabeza.

—¿Te sientes mejor?

Repetí el mismo gesto.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Siempre que sea solo eso, que no hagamos daño a nadie con ello y que, sobre todo, no nos lo hagamos a nosotros, lo haré. No me importa.

—¿Estás estableciendo unas reglas? —dije y una sonrisilla incontrolable se me escapó.

—No... Estoy hablando en serio —la firmeza de su voz no dejaba lugar a dudas de que así era—. Mientras no haya terceros de por medio y mientras nosotros lo deseemos sin hacernos daño, responderé a lo que me pidas siempre que me necesites.

Sentí que se me helaba la sangre y mi respiración se entrecortaba mientras mi mente luchaba por asimilar las palabras más bonitas que seguramente me había dedicado. Sus manos se movieron y comenzaron a ascender por mis brazos en una caricia suave hasta llegar a mi cuello. Solo una de ellas continuó el camino, recorrió mi garganta y llegó hasta mi mandíbula, donde hizo un par de círculos con los dedos. Sus ojos se desplazaban de forma intermitente de mis ojos a mis labios.

—Elle... te quiero. —Me mareé a causa de la impresión—. Y no me avergüenza decírtelo. Desde que te fuiste del cine no he dejado de pensar en

lo mucho que te echo de menos. Eres mi mejor amiga, la persona que más me conoce en este mundo, y aunque me ofenda que pienses que no soy más que un tipo superficial como cualquier otro... —dijo, y me sentí fatal por ello.

—Olly, no...

—Escucha —me cortó sonriendo para que supiera que no estaba enfadado conmigo—. Sé que suena extraño y a disparate. Y no es algo que vaya ofreciendo a cualquiera. De hecho, no lo había hecho antes. Pero contigo es diferente... Y, además, a mí no me importa. Si tú estás de acuerdo, me encontrarás cada vez que quieras.

Escuché paciente, con un nudo en la garganta, sin comprender en qué posición nos colocaba un pacto como ese.

—Tan solo te pondré una condición.

Enarqué una ceja, muerta de curiosidad.

—Pase lo que pase, no habrá sexo entre nosotros —afirmó solemne—. El sexo lo jode todo... y no estoy dispuesto a estropear todo esto por un polvo.

Sin comprender realmente el alcance de lo que acabábamos de acordar, hice un gesto afirmativo, con la mente aturullada por la explosión de sensaciones que mi cuerpo había experimentado esa noche y las manos temblorosas por algo que esta vez, nada tenía que ver con el miedo.

—¿Hay trato?

Apreté los labios y contuve una sonrisa antes de decir que sí.

Entonces, para mi sorpresa, me hizo que no con la cabeza y por enésima vez, con la mueca más canalla que sabía poner, levantó una mano y con el dedo índice se dio un par de toquitos en la barbilla, justo debajo de los labios.

Me dejé llevar. Me acerqué a él y una vez más le besé, esta vez sin dejarme arrastrar en ningún momento por la sensación de estar haciendo algo malo. Me recreé en sus besos, en lo bien que estos me hacían sentir y en el propio placer que ese contacto tan personal podía proporcionar. Era agradable volver a experimentar ese cosquilleo y tener la tranquilidad de que podías

dejarlo fluir sin la presión de tener que pensar en qué pasaría después.

A veces, olvidamos que cosas tan efímeras y sencillas como un beso, pueden convertirse en realidad en algo mucho más especial, profundo e íntimo.

CAPÍTULO 23

Sarah.

Me costó abrir los ojos, a pesar de que me impliqué en ello de forma concienzuda. Era como si estos se negaran a obedecerme hasta que incluso, me asusté. Al final, conseguí abrirlos y respiré de nuevo. La siguiente tarea fue tratar de ubicarme. Me costó unos instantes de más pero al final, comprendí que estaba tumbada en mi cama. Pero, ¿cómo narices había llegado hasta ahí? Recordaba estar en la fiesta... recordaba la partida de *Strip Beer Pong*. Y las cervezas. Y a Adam.

Me llevé una mano a la cabeza para apartar los molestos mechones que me cubrían parte del rostro. Los dedos se me enredaron en ellos. Estaban enmarañados, más de la cuenta. Incluso húmedos. Sentí entonces el tacto desconocido que me cubría la piel. No llevaba puesto el pijama. Levanté la sábana y me miré. Me había metido en la cama en albornoz y bajo este no llevaba nada más. ¿Qué demonios...? Mi respiración comenzó a alterarse mientras mi mente trataba de evocar recuerdos que para mí no existían.

Por la ventana comenzaban a filtrarse los primeros rayos de sol. ¿Qué día era? ¿Tenía que ir a trabajar?

Mierda.

Me incorporé y bajé las piernas. Puse los pies sobre la moqueta que cubría el suelo de mi dormitorio y en cuanto me levanté, sentí un agudo pinchazo en la rodilla, como si algo la atravesara. Estaba demasiado fría. Volví a sentarme y la masajeeé con cuidado. Fue en ese momento cuando las lágrimas inundaron precipitadas mis ojos, opacándolos por completo con aquella tela transparente imposible de obviar. ¿Qué era lo que había hecho?

Apoyé la cabeza sobre mis manos sin contener el llanto. Lloraba por todo y nada a la vez. Lloraba por lo que fuera que pudiera haber hecho anoche y también por la imposibilidad de recordar cómo había llegado hasta mi cama, empapada, desnuda y con el albornoz puesto. Lloraba también por el peligro al que yo misma me había sometido... y sobre todo por haberlo hecho a consciencia del riesgo que corría. Y por aquel estúpido dolor que no

desaparecía, el mismo que supondría dar ese último paso... el que llevaba tiempo negándome a dar. ¿Y si no estaba preparada para asumirlo? ¿Y si todavía era pronto para dejarlo todo atrás? ¿Y si me estaba equivocando?

Pasados unos minutos en los que me limité a sacar de dentro todo lo que quemaba, sollocé y me pasé el dorso de la mano por la nariz. Sorbí con fuerza y luego retiré las lágrimas que quedaban en mis mejillas con los dedos. No podía quedarme ahí. Si alguien podía darme respuestas esa era Elle. Me saqué el albornoz y me puse un pijama con el que pudiera sentirme más cómoda y menos... sucia. Aunque por lo visto hubiera pasado por la ducha antes de meterme en la cama. Me recogí el pelo en un moño y salí del dormitorio... que por algún motivo habían dejado abierto. El apartamento estaba en completo y absoluto silencio. Miré el reloj de mi muñeca. Eran las ocho de la mañana por lo que solo había dos opciones. O todas estaban trabajando o era fin de semana. Con la pierna todavía quejumbrosa, llegué al salón y me dirigí por inercia a la cocina justo antes de que algo me hiciera detenerme en seco. Me giré de nuevo y lancé un vistazo hacia el sofá. Abrí los ojos como platos. ¿Qué demonios hacían esos dos juntos? Elle estaba apoyada de lado sobre el pecho de Olly y dormía plácidamente. Él tenía la mano sobre su costado y la cabeza ladeada, apoyada en la de ella. Estaban tapados con una manta y parecían tan ajenos al mundo que la imagen despertó algo en mi estómago, un cosquilleo nervioso, como cuando observas algo que sabes que no deberías de estar viendo y que, aun así, vence tu curiosidad. Olliver lucía despeinado pero natural. Era un hombre de rasgos bonitos y finos.

Mi estómago rugió inquieto, tenía hambre. Vi el móvil de Elle sobre la mesilla del centro y me acerqué hacia allí. Lo cogí y pulsé la tecla central. La hora, el día y la temperatura exterior aparecieron en pantalla. Era sábado. No tenía que ir a trabajar. Dejé de nuevo el teléfono y me dirigí hacia la cocina. De camino, encontré esparcido sobre la mesa en la que solíamos comer todo el contenido de mi bolso y de nuevo, la sensación de ahogo me apresó. Ahí estaba mi teléfono. Y mi agenda. Y mis bolígrafos, el pequeño neceser, los pañuelos, los antiinflamatorios y... Oh, no. Dios mío.

—No, no, no... —murmuré, rebuscando entre todas las cosas la única que debería estar y que no estaba—. Mierda.

Giré el bolso y lo zarandeeé sobre la mesa, pero tampoco hubo suerte. Ni siquiera cuando metí la mano y me cercioré de que no quedara nada en el interior.

—Mierda, mierda... ¡mierda! —Me senté en una de las sillas y apoyé la cabeza en ambas manos, abatida.

—¿Sarah...? —Giré la cabeza al oír su voz.

Elle se había despertado, seguramente por culpa del ruido que había hecho con el bolso. Pasados unos instantes en los que no quise mirarla por miedo a que me juzgara, sentí su presencia a mi espalda. Su mano fue el primer contacto. La posó con cariño sobre mi hombro y luego ocupó la silla que había justo al lado.

—¿Estás bien?

Fui a contestar cuando me di cuenta de que no podía hacerlo. Me temblaba el labio inferior y si los despegaba para decirle que no, que estaba de todo menos bien, acabaría desmontándome por completo. No quise levantar la cabeza. No podía mentirle. Sabría que lo estaba haciendo y no tenía fuerzas para ello. Mi visión se emborronó. Y entonces, cuando creí que iba a pedirme más explicaciones, me abrazó. Apoyé la cabeza sobre su hombro y me permití unos instantes para desahogarme.

Tragué con dificultad, tras haber perdido por completo la noción del tiempo. Respiré hondo un par de veces y al final, consciente de que en algún momento tendría que volver a levantar la cabeza, hice acopio de todas mis fuerzas y me separé de ella, esperando la primera reprimenda.

—¿Quieres un café? —Fue su única represalia.

Tardé unos instantes en reaccionar y al final asentí. Sus labios mostraron una ligera sonrisa y se puso en pie. La escuché trastear en la cocina y también escuché el sonido de la cafetera momentos antes de que el aroma a café recién hecho empezara a inundar toda la casa. Cogí uno de los papeles que sobresalía de la agenda que seguía en la mesa y jugueteé con él sin llegar a sacarlo. Tan solo movía una de las esquinitas arriba y abajo, debilitándola tanto como me había debilitado yo en los últimos días.

Regresó al cabo de unos minutos con dos tazas cargadas hasta arriba de humeante café y las dejó entre las dos. Cogí la rosa por inercia y la acerqué hacia mí.

—¿Estamos solas? —me atreví a preguntar al fin, tras reparar que ya no había ni rastro de Olly mientras ella estaba en la cocina.

—Sí. Olly acaba de marcharse y Lorie está trabajando.

Ni siquiera le oí cuando se fue. Volvimos a quedarnos en silencio.

—Elle, yo...

—Sarah, no estoy aquí para juzgarte. Ayer nos diste un susto de muerte, sí; pero me asusta mucho más pensar que has estado pasándolo mal y no he sido capaz de darme cuenta.

Me sentí fatal por haberla preocupado tanto.

—Lo siento... —fue lo único que pude decir al fin—. Lo siento mucho.

Aceptó mis disculpas sin más y se lo agradecí tanto que ni siquiera fui capaz de encontrar las palabras con las que hacérselo saber. Elle podía ser muchas cosas; era impulsiva, caprichosa, una eterna niña en el cuerpo de una mujer y una soñadora compulsiva. Pero si algo bueno tenía era su capacidad para meterse en tu piel y tratar de echarte una mano en lo que fuera que pudieras necesitar. Sin cuestionar ni poner en duda tus sentimientos. Y justo por eso ahora me sentía tan mezquina. Por esconderle la verdad, por no contar con ella y sobre todo, por abandonarla.

—¿Hace mucho que te medicas...? —preguntó al fin. Metió la mano en el bolsillo y sacó de dentro el botecito de pastillas que había estado buscando en el interior de mi bolso. Reparé en que todavía iba vestida.

—¿Habéis pasado toda la noche vigilándome? —dije, atando cabos.

—Algo así... —respondió, esta vez con una mueca extraña—. Olly nos echó una mano trayéndote hasta aquí y como Lorie trabajaba por la mañana, decidí quedarme despierta por si necesitabas cualquier cosa. Olly me hizo compañía para que no se me hiciera tan largo. Aunque por lo visto... nos quedamos dormidos. —Hizo una ligera pausa y pude ver una especie de

sonrisa extraña que cruzó su rostro de forma casi imperceptible—. Espero que si algún día decides tener hijos, no me pidas que sea tu canguro. Queda demostrado que no se me da muy bien esto de vigilar a alguien.

Reí ante la ocurrencia y permanecí unos instantes en silencio mientras mi estómago se contraía ante aquella afirmación. Di un sorbito al café y me regocijé con el sabor. Me sentó bien, como cuando estás sediento y te ofrecen un solo traguito de agua. Lo degusté, lo saboreé y me deleité con su aroma.

—¿Sabes...? Era la primera vez que me tomaba esas pastillas... —dije al fin, ante su atenta mirada—. El médico me las entregó ayer mismo.

Digirió mis palabras en silencio antes de pronunciarse.

—¿Y no sabías que si mezclabas...?

—¡Claro que lo sabía! —estallé, cortándola.

—¿Entonces...?

—Se me fue la cabeza. Nada más.

—¿Eres consciente de...?

—Sí, Elle, lo soy —corté una vez más. Claro que era consciente del peligro en el que me había puesto a mí misma y de lo que seguramente habían pasado ellas. Fue un error. Un maldito error.

—Cuéntame la verdad —dijo entonces, justo cuando creí que iba a cabrearse conmigo por lo sucedido.

—¿Qué...? —pregunté sin comprender.

—Sarah, nos conocemos lo suficiente como para saber que hay algo mucho más gordo detrás de semejante estupidez. Uno no llega, se toma una pastilla y se harta a vino y a cerveza porque sí... ¿O acaso pretendes que me lo trague sin más?

Permanecí callada.

—Sarah...

—¿Me cuentas antes qué es lo que pasó?

Me observaba con aquella mueca tan suya, tan peculiar, como si pretendiera traspasarme y mirar desde mi interior hacia el exterior, como si pudiera meterse en mi propia cabeza y tratar de comprenderme. Como si desnudara mi alma. Aparté los ojos durante unos instantes, pasados los cuales, al fin cedió.

—Estabas desatada —comenzó. Giré la cabeza y le presté toda mi atención—. Te llamamos la atención varias veces pero parecías necesitar perderte. Desapareciste de nuestra vista en algunos momentos pero te íbamos encontrando. La última de las veces te habías retado con Adam y comenzaste a beber todavía más deprisa. Al final os batisteis en un *Strip Beer Pong*. A pesar de estar mucho más achispada de lo habitual todavía te mantenías en pie en ese momento, aunque te costaba juntar un par de palabras seguidas. Más bien balbuceabas. Prepararon la mesa para el juego y os pusisteis en posición. Me miraste con aquella mueca que siempre pones y supe que íbas a usar la técnica de siempre: dejarle ganar un par de rondas y luego fulminarle. Pero no te dio tiempo. Tras las dos cervezas, caíste inconsciente. Literalmente.

Escuché atónita el resto del relato y di las gracias de que ese fuera el verdadero final y no hubiera acabado en manos de cualquiera. Les debía una tanto a ella como a Olly.

CAPÍTULO 24

Elle.

Sarah se desmontó sobre mi hombro y me quedé helada. Jamás la había visto tan abatida y me impactó. Solo quería ayudarla con lo que fuera que estuviera haciéndole sufrir de aquel modo. La dejé llorar y desahogarse. En ocasiones, que alguien te permita hacerlo sin preguntar, sin más, es lo único que puedes necesitar. A veces no se trata de que alguien te escuche, te dé su opinión o te dé una bofetada emocional para hacerte reaccionar. En ciertos momentos todo puede ser tan sencillo como prestar tu hombro y permitir que la otra persona llore sobre este hasta eliminar todo lo que pudiera estar provocándole tanto sufrimiento.

Escuché desde el salón un ligero movimiento y sin que Sarah se enterara, busqué con la mirada en esa dirección. Olly había despertado también. Me contemplaba precavido desde la distancia, estudiando la situación y calibrando sus opciones. Fruncí los labios y enarqué las cejas en señal de resignación. Sarah me necesitaba. Sigiloso como un gato, se movió por el salón y buscó sus pertenencias. Le vi guardarse el móvil en el bolsillo. Se puso la chaqueta y se pasó una mano por el pelo para echarlo hacia atrás. Me sonrió desde la distancia y con los labios dibujó un silencioso “llámame luego” al que respondí con una sonrisa en señal de acuerdo. Me sabía mal no invitarle ni a un simple café, pero mi amiga me necesitaba y le agradecí de corazón la comprensión. Ni siquiera escuché la puerta al cerrarse cuando salió.

Cuando le conté lo sucedido me fijé en que su expresión iba atravesando diferentes estadios emocionales, aunque había algo en concreto en ella que no desaparecía. Había perdido brillo... y no era solo por lo sucedido. Sarah me escondía algo, lo estaba guardando para ella y por algún motivo, ya no contaba conmigo para poder hablar tranquilamente del tema.

Pero no me rendí tan fácilmente. Me negaba a pensar que mi mejor amiga, mi propia hermana casi, sentía miedo de confesar sus miedos. Entonces, lo vi

claro. ¿Y si daba yo primera el paso?

Me aclaré la garganta y traté de esbozar una sonrisa. Cogí aire y entonces, confesé.

—Sarah... He dejado el cine. Estoy hecha un verdadero lío. Me siento feliz y al mismo tiempo, estoy tan acojonada que siento deseos de regresar y arrastrarme ante James. Pero no lo haré. Quizá esta sea mi gran oportunidad... aunque no sepa qué paso debo dar a continuación.

Pasaron unos eternos segundos en los que ninguna dijo nada. Entonces, cuando creía que no lograría nada con eso, Sarah me miró directamente a los ojos y habló.

—Elle... —comenzó antes de detenerse. Cogió aire y llevó la mirada hacia el techo. A continuación, se inclinó hacia delante, juntó ambas manos y expiró antes de decir en voz alta lo que debía haber estado guardando para sí misma durante las últimas semanas—. No voy a poder bailar nunca de forma profesional. De hecho... no podré seguir bailando si no quiero tener que pasar por quirófano antes.

Algo se estrujó en mi interior. Sabía cuánto le importaba bailar, lo mucho que se había entregado y cuánto debía de haberle dolido conocer esa noticia. Pincé los labios y traté de evocar una sonrisa que ahora ya no me salía. Sentía su dolor y sabía que ni siquiera podía hacerme una ligera idea de lo que aquello había supuesto para ella.

Estábamos jodidas.

Sin embargo, durante los segundos que nos mantuvimos en silencio, me dediqué a contemplar su rostro. Confesar no la había aliviado. Y no lo hizo porque, tal y como me temía, había algo que todavía seguía guardándose para ella. Quizá, si yo le contaba algo todavía más íntimo... más personal... tal vez así acabara por decirme la verdad. No quería atosigarla... no deseaba obligarla a contarme algo de lo que no quería hablar y sin embargo, había algo en ella que seguía pidiendo liberación. Simplemente, no encontraba el modo de hacerlo. Como si no quisiera dañarme con ello pero... ¿por qué iba a hacerlo? ¿Acaso no había estado a su lado en los mejores y en los peores momentos? ¿Es que no le había demostrado que podía contar conmigo?

Hice de tripas corazón, me tragué el orgullo, sabedora de lo que pasaría a continuación y también de todas las preguntas que seguirían a mi confesión y, después de contar hasta tres... le conté la verdad.

—Olly y yo nos hemos besado.

Alzó la mirada y esta vez sus ojos me analizaron con cautela. Esperé su sonrisa, su cambio de humor y sus entrometidas preguntas. Su silencio se me hizo eterno. Entonces, justo cuando iba a implorarle un interrogatorio como era debido, sus labios se despegaron y me detuve a tiempo para escuchar sus quejas, insultos y súplicas para conocer todos los detalles.

—Elle... voy a mudarme... a Manhattan.

Tenía preparadas las siguientes frases. Entre risas, iba a decirle que no iba a contarle los detalles, aunque las dos supiéramos que acabaría haciéndolo porque era incapaz de mantener la boca cerrada. Iba a decirle que besar a Olly había sido muy distinto a besar a cualquier otro hombre y que sus labios sabían a cerveza y a canela. Y el contraste, aunque curioso, resultó ser una mezcla explosiva. Iba a decirle que desde anoche tenía el pulso acelerado y que su propuesta, a pesar de resultarme extraña, me gustó. Y sobre todo, iba a decirle que deseaba repetirlo de nuevo justo cuando mi cerebro comenzó a procesar sus palabras.

Iba a mudarse...

Iba a dejar el piso...

Iba a dejarnos a nosotras...

Iba a dejarme a mí.

Busqué sus ojos y le supliqué que si se trataba de una broma, confesara cuanto antes. Mis manos comenzaron a temblar y el miedo empezó a abrirse paso en mi interior. Pero Sarah no se apremió en desmentirlo. Sentí que me rompía, me resquebrajaba por dentro y una arcada ascendía por mi garganta, ácida y despiadada. La miré una vez más y apelé a su sentido común. No podía dejarnos. No podía dejarme.

Pero no dijo nada más. Y por más que me doliera, a pesar de lo mucho que la necesitaba conmigo, a mi lado, como siempre lo había estado, la odié por un momento.

Me puse en pie, contuve el sollozo que rompió mi garganta y desaparecí en dirección a mi dormitorio, donde cerré la puerta antes de llevarme la mano hacia los labios y silenciar mis sentimientos.

Y ahora... ¿qué iba a pasar con nosotras?

EN LOS PRÓXIMOS CAPÍTULOS...

La vida de Danielle acaba de dar un giro de ciento ochenta grados. Lo que hasta ahora había sido estabilidad y rutina, acaba de derrumbarse ante sus ojos. Ha abandonado el cine y en la empresa de publicidad para la que trabaja no dispone de oportunidades con las que poder prosperar a corto plazo, lo cual, reduce bastante sus opciones económicas y al mismo tiempo, incrementa todos sus miedos. ¿Cuáles serán ahora sus opciones? ¿Tendrá que volver al cine y suplicar por su reincorporación después de lo que ha hecho?

En el plano emocional, por otro lado, las cosas tampoco pintan mucho mejor para ella. Sarah acaba de confesar que va a mudarse a Manhattan y eso ha desbaratado todos los planes, justo el mismo día en el que Olly y ella cruzan una peligrosa línea y ahora, todo resulta mucho más confuso. Sus sentimientos por él parecen haberse intensificado y sus besos le han sabido al mismísimo cielo pero... ¿qué es lo que realmente siente por él? ¿Desde cuándo ha deseado besarle como lo hizo la noche anterior? ¿Qué hará ahora que Sarah ha decidido mudarse?

La vida de Sarah tampoco es un camino de rosas. Tras unas semanas de incertidumbre, pastillas para el dolor y sobre todo muchísimo miedo, ha decidido cambiar por completo su vida. Se ha visto obligada a abandonar uno de sus sueños, el de ser bailarina, para dar cabida a uno nuevo y que quizá, no se había planteado hasta la fecha. La Academia Infinity le ha propuesto cubrir una sustitución y comenzar a dar clases a niñas que empiezan su etapa de formación de danza. ¿Será esta una forma de canalizar su mayor pasión?

Por otro lado, ha decidido aceptar el apartamento en Manhattan y por lo tanto, va a abandonar a las chicas para emprender una nueva etapa en soledad. Pero... ¿ha tomado la decisión adecuada? ¿Desea realmente independizarse de las chicas?

Lorie, por último, se siente más confusa que nunca. Con la partida de

Sarah, Danielle y ella se quedarán solas. Sus sentimientos por Olly son cada vez más fuertes y amenazan un poquito más su estabilidad, ahora que esta se ha visto inesperadamente golpeada. ¿Descubrirá lo que ha pasado entre él y Danielle?

Próximamente...

LADRONAS
de NUEVA
York

Libro 3

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

Todo vuestro apoyo cuenta.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer también qué os ha parecido la historia. No os llevará más de un par de minutos y os lo agradeceré de todo corazón.

Gracias por darle una oportunidad.

Facebook

www.facebook.com/estefaniayepesescritora

Twitter / Instagram

@nia_yepes

www.estefaniayepes.com